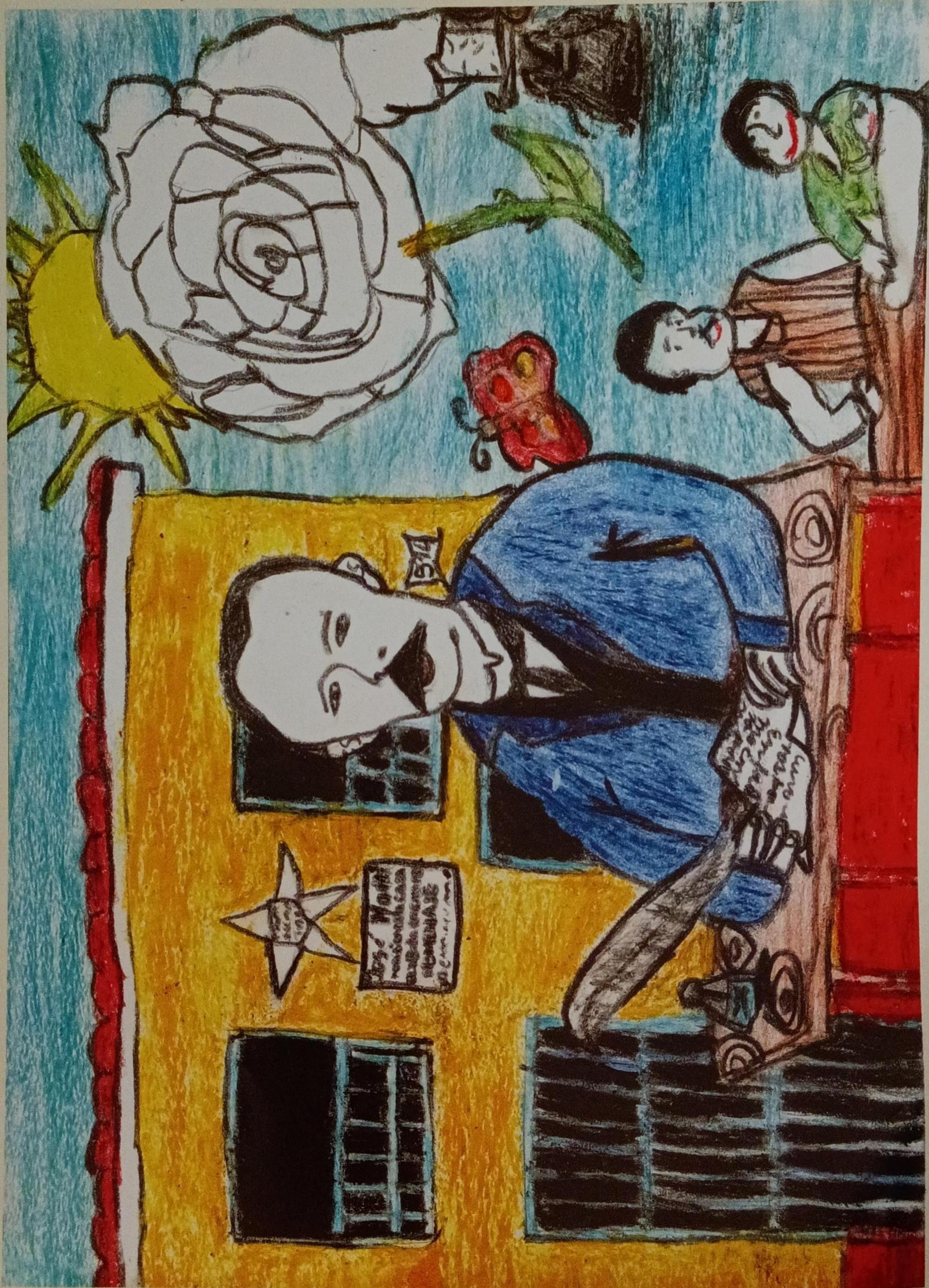


Amor



**Condenadme,
no importa,
la historia
me absolverá.**



La casa donde nació Martí.
Beatriz Alonso Martínez. 8 años, 3^{er} grado, Escuela Salvador Allende, Alamar, Ciudad de La Habana. Premio del Concurso organizado por el museo Casa Natal José Martí.

honda

No.8 del 2003

S U M A R I O

EDITORIAL / 2

IDEAS / 3

Rolando González Patricio/ Las relaciones Cuba-Estados Unidos en el proyecto republicano de José Martí / 3

Jesús Arboleya Cervera/ El lobby cubanoamericano y la política de los Estados Unidos hacia Cuba / 7

Miguel Álvarez/ Los neo-conservadores y la hegemonía norteamericana / 13

Pedro de la Hoz/ McCarthy regresa / 17

ACONTECIMIENTOS / 19

75 aniversario del natalicio del Che

Armando Hart Dávalos/ La cultura y la formación del hombre nuevo / 19

50 aniversario de la autodefensa de Fidel en el juicio por los hechos del Moncada

Mario Mencía/ La historia me absolverá: programa inicial de la Revolución / 25

90 aniversario del natalicio de Carlos Rafael Rodríguez

Rafael Polanco Braojos/ Vivencias y reflexiones en torno a un hombre excepcional / 31

50 aniversario del ataque al Cuartel Moncada

Roberto J. Fong Sorribes/ José Martí y el movimiento estudiantil santiaguero en el año de su centenario / 33

Recordando a Núñez Jiménez en su 80 aniversario

Sidroc Ramos/ Momentos de fraternidad y llaneza / 35

PRESENCIA / 36

Natalicio del Libertador

Simón Bolívar/ Carta de Jamaica (fragmentos) / 37

ALA DE COLIBRÍ / 40

Fina García Marruz / 40

Pablo Armando Fernández / 42

INTIMANDO / 45

Pablo Armando Fernández / 45 • Andrés González / 47 • Haydee Díaz / 49

PÁGINAS NUEVAS / 52

Manuel Gómez Morales/ Ciencia y homenaje: Donde son más altas las palmas / 52

Osmar Sánchez Aguilera/ El libro de Manuel Mercado / 53

Pedro Pablo Rodríguez/ Significativo y útil libro / 55

Mercedes Santos Moray/ El amor como energía revolucionaria / 56

Israel Escalona Chádez/ La ofrenda del capitán Plochet / 56

EN CASA / 58

Perfiles de la historia / 58 • "Utilidad de la virtud" entregada al señor Francisco Lacayo/ 58 • Voces de la República/ 60 • Por la educación y contra la desertificación/ 61 • Exposiciones/ 61

NUESTROS AUTORES / 64

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Editora

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ

Director artístico

ERNESTO JOAN

Realizador

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Mecapistas

MERCEDES VILLADA VILLADA

DOLORES GARCÍA FERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

JOEL JAMES FIGAROLA

FRANCISCA LÓPEZ GIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

ARMANDO MÉNDEZ VILA

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

GINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí

Calzada 801½ entre 2 y 4, El Vedado,

La Habana, Cuba.

Tel.: 55 2298 y 830 4493

Fax: 833 4672

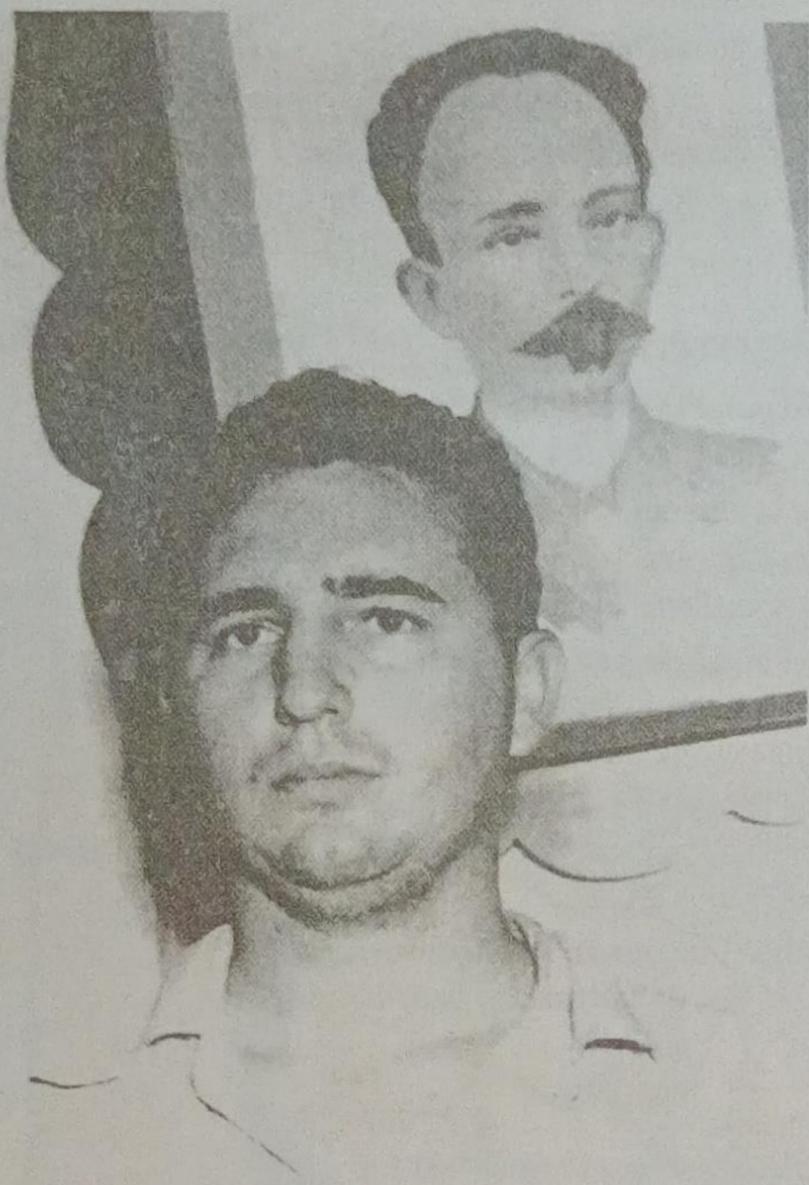
e-mail: jmartí@cubarte.cult.cu

Esta edición ha sido financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural José Martí a su contenido

ISSN: 1605-7920

Revista de la Sociedad Cultural José Martí



Cuando este número llegue a las manos de los lectores de *Honda*, estaremos muy próximos al cincuentenario del alegato de autodefensa presentado por Fidel Castro en el juicio por los sucesos del Moncada, conocido como *La historia me absolverá*. Ese documento programático de la revolución que se iniciaba, contenía ya un pensamiento que expresaba la necesidad de un nuevo sistema político y social para nuestro país. Ese nuevo sistema comenzó a hacerse realidad a partir de la victoria del 1º de Enero de 1959 y entre los cambios radicales que han tenido lugar, en cumplimiento de aquel programa, figura, sin duda, el operado en el terreno de la educación y en sentido más amplio en el de la cultura. Por eso, al hacer el balance de las realizaciones de la Revolución, en su discurso ante el antiguo Cuartel Moncada

y en ocasión del 50 aniversario de aquella heroica gesta, el compañero Fidel señaló que combatir la ignorancia —el arma más poderosa y terrible de los explotadores— y “educar al pueblo en la verdad, con palabras y con hechos irrefutables, ha sido el factor fundamental de la grandiosa proeza que éste ha realizado”.

Cuba cuenta hoy con el mayor número de maestros, profesores y educadores *per capita* entre todos los países del mundo; más de cinco millones y medio de cubanos poseen nivel medio superior y bachillerato aprobado, y más de setecientos mil son graduados universitarios; medio millón de adolescentes de secundaria básica — estudiantes de séptimo, octavo y noveno— iniciaron el curso escolar con nuevos métodos educativos, que incorporan la televisión, otros medios audiovisuales y la computación, y dispondrán de un profesor por cada 15 alumnos.

La cultura del país se consolida y avanza para alcanzar un carácter integral y masivo. Las escuelas de arte en todas las provincias, la enseñanza artística en diferentes niveles de la educación, la red de bibliotecas y museos, que abarca toda la nación, el impulso y la amplitud de la creación artística y literaria, los festivales de ballet, cine, teatro y otros, la Bienal de Artes Plásticas de La Habana y la Feria del Libro, junto a la universalización de la universidad y de los diversos cursos por televisión, constituyen expresiones inequívocas del auge cultural que experimenta nuestra patria. Como señalara Fidel en su discurso del pasado 15 de septiembre: “...nunca los conocimientos fueron una posibilidad de las masas a lo largo de miles de años, y hoy, afortunadamente, y apoyados en los medios técnicos [...] es posible convertir el conocimiento en tesoro masivo del pueblo”.

Estos logros indiscutibles, y otras realidades en los planos económico y social, permitieron afirmar al compañero Fidel, en el referido acto por el 26 de julio en Santiago de Cuba, que “el Programa del Moncada se cumplió y sobrecumplió. Hace rato que vamos en pro de sueños más elevados e inimaginables”.

Honda rinde homenaje al 50 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, y de *La historia me absolverá*, fundamentos esenciales de la grandiosa obra de la Revolución, al tiempo que renueva su compromiso con las ideas que sirvieron de sustento a aquellos hechos gloriosos de la gesta de nuestra patria.

FRENTE A FRENTE

Las relaciones Cuba-Estados Unidos en el proyecto republicano de José Martí*

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

MUCHO tiempo antes de 1959 —cuando aún estaba por germinar la nacionalidad cubana y España poseía un imperio colonial tan extenso como pocos en la historia—, Cuba comenzó a ser, también, apetitosa para las administraciones de la joven república estadounidense. Desde entonces, como evidencian múltiples estudios sobre el tema, la política de los Estados Unidos hacia Cuba ha perseguido —con mayor éxito en las primeras décadas del siglo xx— someter las necesidades y esperanzas de los cubanos a los intereses geopolíticos y los apetitos empresariales norteamericanos.

Esta tendencia histórica tardó en ser advertida e incorporada a la cultura política de los independentistas cubanos. Fue José Martí quien, con mayor profundidad, comprendió el desafío y su impacto potencial sobre el proyecto independentista y la futura Cuba independiente.

Los académicos que, con amplitud y acierto, han asumido el reto de abordar el programa martiano para la creación del estado cubano, coinciden en advertir en Martí un propósito transformador en los órdenes político, económico, social y cultural.¹ Sin embargo, poco se ha insistido, dentro de esa perspectiva, en los perfiles que habrían de caracterizar la inserción de Cuba en el sistema de relaciones internacionales de fines del siglo xix, así como en los fundamentos estratégicos para algunas de las relaciones bilaterales.² Cuando José Martí vaticinó la salvación de nuestro país como nación y vislumbró la singular grandeza, de paz y de equidad, de la futura sociedad cubana,³ había esbozado ya buena parte de los razonamientos reflejados en su obra escrita, que explicitan esos principios y fundamentos estratégicos a partir de los cuales se habría de formular, luego —una vez alcanzada la independencia—, la política exterior de Cuba. Entre ellos sobresale la defensa de la paz; la búsqueda de soluciones negociadas a los conflictos y la convivencia

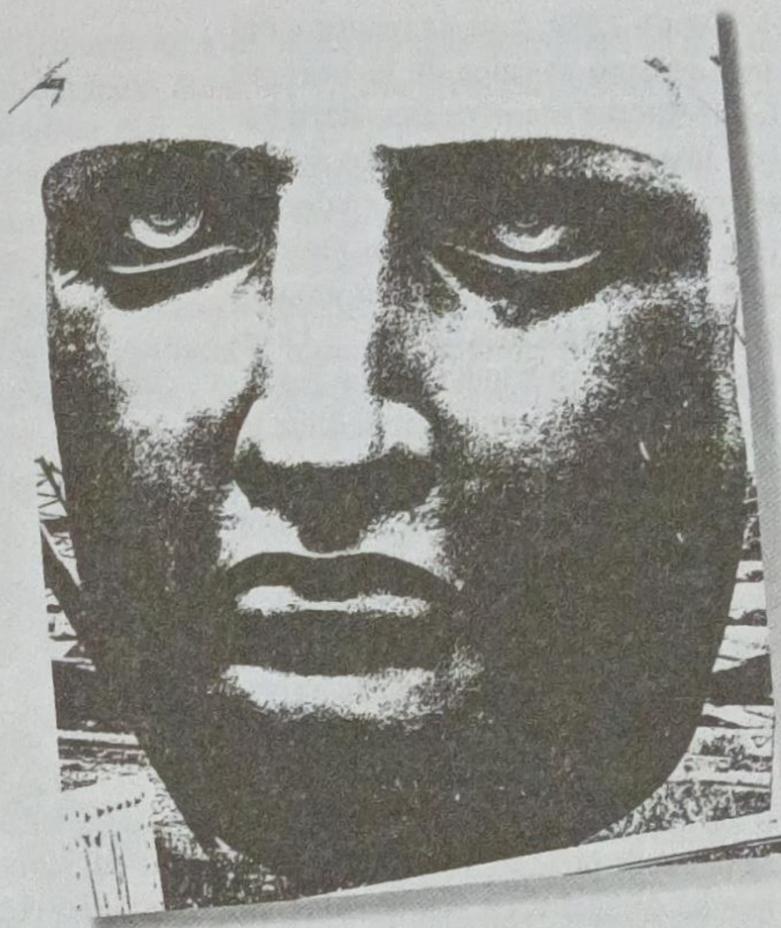
pacífica entre los estados, como freno a las guerras de conquista; el internacionalismo y el antiimperialismo, incluido el aprovechamiento de las contradicciones entre las grandes potencias; así como el respeto al derecho internacional, a la autodeterminación de los pueblos, la igualdad soberana, y la no injerencia en los asuntos internos. Particularmente aportadora fue su práctica de valorar tanto la relación con los pueblos como con los gobiernos.⁴

José Martí tuvo plena conciencia de la magnitud del proyecto liberador que se proponía, y de los innumerables factores que tendían a apartarlo del camino a la república nueva. Junto a los de orden interno, uno de los más notables era la amenaza exterior que representaba la codicia de algunas potencias en relación con Cuba. No es casual que aún antes de fundar en 1892 el Partido Revolucionario Cubano alcanzara a precisar: “La política es el arte de combinar para el bienestar creciente interior los factores diversos u opuestos de un país y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos”.⁵

A partir de su método histórico-político, y de la profunda comprensión de las relaciones internacionales a fines del siglo xix, Martí subdividió los estados miembros del sistema internacional de entonces en “pueblos mayores” y “pueblos menores”. Identificaba a los “pueblos mayores” como “los grandes pueblos mercantiles” que, por sus intereses, convertían a los “pueblos menores” en “tierras amenazadas”.⁶

En materia de amenazas externas para la república a instaurar en Cuba, Martí identificó en primerísimo orden a los Estados Unidos. No es posible, entonces, una visión medianamente completa de la formulación de la política exterior de esa república sin atender al diseño estratégico martiano para las relaciones bilaterales de Cuba con los Estados Unidos. A ellos se refería en 1893, cuando al tratar acerca de los peligros de la patria y sobre la defensa de la independencia republicana, recordó “[...] los deberes mayores que la geografía, la vecindad temible y el problema del continente y de la época nos imponen”.⁷

* Una versión de este texto fue presentada como ponencia en el XXXIII congreso de la Latin American Studies Association, realizado en Washington del 5 al 8 de septiembre del 2001.



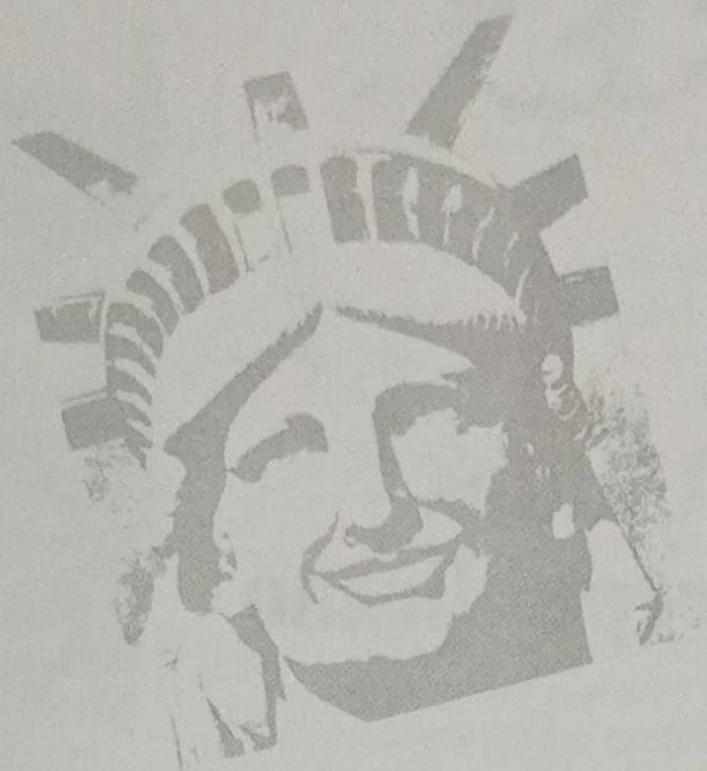
Desde 1889, con el resurgir del anexionismo al calor de la primera Conferencia Panamericana, Martí había advertido sobre los riesgos de una intervención norteamericana en nuestro país, cualquiera que fuese su justificación: "Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?"⁸ La experiencia política le indicaba que, pasando por el pretexto de la pacificación de Cuba, el gobierno estadounidense podía ir desde el combate a las acciones de los independentistas cubanos en el territorio norteamericano —antes y durante la guerra—, hasta la intervención y ocupación militar, tanto en plena lucha contra España como en ejercicio de la independencia, si Cuba no era capaz de evitar divisiones y guerras internas que sirvieran de pretexto.⁹ El cuidado permanente ante una amenaza, que no desaparecería con facilidad, parece estar en el espíritu de sus palabras publicadas en *Patria*, cuatro días antes de ser elegido delegado del Partido Revolucionario Cubano: "República es el pueblo que tiene a la derecha la chaveta del trabajador, y a la izquierda el rifle de la libertad".¹⁰

El proyecto martiano de república estaba conscientemente comprometido con la necesidad de unidad y ordenamiento internos del país como primeras garantías defensivas frente a la amenaza de los Estados Unidos. Desde el comienzo de la organización de la guerra, el Delegado insistió en la urgencia de crear en Cuba "[...] una república pacífica e industriosa antes de que, maduro ya el vecino poderoso para la conquista disimulada, pueda alegar como excusa de ella ante el mundo la ruina irremediable y la incapacidad política de una Isla indispensable al comercio del mundo".¹¹

Conocedor de los viejos intereses norteamericanos por la posesión de Cuba —en la cual reparaban con "miras de factoría y de pontón estratégico", "como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión"—,¹² José Martí definió tempranamente la política cauta, pero particularmente viril, como línea rectora de la política cubana hacia los Estados Unidos. Así lo expuso en enero de 1894, desde *Patria*:

Cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente a frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente erigirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento, y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando a tiempo lo poco que les queda en el alma de república no nos les mostramos como somos.¹³

Pero su sabiduría política, y la experiencia aportada por la hábil diplomacia mexicana, le permitían percatarse, asimismo, de la imposibilidad de cerrar las puertas a los Estados Unidos, atendiendo a conveniencias comerciales mutuas. Esa es una de las razones por las cuales se apuró a vaticinar un complemento —o dimensión económica inescapable— para el núcleo político-diplomático de



las relaciones cubano-norteamericanas, vistas desde nuestro lado. En mayo de 1893, luego de referirse al viejo proyecto de convertir a Cuba en desagüe racial de los Estados Unidos en caso de anexión —según lo ideado en tiempos de Lincoln—, y con las miras puestas en la república, Martí expuso esta fórmula binaria: "[...] el respeto conquistado por la propia emancipación, y el comercio libre, son los únicos medios de mantener la paz cordial entre la colonia que sale convulsa e inexperta de un gobierno tiránico, y la nación adelantada e impaciente" que la amenaza.¹⁴

No es la debilidad genética de las posiciones conciliadoras la que indicaba esa opción, sino el cálculo objetivo de la muy desigual correlación de fuerzas entre Cuba y los Estados Unidos. Martí estaba persuadido de que, en aquellas circunstancias, entorpecer abruptamente el comercio de Cuba con la Unión significaba, más allá del suicidio económico, una declaración de guerra a los intereses norteamericanos.

Sin desconocer sus riesgos relativos, pero atendiendo a la viabilidad de la independencia de Cuba, Martí defendió la paz con los Estados Unidos. Aun dispuesto al holocausto antes que aceptar la conquista norteamericana, había sostenido: "[...] es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad".¹⁵

Esta afirmación, que data de los días de la Conferencia Panamericana, está emparentada con su percepción de la habilidad de México para desarrollar las relaciones con el vecino del norte. Desde esta perspectiva, Cuba, como México para Matías Romero, estaba más segura "[...] en la amistad vigilante con los Estados Unidos que en la hostilidad manifiesta".¹⁶ Cinco años después, Martí proclamó en *Patria* que "[...] los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos".¹⁷

Una y otra afirmación no estaban reñidas. Amistad y cordialidad entre un pueblo "menor" y otro "mayor" no podían significar dependencia y servidumbre. Por eso, seis meses antes de morir combatiendo para hacer a Cuba libre de España y los Estados Unidos, Martí recomendó para toda la América Latina lo que también deseaba para la Isla:

[...] de un lado está nuestra América, [...] de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro fume y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo.¹⁸

En el empeño de sostener la libertad de Cuba, se hacía provechoso despertar hacia la nueva república la simpatía estadounidense, entendida ésta como la convivencia pacífica en condiciones de independencia mutua y amistad con el pueblo norteamericano.¹⁹ Es a partir de esos presupuestos que Martí se refirió a los Estados Unidos como "[...] el país ajeno con que hemos de seguir después de la libertad en amistosa y preferente relación".²⁰

Esa relación preferente ofrecida entonces, no era la concesión forzosa a pagar por el permiso a existir. Era, ante todo, una derivación del análisis del estado real del comercio exterior de Cuba, que reconocía, al decir del periódico habanero *El País*, una metrópoli comercial en los Estados Unidos.²¹ Aún en la carta también firmada por el general Gómez y enviada al editor del periódico *The New York Herald* desde los campos de Cuba, Martí continuó ofreciendo a los Estados Unidos un trato preferencial, entonces identificado como la apertura de "sus licencias todas".²²

Sin embargo, no hay razones para suponer que el Delegado se resignara a la definitiva colonización económica de Cuba por el imperialismo norteamericano —al estilo de lo que poco antes advirtiera en relación con Honduras. Lejos de renunciar al proyecto estratégico de liberación nacional antiimperialista, Martí a partir de su visión de las relaciones económicas mundiales, apela a la multiplicación de los vínculos económicos con las potencias europeas. Aprovechando de forma objetiva los intereses encontrados de los "pueblos mayores", y al servicio de crear las bases de la no dependencia económica de Cuba a los Estados Unidos, apuntó hacia un equilibrio de las presencias económicas foráneas en nuestro país.

Si en 1888 insistía a la Argentina en que "[...] es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado a un solo pueblo",²³ y al año siguiente reconocía a México que "[...] está la salvación en el derecho al respeto, que da e impone el adelanto real; en el arte del silencio, y en el equilibrio de las amistades",²⁴ desde las maniguas cubanas declara a los Estados Unidos y al mundo:

A la boca de los canales oceánicos, en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, ya las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer, y hoy compra a sus tiranos, Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno; para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar.²⁵

Pero esa búsqueda de un mayor equilibrio no llegaba al límite de aceptar crecidas interferencias foráneas sobre la libertad de la economía en el nuevo Estado. Por el contrario, Martí persigue el bien perenne y mayor de "[...] levantar un pueblo cuya producción se quede en la casa y en manos de sus hijos, en vez de ir por el mar a pagar gustos de pollos de Antequera o nutrir en nuestro pueblo los vicios insolentes que nos lo queman".²⁶

Por esta vía, al intentar servirse del comercio exterior y los capitales foráneos como una garantía para el desarrollo, valiéndose de una política de autorrespeto y de equilibrio de potencias, Martí parece haber retomado la experiencia frustrada de José Manuel Balmaceda en Chile, en cuya contra se habían aliado el secretario de Estado James G. Blaine y la política británica. El fracaso de

Balmaceda no puede ser asumido como sinónimo de la inviabilidad del proyecto martiano. Mientras en Chile el capital monopolista británico controlaba más del 70% de la producción salitrera y gran parte de los ferrocarriles del país, en Cuba los inversionistas norteamericanos eran todavía propietarios individuales —dueños de un ingenio o de algún comercio en la capital— y no de empresas vinculadas al capital financiero cuyo lanzamiento sobre la economía cubana no se produjo hasta la segunda década del siglo xx. Además de este plazo a su favor, y las posibilidades de maniobras que pudo ofrecer, debe tenerse en cuenta que aun en la comprometida coyuntura chilena cuando el gobierno apeló a los imperialismos rivales del inglés para combatirlo, el alemán no perdió la oportunidad para operar en Chile.²⁷

Quizás la carta del Delegado al cónsul británico en Guantánamo, acompañada de una comunicación destinada a Londres, sea la última evidencia de haber seguido el complejo camino antes esbozado.²⁸ Sin embargo, antes de abandonar el tema parece necesario insistir en que el empeño martiano por abrir espacio a los "pueblos mayores" europeos —y en especial a Inglaterra— en modo alguno obedece a desconocer su carácter igualmente dominador. Se trata, de forma exclusiva, de una maniobra o alianza táctica, que no se aparta de su estrategia liberadora y antiimperialista, probablemente válida en el corto y mediano plazos, hasta

que se pusiera definitivamente de manifiesto el carácter absorbente del gran capital.

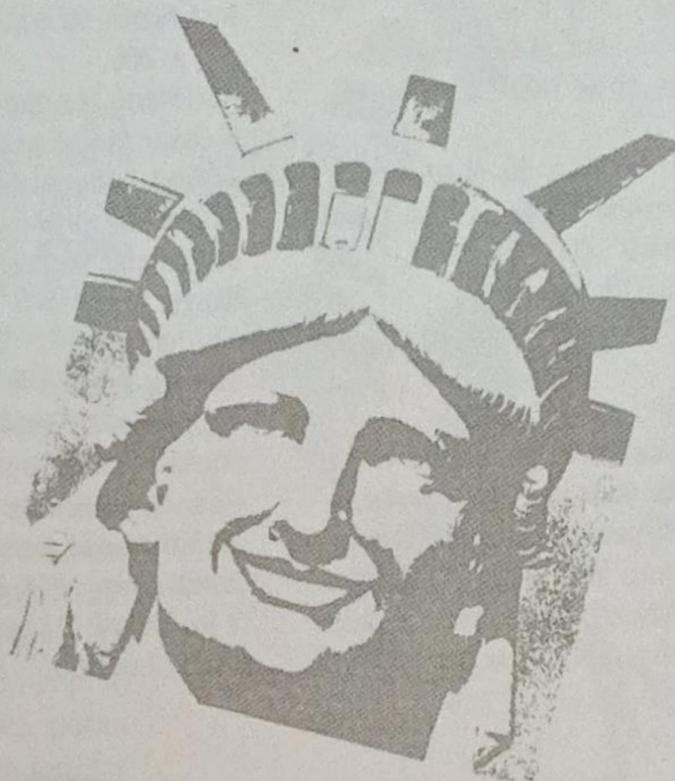
Estos elementos ratifican las dimensiones de la universalidad martiana, que desborda las fronteras de Cuba y de la América nuestra. En su difícil condición de líder político de una nación dependiente y forzado a desafiar los cánones diplomáticos de su época, al defender la igualdad entre estados, perseguir mayor equidad en las relaciones económicas internacionales, apelar a los pueblos del mundo como aliados en la lucha contra la dominación colonial, iniciar una diplomacia diferente a la impuesta por las potencias, José Martí ganó un lugar de honor en la historia de las diplomacias cubana latinoamericana y de los pueblos hoy llamados Tercer Mundo.

¹ V. Jorge Ibarra: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, pp. 214-287; y Ramón de Armas: "José Martí: su república de mayoría popular", *Revista de Ciencias Sociales*, nos. 1 y 2, vol. XXIX, Río Piedras, 1990, pp. 132-156.

² V. Rolando González Patricio: *La diplomacia del Delegado. Estrategia y tácticas de José Martí: 1892-1895*, Editora Política, La Habana, 1998, pp. 140-166.

³ José Martí: "Sobre negros y blancos", *Obras completas*, t. 3, La Habana, 1963-1973, p. 81. En lo sucesivo, las referencias que remitan a esta edición se indicarán con las siglas O.C.

⁴ Al respecto, v. Rolando González Patricio: *op. cit.*, y *Diplomacia contra diplomacia. Martí y México en América*, Cámara de Diputados-Editorial Porrúa, México, D. F., 1995.



Jose Martí

⁹ José Martí: "La Conferencia Monetaria de la República de América", *O.C.*, t. 6, p. 158.

¹⁰ V. Rolando González Patricio: *La diplomacia del Delegado. Estrategia y tácticas de José Martí: 1892-1895*, ed. cit.

¹¹ José Martí: "¡Vengo a darte Patria! Puerto Rico y Cuba", *O.C.*, t. 2, p. 257.

¹² José Martí: "A Gonzalo de Quesada, octubre 29 de 1889", *Epistolario*, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. II., p. 145.

¹³ V. *Patria*, Nueva York, agosto 6 y 13 de 1892.

¹⁴ José Martí: "Club Político de Ocala", *O.C.*, t. 5, p. 43.

¹⁵ José Martí: "La primera conferencia", *O.C.*, t. 2, p. 32.

¹⁶ José Martí: "El remedio anexionista", *O.C.*, t. 2, p. 50.

¹⁷ José Martí: "La protesta de Thomasville", *O.C.*, t. 3, p. 62.

¹⁸ José Martí: "El Partido Revolucionario a Cuba", *O.C.*, t. 2, p. 347.

¹⁹ José Martí: "A Gonzalo de Quesada, octubre 29 de 1889", *Epistolario*, ed. cit., t. 2, p. 145.

²⁰ José Martí: "El Congreso de Washington", *O.C.*, t. 6, p. 36. Al respecto, v. Rolando González Patricio: *Diplomacia contra diplomacia...*, ed. cit., p. 61.

²¹ José Martí: "Las guerras civiles en Sudamérica", *O.C.*, t. 6, p. 27.

²² José Martí: "Honduras y los extranjeros", *O.C.*, t. 8, p. 35.

²³ V. Rolando González Patricio: *La diplomacia del Delegado*, ed. cit.; así como José Martí, *O.C.*, t. 2, p. 290.

²⁴ José Martí: "Casas nuevas", *O.C.*, t. 2, p. 290.

²⁵ V. *El País*, febrero 3 de 1892. Según las estadísticas publicadas en La Habana en 1895, sobre la balanza comercial de la isla, sus exportaciones a España fueron en 1894 de 10 461 900 pesos y las importaciones de 33 573 600 pesos. En el intercambio con los Estados Unidos las exportaciones ascendieron a 97 743 500 pesos, y las importaciones a 38 507 700 pesos. Tomado de *Historia de Cuba. Las luchas por la inde-*

pendencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898, Editora Política, La Habana, 1996, p. 558.

²⁶ José Martí: "Al editor de *The New York Herald*", *Epistolario*, t. V, ed. cit., p. 209.

²⁷ José Martí: "La República Argentina en el exterior", *O.C.*, t. 7, p. 343.

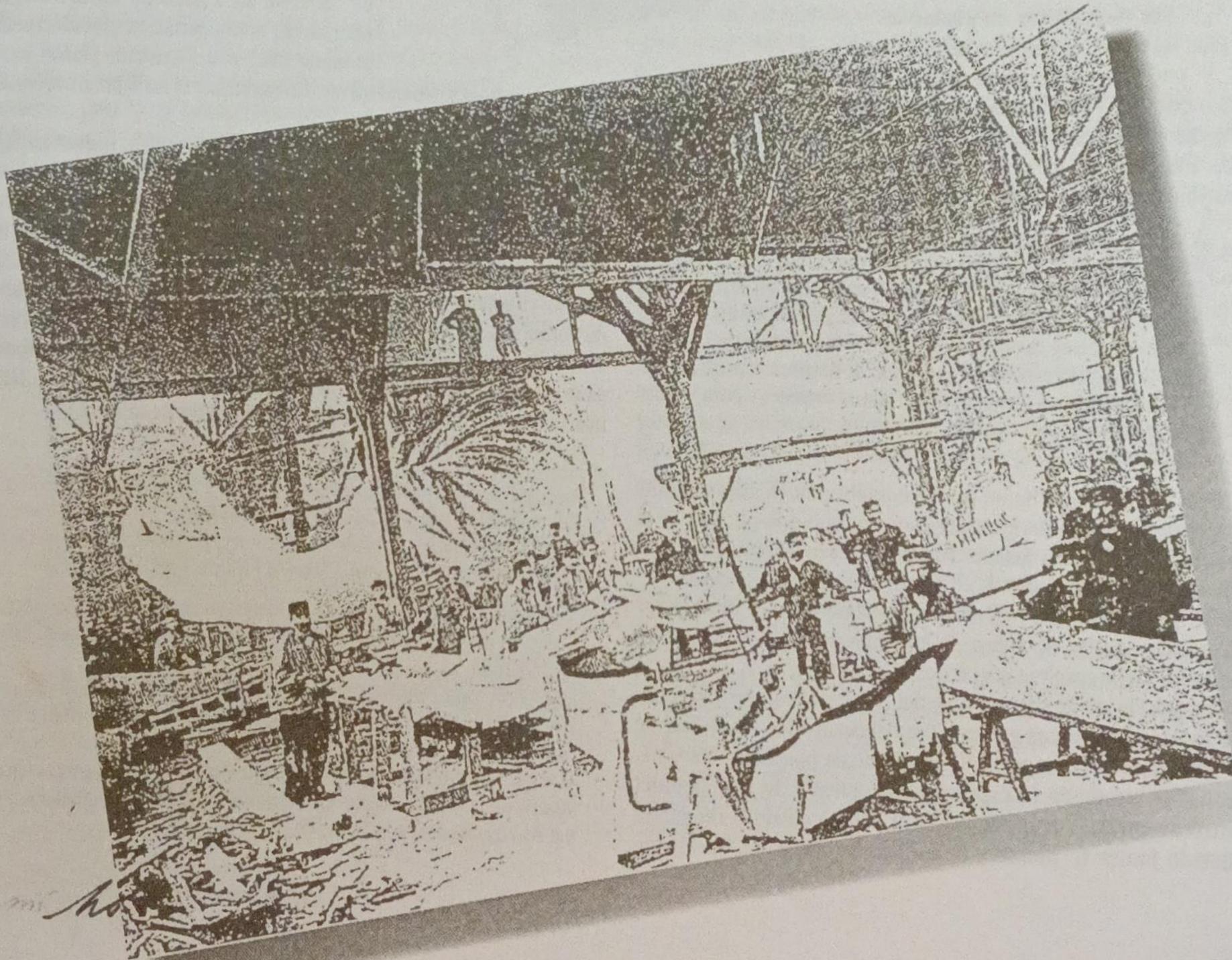
²⁸ José Martí: "Nuestra América", *O.C.*, t. 7, p. 352. Es oportuno recordar que desde 1886 había escrito para sus lectores mexicanos: "Pues toda esa cohorte de grandes propietarios, de aristócratas ociosos, de grandes empresas, han venido cayendo en sigilo, sobre la tierra norteamericana, como caerá, y en algunos lugares ya ha caído, sobre la tierra de las América española. Y eso si que hemos de salvar, ahora que vamos siendo pueblos, —nuestra tierra" (José Martí: *Otras crónicas de Nueva York*, Centro de Estudios Martianos -Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 37.)

²⁹ José Martí: "Al editor de *The New York Herald*", *Epistolario*, t. V, ed. cit., p. 206.

³⁰ José Martí: "La guerra", *O.C.*, t. 2, pp. 61-62.

³¹ V. Oscar Pino-Santos: *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Rafael Almanza Alonso: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 392-393. V., además, Jorge Ibarra: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, ed. cit., pp. 245-247; Alberto Prieto Rozas: *Apuntes para la historia económica de América Latina*, ed. cit., pp. 78-79; Andrés Guntder Frank: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970; y Fe Iglesias: "El desarrollo capitalista de Cuba en los albores de la época imperialista", en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898*, ed. cit., pp. 201-204.

³² V. José Martí: "Al Agente Consular del Gobierno Británico, Guantánamo, abril 27 de 1895", *Epistolario*, ed. cit., p. 182.



El lobby cubanoamericano y la política de los Estados Unidos hacia Cuba

JESÚS ARBOLEYA CERVERA

En los últimos veinte años, cualquier intento por cambiar la política de los Estados Unidos hacia Cuba ha chocado con la firme oposición del lobby cubanoamericano. Se entiende por tal a los grupos de extrema derecha que asumen la representación de la comunidad cubanoamericana dentro del sistema político norteamericano. Salvo su similar judío, ningún otro grupo étnico de acción política ha alcanzado mayor influencia en asuntos relacionados con la política exterior de Washington. Este éxito se debe, en parte, al volumen de sus contribuciones económicas y a la capacidad demostrada para canalizar de manera monolítica el voto de sus correligionarios. Aún así, constituye un protagonismo desproporcionado en relación con el peso específico real de este sector en la vida política norteamericana, por lo que otros factores deben ser tenidos en cuenta al analizar este fenómeno.

Las particularidades del lobby cubanoamericano son fruto de la naturaleza misma de la emigración cubana.

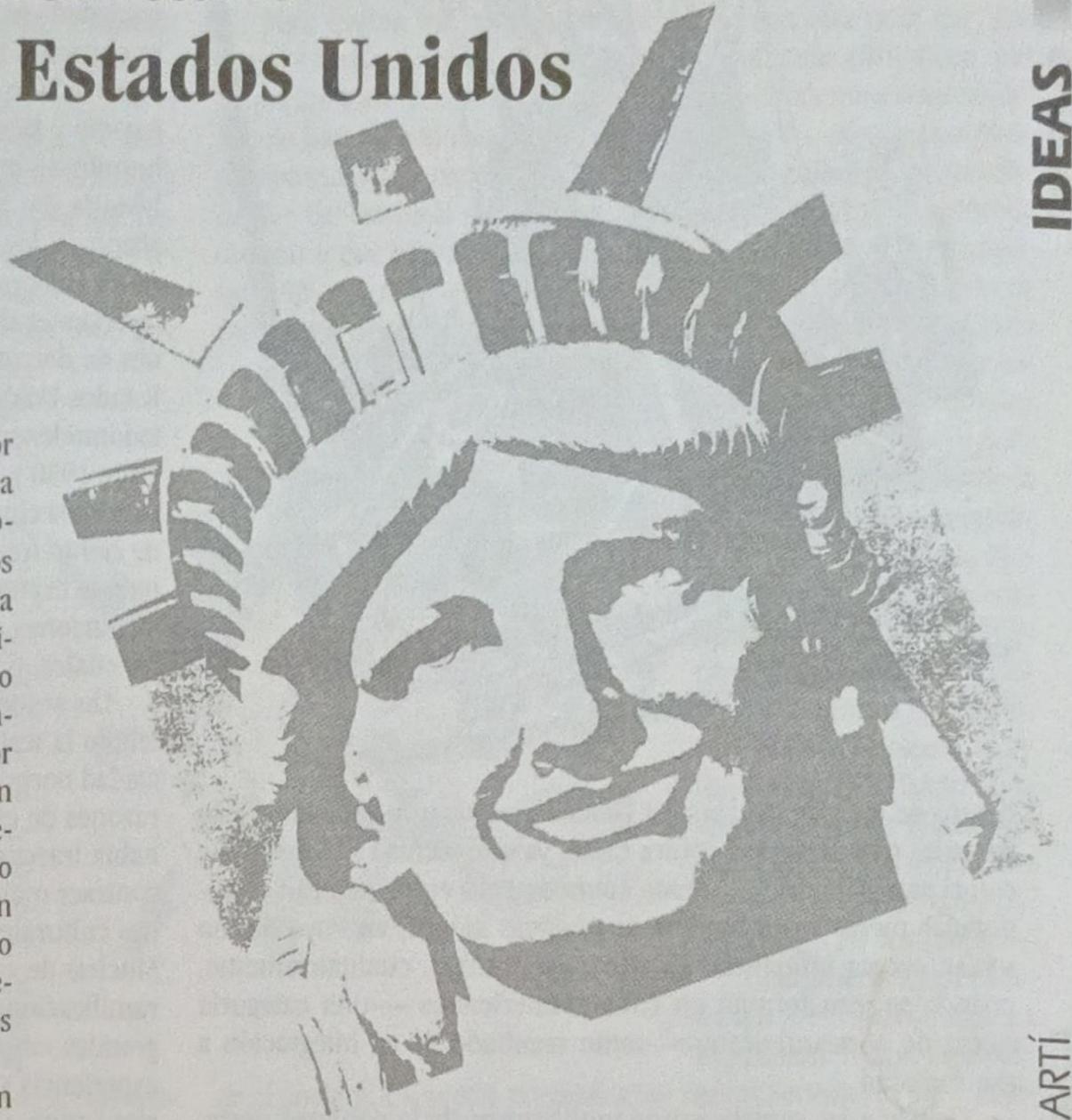
Emigrar es un proceso consustancial al desarrollo del ser humano. De hecho, el hombre ha sido el único animal superior capaz de adaptarse a todos los climas, adquirir y consumir cualquier tipo de alimentos y salvar todos los obstáculos para trasladarse de un lugar a otro. Desde que moverse junto a la manada dejó de ser una condición indispensable, el acto de emigrar devino una decisión individual, motivada por razones diversas y multicausales. Sin embargo, junto con las facilidades de movimiento resultantes de la modernidad, apareció el inconveniente del traspaso de las fronteras nacionales. A partir de ese momento, cualquiera que sea la motivación por emigrar, la materialización de esa intención —al menos bajo condiciones legales— está determinada por la voluntad de los países que emiten o reciben emigrantes.

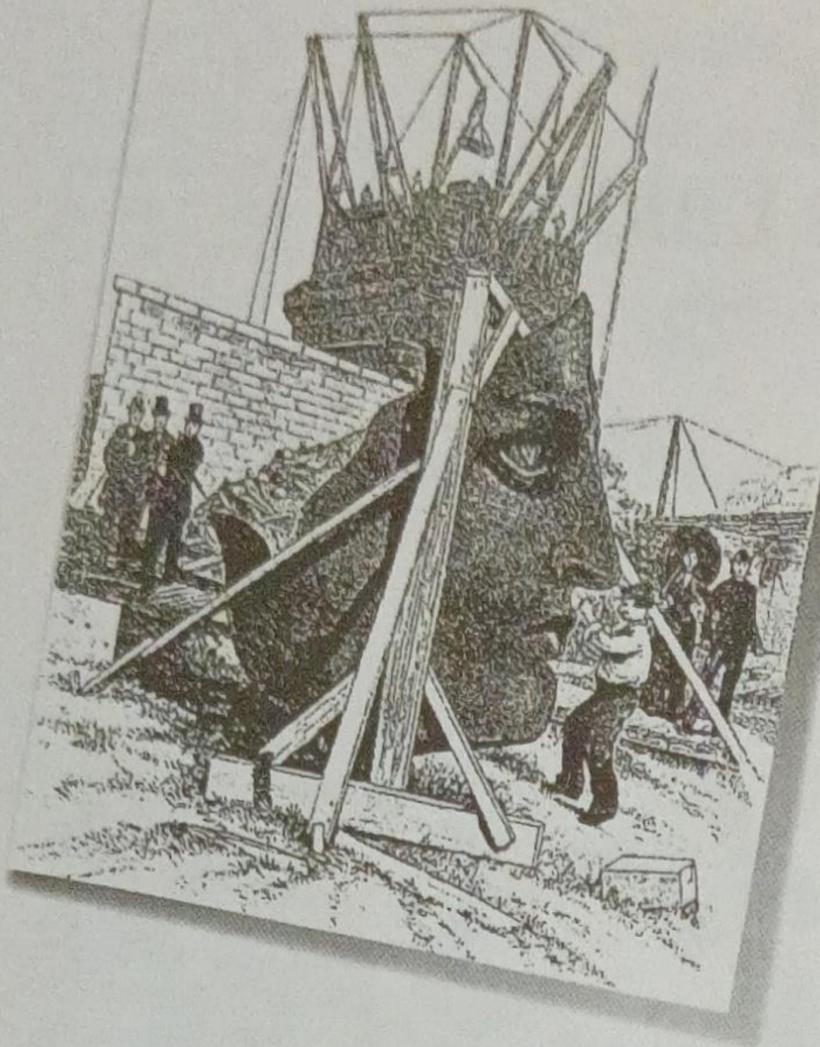
El flujo migratorio transita de los países pobres a los ricos, los cuales aceptan nuevos inmigrantes bajo un rígido sistema de selección, en correspondencia con sus necesidades económicas y condiciones sociales. Este tipo de emigrante es considerado un emigrante económico, toda vez que son razones de esta naturaleza las que lo impulsan a trasladarse y, también, las que determinan su aceptación por parte del país receptor. En el caso cubano, sin embargo, no ha sido ésta la razón de su admisión en Los Estados Unidos, sino causas de tipo político. Por ello, hablamos de una emigración de naturaleza política, aunque igual sean motivaciones económicas las que hayan impulsado a la mayoría de los emigran-

tes. Esta condición política ha determinado la "excepcionalidad" del inmigrante cubano y ha implicado un trato diferenciado que no ha tenido parangón en la historia de Los Estados Unidos.

Mantener este *status* constituye, por tanto, una conveniencia y, en muchos casos, una necesidad existencial, que influye en la conducta política de la mayoría de los inmigrantes cubanos. Debido a ello, la *función contrarrevolucionaria* de la emigración se renueva constantemente y sirve al predominio ideológico de la extrema derecha dentro de la comunidad cubanoamericana. La correspondencia de los intereses de este grupo con la estrategia de los Estados Unidos hacia Cuba explica el impacto de sus posiciones a escala nacional y, por mucho tiempo, ha dificultado la aparición de opositores de consideración a esta línea.

La acometida de los cubanoamericanos en la política doméstica norteamericana se corresponde con dos procesos que cuajan al unísono: la consolidación de su integración a la sociedad norteamericana y la ofensiva neoconservadora que instala en el poder a Ronald Reagan en 1981. Hasta ese momento, los inmigrantes cubanos eran concebidos casi exclusivamente como un factor de presiones contra Cuba. Es cierto que las capacidades adquiridas por algunos, gracias a sus vínculos con la CIA, habían sido utilizadas en operaciones contrainsurgentes en América Latina, África y Viet Nam, que incluso fueron agentes cubanos los famosos "plomeros" de Watergate y que nadie sabe en cuantas otras operaciones sucias





dentro de los propios Estados Unidos participaron individuos entrenados para la guerra contra Cuba, ya que incluso se les vincula con el asesinato del presidente Kennedy. Pero entonces eran considerados meros instrumentos de políticas ajenas, en cuyo diseño tenían escasa influencia. La situación cambia, cualitativamente, cuando se transforman en cubanoamericanos —una categoría nueva de norteamericano— como resultado de su integración a esa sociedad.

Debido a las características multiétnicas de la sociedad norteamericana, el proceso de integración de los individuos pasa por su pertenencia a un grupo étnico previamente aceptado por el conjunto social estadounidense. En su origen, este proceso generalmente transita por la formación de enclaves étnicos, los cuales sirven de protección al inmigrante y lo preparan para adaptarse a la nueva sociedad. Dentro de estos enclaves se van estableciendo las diferencias clasistas que conducen, a la larga, a la formación de los grupos económicos y políticos dominantes y estos, a su vez, se relacionan con el sistema a partir de la fuerza que les confiere su capacidad de control del resto de la comunidad.

En el caso del enclave cubanoamericano, la formación de estos grupos dominantes tiene su origen clasista en la burguesía desplazada del poder en Cuba y en los sectores que giraban en su entorno. Estos son los que asumen la dirección del movimiento contrarrevolucionario en los primeros momentos, los que obtienen los principales beneficios de la política norteamericana y los mejor preparados para adaptarse a las condiciones de vida que impone el destierro. Fueron los grandes beneficiarios de las inversiones de capital y las facilidades que resultan del financiamiento de la guerra contra Cuba —la cual condujo a la creación de una inmensa infraestructura sostenedora del enclave cubano en sus primeros años— y fueron, también, los principales receptores de los programas de asistencia y ayuda para el desarrollo empresarial diseñados, especialmente, para los inmigrantes cubanos.

Se trata de individuos con vínculos históricos con los grupos de poder de los Estados Unidos, los cuales, en muchos casos, habían trasladado parte de sus fortunas a ese país antes de que se produjera el triunfo revolucionario. El cuento de que la burguesía cubana lo perdió todo como resultado de la Revolución y que a costa de su ingenio y laboriosidad lograron recuperarse desde la condición de humildes inmigrantes, constituye uno de los grandes mitos de esta historia. En 1950, el capital independiente de origen cubano depositado en los Estados Unidos ya ascendía a más de doscientos sesenta millones de dólares y, sólo en el estado de la Florida, las inversiones de cubanos en bienes raíces alcanzaban los cien millones de dólares. Según datos del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, las compras netas cubanas en valores y títulos estadounidenses reportaron más de ciento noventa y cinco millones entre 1950 y 1955, y ese mismo departamento calculaba que, en los próximos cinco años de esa década, se fugaron hacia ese país cerca de ciento treinta millones de dólares más. Estas cifras no incluyen todo el capital que emigró de manera ilícita como resultado de las operaciones de la mafia y de la estampida de la cúpula batistiana, los cuales, prácticamente, vaciaron las arcas de la nación.¹

Los académicos norteamericanos James y Judith Olson han sostenido la tesis de que esos sectores se habían “asimilado” a la sociedad norteamericana mucho antes de haber emigrado. Ya sea por razones de estudio, trabajo o placer, una buena parte de sus vidas había transcurrido en los Estados Unidos. En ocasiones, llegaban a contraer matrimonio con norteamericanos y, sobre todo, sus patrones culturales respondían a los valores del *american way of life*.² Muchas de estas personas continuaron con negocios que ya tenían ramificaciones en los Estados Unidos o resultaron contratados por grandes empresas norteamericanas interesadas en aprovechar su experiencia y confiabilidad para expandirse a otros países de América Latina. Una buena parte de la antigua burguesía cubana, sobre todo los más jóvenes y los mejor preparados, devino la nueva burguesía cubanoamericana. Las guías sociales de una y otra época prácticamente no necesitan alteraciones, los apellidos son casi los mismos. Esta nueva burguesía se convirtió en la dueña de la economía del enclave y llegó a ser la administradora de las inversiones federales y estatales en el área, lucrando a su costa y propiciando niveles de corrupción político-administrativa muy altos, que incluyeron la protección del narcotráfico en la región.

El narcotráfico constituye un componente orgánico de la economía del sur de la Florida. Tiene sus antecedentes en la expansión de la mafia norteamericana a partir de la década del treinta y, desde entonces, se conecta con Cuba llegando a penetrar las más altas instancias del poder republicano. Resulta de sobra conocido el papel de la mafia en el movimiento contrarrevolucionario y sus vínculos con algunos de sus principales líderes, así como el incremento del contrabando resultante de las conexiones de los contrarrevolucionarios con traficantes latinoamericanos, bajo el amparo de las operaciones encubiertas. La necesidad de lavar el dinero sucio resultante del tráfico de drogas, dio origen a una red de servicios comerciales y bancarios que se entrelaza con el resto de la economía, haciendo casi imposible, en ocasiones, determinar el origen de los capitales y la legalidad de los negocios.

En resumen, la importancia de la extrema derecha cubanoamericana para el *establishment* norteamericano está dada por su

conexión histórica con los principales grupos económicos y políticos de ese país, por sus vínculos con los servicios de inteligencia y los órganos represivos de los Estados Unidos y otros países latinoamericanos, por la impunidad para el delito y los beneficios a terceros resultantes de la corrupción administrativa y, sobre todo, por el grado de dominio alcanzado sobre el resto de la comunidad, expresada en su capacidad para decidir las oportunidades de trabajo y otras facetas de la vida de las personas, por su control de los medios de difusión y por su demostrada voluntad para aplicar el terrorismo cuando resultan insuficientes otros mecanismos. Esto no solo sirve al *establishment* en sus manejos políticos, sino que reviste una importancia estratégica para la seguridad nacional, según las concepciones de los grupos dominantes respecto al tratamiento y el control social de las minorías en ese país.

En un inicio, tanto el gobierno norteamericano como los propios emigrados cubanos concibieron la emigración como un hecho circunstancial y pasajero, más bien una manera de expresar la oposición al régimen revolucionario recién triunfante y una estrategia para el agrupamiento de fuerzas que facilitarían su derrocamiento. En aquellos momentos, intentar obtener la ciudadanía de los Estados Unidos era considerado como una traición a la "causa" contrarrevolucionaria. El fracaso de la Operación Mangosta y el desenlace de la Crisis de Octubre cambiaron radicalmente la visión de este fenómeno, por lo que el gobierno de Kennedy trató de frenar el flujo migratorio procedente de Cuba. Se suspendieron los vuelos directos y se crearon obstáculos al ingreso de los inmigrantes cubanos procedentes de terceros países. Por razones de propaganda política y como una manera de incrementar las acciones de desestabilización interna en Cuba, solo eran aceptados aquellos que abandonaban nuestro país de manera ilegal y servían al espectáculo del "escape de las garras del comunismo" en sus versiones más dramáticas.

Entonces, en 1965, el gobierno cubano abrió a la emigración el puerto de Camarioca, en la costa norte de Matanzas, creando una crisis que condujo al primer acuerdo migratorio entre los dos países. Se estableció un puente aéreo Varadero-Miami y por esa vía, hasta 1973 —cuando Richard Nixon canceló los acuerdos—, emigraron doscientos cincuenta mil personas. La mayoría tenía familiares en los Estados Unidos y no diferían, sustancialmente, de estos en cuanto a composición racial, nivel de escolaridad e inclinaciones ideológicas, así que se incorporan con facilidad al grupo existente. De esta manera, culmina el proceso de asentamiento de lo que vino a ser el núcleo fundacional de la comunidad cubanoamericana.

A esa altura, la emigración ya no era concebida como una experiencia transitoria, sino una opción de por vida, incluso en el caso de que la revolución fuese derrocada. En 1970 sólo mil cubanos eran dueños de negocios en Miami; esta cifra se multiplica por diez durante la década que sigue a esa fecha. Se incrementa la adopción de la ciudadanía norteamericana y van apareciendo los primeros cubanos aspirantes a cargos electivos en Miami. Eligen al primer comisionado cubano de la ciudad y el gobierno de Jimmy Carter auspicia el ascenso de algunos dentro de las estructuras estatales

del Partido Demócrata; Reagan hace lo mismo, pero con otra visión y otras intenciones.

Para Carter, los cubanoamericanos no son otra cosa que otro grupo hispano sediento de ayuda federal y ventajas afirmativas, por lo que los trata del mismo modo en que los demócratas tradicionalmente han lidiado con los grupos minoritarios —desde una perspectiva estrictamente comunitaria. Reagan, sin embargo, los concibe dentro del contexto de la ofensiva neoconservadora, que pretende abarcar todos los resquicios de la sociedad norteamericana e imponer sus criterios en la política exterior del país. Los cubanoamericanos son aprovechados como una fuente de legitimación interna

para el retorno a una política muy agresiva contra Cuba, así como la base política para la ampliación de la fuerza del Partido Republicano en el estado de la Florida y dentro del movimiento hispano, hasta entonces considerados baluartes demócratas dentro del equilibrio político existente entre los dos partidos. Surge así la idea de crear la Fundación Nacional Cubano Americana y armar el lobby cubanoamericano en Washington.

Básicamente estará constituido por la nueva burguesía cubanoamericana asentada

en el enclave. Un sector cercano a los neoconservadores norteamericanos por coincidencias ideológicas, vínculos políticos e intereses económicos, que de esta forma se agrega a las fuerzas neoconservadoras que imponen su agenda en el escenario político norteamericano. Como resultado de esta alianza, la fuerza de este grupo se expande hasta convertirse en dominante en el sur de la Florida. Su gente pasa a ocupar los principales cargos electivos y administrativos de la región, catapultan la influencia del Partido Republicano en el área y alcanzan un nivel de representatividad a escala estadual y federal proporcionalmente mayor al de cualquier otro grupo minoritario.

A partir de este momento, cambia el carácter y la esencia de la actividad política de la extrema derecha de origen cubano. Aunque el mensaje es el mismo discurso contrarrevolucionario, ya no se trata de cubanos dependientes de manera absoluta del gobierno de los Estados Unidos, sino de norteamericanos de origen cubano integrados a la corriente política dominante del país, lo que les reporta la capacidad de influir en la política norteamericana hacia Cuba. El impacto de estos grupos no dependerá de su capacidad para actuar dentro del territorio cubano, una realidad de la cual están completamente enajenados, sino de su influencia dentro de los propios Estados Unidos. Lo cual depende del control que logren alcanzar sobre el resto de la comunidad cubanoamericana.

Para la extrema derecha cubanoamericana, el tema cubano constituye el instrumento ideológico necesario para lograr la cohesión política requerida de la comunidad y la fuente de cuantiosos recur-



ses gubernamentales, que van a parar a Miami bajo la excusa de la guerra contra Cuba. Respecto a nuestro país, abogan sin tapujos por la intervención militar de los Estados Unidos. Su función es crear las condiciones que posibiliten esta acción y asegurarse un lugar preponderante en el régimen político que resulte de la eventual ocupación del país. No les basta el derrocamiento del régimen revolucionario, sino que de ello resulte un vacío de poder originado por el caos social. Eso explica la estrategia de asfixiar económicamente al país y su rechazo a la fórmula de un eventual "tránsito pacífico" mediante la promoción de fuerzas opositoras internas, como proponen los llamados sectores moderados. Los fundamentalistas de Miami no creen en las teorías del desarrollo de la disidencia interna, ni en la supuesta influencia corrosiva del contacto pueblo a pueblo o la conveniencia de la penetración de capitales foráneos en la economía cubana. Son conscientes que sus propósitos serán alcanzables, sólo si llegan a Cuba cargados en las mochilas de los *marines*.

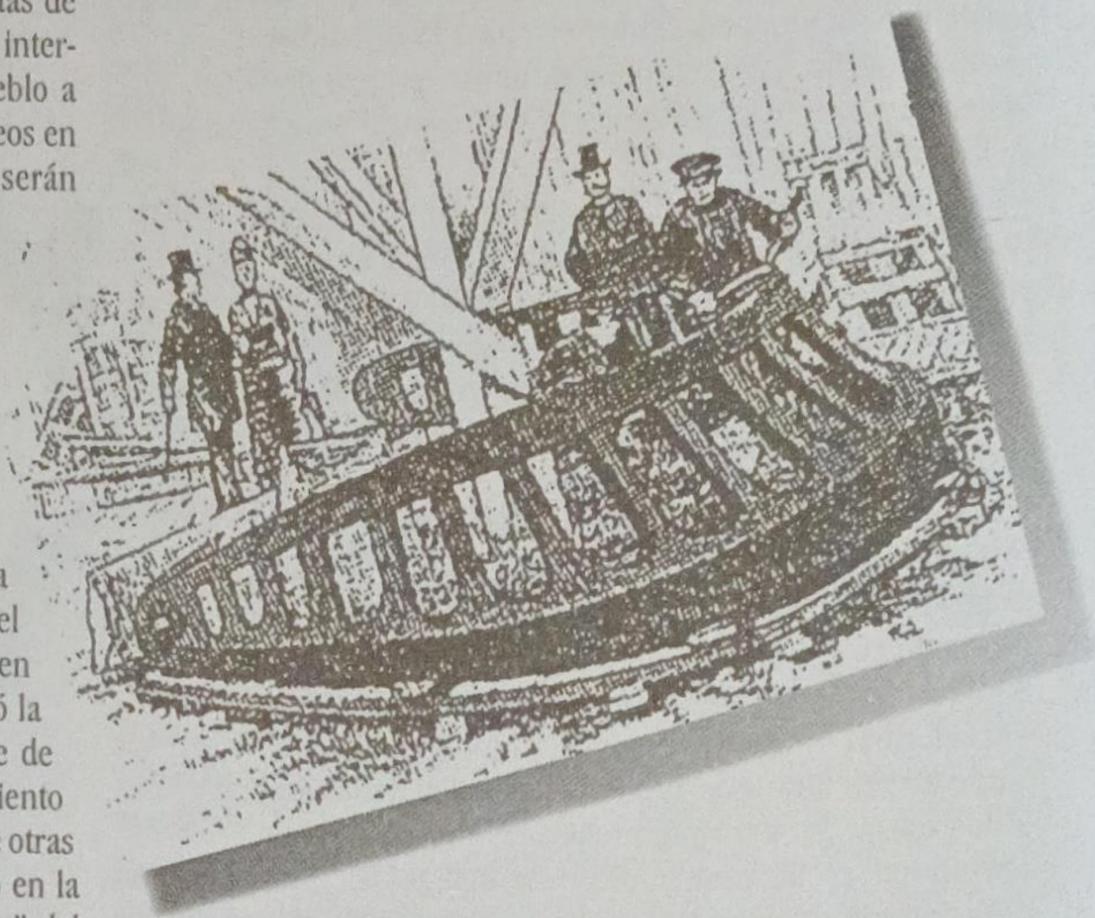
El desmantelamiento del campo socialista europeo, incluso, revitalizó las esperanzas de una restauración clasista. Esta tesis resulta particularmente favorecida por los elementos vinculados a la dictadura batistiana y por un sector de la antigua oligarquía donde está presente, tanto una especie de aristocracia bastante ajena al resto de la comunidad, como oligarcas en desgracia, menos afortunados en la experiencia del exilio. Son los que aspiran a que le devuelvan el país tal y como lo dejaron. Estos son los intereses reflejados en la redacción de la ley Helms-Burton y la política que asumió la Fundación Nacional Cubano Americana antes de la muerte de Jorge Mas Canosa. Esto provocó una suerte de distanciamiento respecto a la nueva burguesía cubanoamericana, la cual tiene otras miras respecto a Cuba. Es un sector que no está interesado en la devolución de propiedades, sino en una especie de "remate" del patrimonio cubano con la finalidad de obtener ventajas de su actual preponderancia económica.

Ésta y otras contradicciones ya son perceptibles dentro de la extrema derecha cubanoamericana. La tesis restauracionista de la vieja oligarquía fracasó como resultado de la capacidad de resistencia demostrada por la revolución cubana. Aún así, el papel jugado por la extrema derecha miamense en los fraudes que posibilitaron la victoria electoral de George W. Bush, el interés de su hermano por reelegirse como gobernador de la Florida y la propia política belicista de la administración a escala internacional, aportaron nuevos bríos a esta tendencia. Algunos de sus representantes se instalaron en la Casa Blanca y han hecho todo lo posible por crear incidentes que eleven el nivel de tensión entre los dos países, hasta el punto que, en determinado momento, pareció estar muy cerca la posibilidad de que se produjera una intervención armada. Aunque las complicaciones externas y domésticas que enfrenta el gobierno norteamericano, han determinado cierto grado de moderación en estas posiciones, esta ecuación puede cambiar en la medida en que se acerquen las elecciones presidenciales del próximo año.

Tal es la esperanza del sector más belicoso de la extrema derecha, el cual reaccionó de manera muy crítica ante señales que indicaban un cambio en la postura del gobierno. Hasta ahora, la respuesta de la administración Bush ha sido mantenerse inusualmente firme frente a los reclamos de boicotear los acuer-

dos migratorios existentes y solo hizo pequeñas concesiones en asuntos no fundamentales. Para callarles la boca también repartió un poco más de dinero, con la excusa de mejorar el programa de transmisiones de radio y televisión hacia el territorio cubano y ayudar a los disidentes dentro del país.

Al parecer, en estos momentos, la estrategia gubernamental de los Estados Unidos respecto a Cuba está centrada en estimular la subversión interna y conciliar con los aliados europeos una línea de aislamiento internacional del régimen cubano. De ser así, esta opción afectaría sensiblemente el papel de la extrema derecha



cubanoamericana en los planes norteamericanos. No se trata de que los grupos contrarrevolucionarios en el exterior quedarían totalmente excluidos del trabajo subversivo: éstos continuarían desempeñando un papel de apoyo a la llamada disidencia interna y de caja de resonancia para sus actividades. De hecho, como ha ocurrido hasta ahora, seguirían apropiándose de la tajada mayor en la repartición de los fondos. Pero habrían sido desplazados a desempeñar un papel subalterno: la tesis restauracionista devendría irreconciliable con la nueva línea gubernamental y sectores más moderados aumentarían su capacidad de competencia por el favor del gobierno y otros grupos de poder norteamericanos.

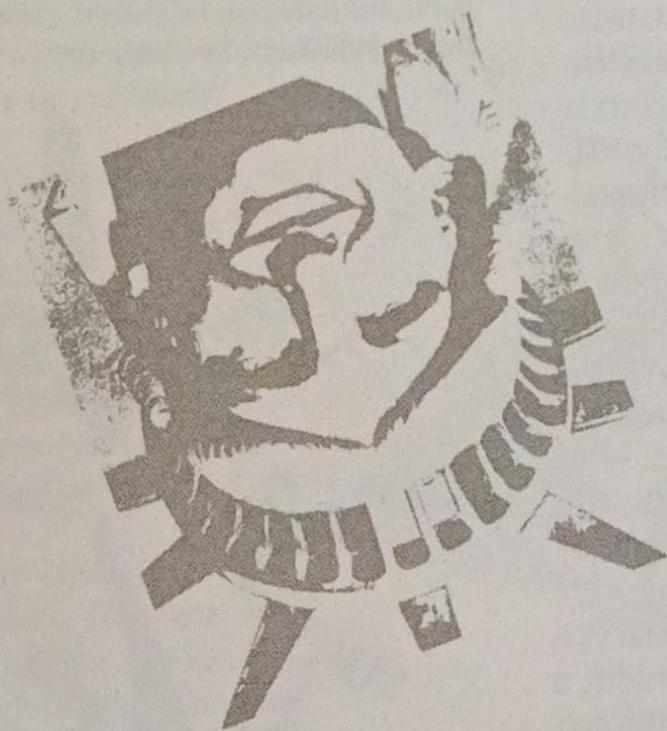
La maquinaria política de la extrema derecha cubano-americana se ha visto trastornada como resultado de esta situación. Las divisiones dentro del movimiento contrarrevolucionario —un problema endémico que, en su etapa de máxima hegemonía, la Fundación Nacional Cubano Americana fue capaz de neutralizar en buena medida— aparecen ahora revitalizadas a causa de la reducción de los espacios de poder y la obtención de prebendas. La propia Fundación vio afectado su liderazgo como resultado de la muerte de Mas Canosa y sus conflictos con la familia Bush. Se redujo su influencia en Washington y se produjo la escisión de un grupo de viejos militantes, temerosos de perder el favor gubernamental y disgustados con el supuesto reblandecimiento de las posiciones de los nuevos líderes.

Esta gente se agrupó alrededor del congresista Lincoln Díaz Balart, quien trató de aprovechar el momento para llenar el vacío dejado por la desaparición de Jorge Mas Canosa y capitalizar sus vínculos con la maquinaria republicana. A esta coalición se sumaron la mayoría de los viejos grupos contrarrevolucionarios, los medios informativos sensacionalistas y cuanto batistiano queda vivo en Miami, para los cuales la beligerancia con Cuba constituye un medio de vida. Jeb Bush los utilizó para lograr la elección de su hermano y temió enajenarlos durante su propia campaña, pero pudiera tratarse de una alianza suicida en el contexto generado por los atentados del 11 de septiembre del 2001.

Con seguridad así lo entienden algunos asesores del presidente y eso explica el distanciamiento que se observa en los últimos meses. El costo político pudiera resultar insoportable debido al conflicto que estos grupos generan con otros sectores de la sociedad norteamericana y la incompatibilidad de sus posiciones con los intereses más generales de la nación. Por otro lado, representan a una generación gastada, sin asidero en las fuerzas emergentes de la comunidad y debilitados en su capacidad de imponer sus posiciones debido a su propio desprestigio y a las limitaciones actuales para ejercer el terrorismo. La gente les teme menos.

Además, en los últimos años les ha aparecido una oposición formidable: los sectores agroalimentarios y otros grupos económicos norteamericanos interesados en acceder al mercado cubano. Se trata de un sector básicamente conservador y republicano, con representación en todo el país y una influencia considerable en el Congreso, lo que explica el avance de las posiciones favorables al levantamiento del bloqueo en los últimos años. Sólo las manipulaciones del liderazgo republicano en ambas cámaras y la amenaza de veto por parte del presidente han logrado impedir que se aprueben resoluciones en este sentido. No obstante, la mayoría de los analistas coinciden en que los cambios únicamente necesitan tiempo para materializarse.

Resulta interesante observar la evolución de este proceso para comprender la forma en que opera el sistema político norteamericano y las fuerzas que determinan su dinámica. El lobby cubanoamericano consideró uno de sus grandes logros que la ley Helms-Burton otorgara categoría legal a todas las disposiciones administrativas relacionadas con el bloqueo a Cuba. De esta manera, se trasladaron al Congreso, donde creían disponer de mayor control, las prerrogativas que hasta entonces estaban en manos del presidente. Pero la cuestión cambió, radicalmente, cuando el comercio con Cuba pasó a ser considerado un buen negocio. Supuestamente no están presentes motivaciones políticas; sin embargo, quedó planteada una contradicción fundamental dentro del propio movimiento conservador, toda vez que estos grupos perci-



bieron que el gobierno estaba interfiriendo en sus negocios y limitando sus derechos ciudadanos —una herejía para los criterios de libertad individual que fundamentan el ideario de esta corriente.

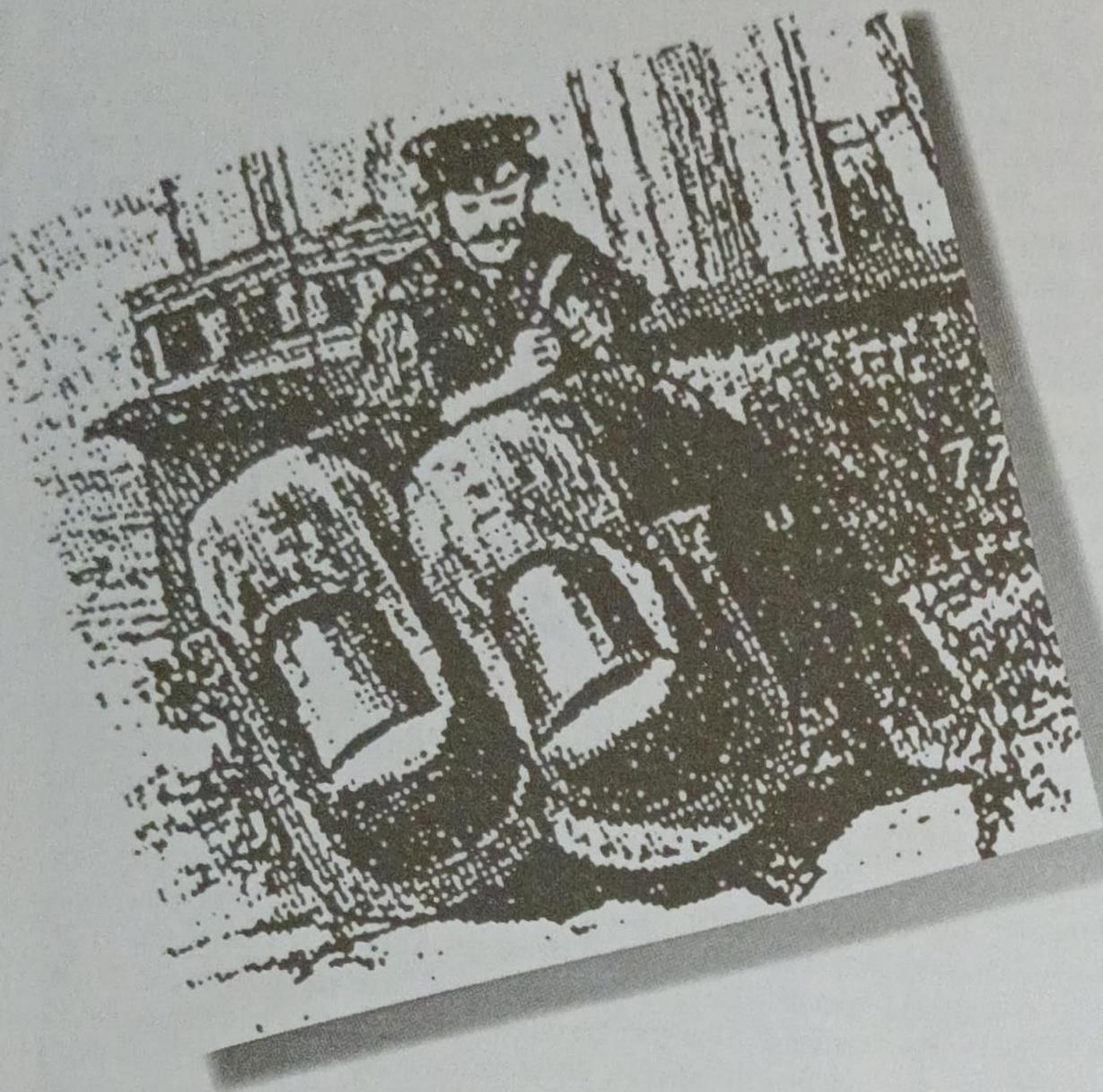
Para colmo, el contacto con Cuba ha generado actitudes más constructivas hacia el país por parte de un sector que, hasta ahora, apoyaba la política gubernamental respecto a la isla. Resulta que, en muchos casos, ha funcionado al revés el famoso "carril dos" de la ley Torricelli, concebido para resquebrajar la firmeza de los revolucionarios cubanos mediante el contacto con sus contrapartes norteamericanas. En la medida en que esa gente conoce el país, hace amigos y se entrevista con los dirigentes cubanos, muchos llegan a sensibilizarse con las privaciones impuestas por el bloqueo al pueblo de la isla y terminar con esa política se convierte en algo más que puro negocio. Obra el milagro de la comunicación: la extrema derecha cubanoamericana conoce el peligro y por ello se opone con vehemencia a cualquier tipo de contacto. Hasta los rumberos cubanos ha sido acusados de constituir una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos.

Un problema mayor para la extrema derecha cubanoamericana lo constituye los propios cambios ocurridos en la composición social de la emigración y las transformaciones demográficas que han tenido lugar en el sur de la Florida en los últimos años. A partir de 1980 se integra a la comunidad cubanoamericana un nuevo tipo de inmigrante. Han transcurrido dos décadas de Revolución y ya no se trata de personas afectadas por el cambio revolucionario. El origen de clase es distinto, las motivaciones económicas que los impulsaron a emigrar son mucho más evidentes y han transitado por un proceso diferente de formación cultural y política. Contrario a los primeros emigrantes, mantienen fuertes lazos familiares en Cuba y un vínculo social y cultural mucho más sólido. Se incorporan a la sociedad norteamericana con menos ventajas que sus predecesores y el contacto con la sociedad de origen está en el centro de sus preocupaciones.

Estos cambios vienen a reafirmar una tendencia que, en buena medida, ha establecido las fronteras políticas en la emigración cubana. Para el contrarrevolucionario militante, la caída del régimen revolucionario es una precondition a cualquier tipo de contacto con la sociedad cubana. La reanudación de los viajes a Cuba en 1979 hizo evidente la diferenciación entre estas personas y aquellos a quienes interesaba el reencuentro por encima de cualquier otra consideración política. Ello constituyó una primera demostración de la enajenación de la contrarrevolución respecto al resto de la comunidad, y ha tenido tal fuerza este sentimiento que, ni siquiera recurriendo a formas extremas de terrorismo, los contrarrevolucionarios han podido evitar los contactos.

No se trata sólo de un problema emocional determinado por la separación familiar. En las condiciones de la sociedad norteamericana, la relación con el país de origen constituye uno de los factores que facilitan el mantenimiento de la identidad de los grupos étnicos. Los cubanoamericanos necesitan el contacto con Cuba para realimentar una condición cultural que, de no existir, los colocaría en un limbo referencial respecto al resto de la sociedad norteamericana. Al tratar de evitarlo, la extrema derecha actúa contra la lógica de los procesos integradores que

yo me honro a lado de Martí



dan forma a la sociedad norteamericana y coloca a los inmigrantes cubanos frente al dilema shakespeariano de ser o no ser. Así que, casi por instinto, se resisten a hacer caso a su prédica en este sentido.

Por demás, han tenido lugar cambios generacionales y clasistas que transforman el enclave y afectan la coherencia política existente hasta el momento. Los más jóvenes y los mejor situados en la escala económica y profesional, tienden a moverse fuera del enclave y participar menos de la vida comunitaria. Más que una necesidad existencial, para estas personas el enclave étnico pasa a ser un referente cultural desde una visión más cosmopolita. La propia burguesía cubanoamericana ha emprendido la búsqueda de otros horizontes y las inversiones en el *mainstream* de la economía norteamericana han desplazado el interés por los pequeños negocios basados en la preferencia étnica. Pasan a ocupar su lugar otros negociantes, cubanos y latinoamericanos, cuyo volumen en la composición demográfica del sur de la Florida ha aumentado significativamente en los últimos años.

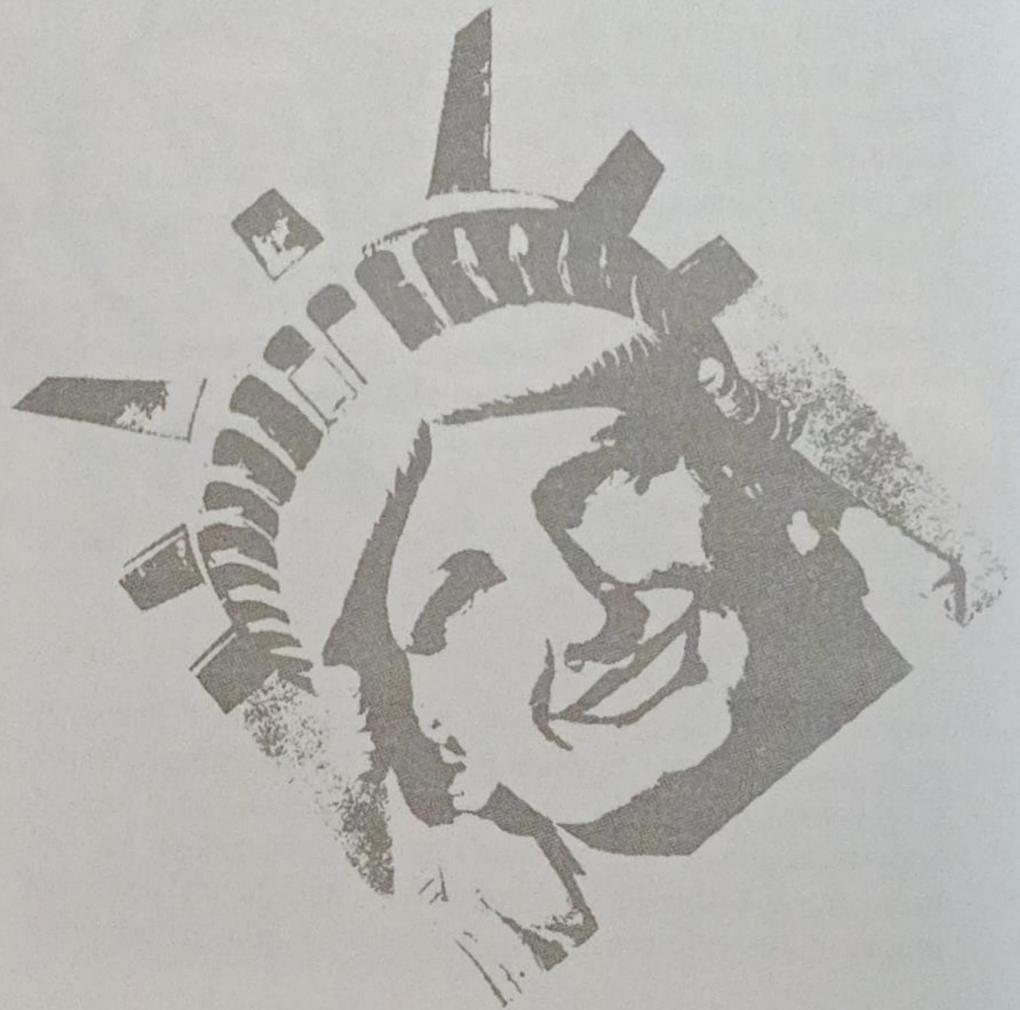
Cabe preguntarse por qué estos cambios no se han hecho visibles en el panorama político miamense y la extrema derecha, a pesar de su desgaste, continúa actuando como fuerza política preponderante. Por un lado, se necesita del factor tiempo para que estas transformaciones cuajen como expresión política: es necesario que maduren los factores subjetivos capaces de articular sus formas de expresarse. La propia tendencia al abandono del enclave por parte de los sectores que alcanzan mayor éxito relativo, dificulta la emergencia de fuerzas políticas alternativas a escala local. Por otra parte, aún la emigración no se ha desprendido de su *función*

contrarrevolucionaria, aparte de las secuelas ideológicas que arrastran los actores políticos —incluso los llamados moderados—; los inmigrantes cubanos continúan recibiendo un trato preferencial como resultado de la política de los Estados Unidos hacia Cuba y esto genera una resistencia al cambio.

En realidad, la extrema derecha cubanoamericana nunca ha tenido una agenda propia a contrapelo de la política gubernamental. Aunque el lobby cubanoamericano ha influido en la vigencia, el tono y el alcance de esta política, prácticamente en ningún caso ha tenido que actuar en contradicción con los intereses estratégicos del gobierno. Una excepción fue lo relacionado con la devolución del niño Elián González y, entonces, los resultados para la extrema derecha fueron desastrosos. Se trata de una corriente alimentada por la beligerancia de los Estados Unidos contra Cuba, incapaz de existir al margen de ella. Mientras persista la guerra contra Cuba, la extrema derecha cubanoamericana disfrutará de un entorno favorable para reproducirse y vivir a su costa. Si los inmigrantes cubanos quieren liberarse de ella, tendrán que hacer una revolución en Miami.

¹ Jorge Ibarra Cuesta: *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p. 87.

² James and Judith Olson: *Cubans Americans from Trauma to Triumph*, Twayne Publishers, New York, 1995.



EL 11 de septiembre produjo un cambio a escala global a partir del cual todos fuimos más inseguros. Los Estados Unidos, bajo el pretexto de la lucha contra el terrorismo, se dispuso a imponer su hegemonía al resto del mundo con el diseño de una estrategia de gobierno global, basado en un absoluto predominio militar y en decisiones unilaterales. Se conformaba, así, una perspectiva neo-imperial con la que se arrogaban el derecho a fijar normas a escala mundial, determinar amenazas, usar la fuerza preventivamente e “impartir justicia”, acorde a sus intereses y principios.

Estos conceptos no nacieron el 11 de septiembre. Desde hace mucho tiempo han formado parte de las ideas del unilateralismo intervencionista de un pequeño, pero bien articulado grupo de intelectuales, comentaristas y ex funcionarios de gobierno, —los neo-conservadores—, quienes, originalmente, se agruparon en New York en los últimos años de la década del sesenta y, en la actualidad, ocupan las oficinas del vicepresidente, del Departamento de Defensa y del Consejo de Seguridad Nacional.

Se trata, en su mayoría, de antiguos liberales demócratas, algunos de ellos trotskistas en su juventud y todos convencidos anticomunistas, con intereses asociados, especialmente, a la política exterior. Fueron quienes, después de la derrota de Viet Nam, defendieron la necesidad de emprender una contraofensiva que evitara la declinación del poder de los Estados Unidos y los hiciera prevalecer en la Guerra Fría.

James Burkam, David Horowitz, Frank Mayer Irving Kristol y Norman Podhoretz, —estos dos últimos considerados sus padres fundadores— fueron algunas de sus figuras más conocidas.

Varias de las más importantes fundaciones y “tanques pensantes” de la derecha, entre los que figuran la Heritage Foundation, el Hudson Institute y, muy especialmente, el American Enterprise Institute —que se convirtió en su cuartel general— jugaron un papel destacado en el desarrollo del pensamiento neo-conservador y en su inserción en el proceso de formulación de política.

Publicaciones y revistas como *Commentary*, *The Public Interest*, *The New Republic*, *The National Review* y *The Weekly Standard*, dirigidas a brindar una perspectiva desde la derecha sobre temas sociales y políticos, servirían, también, para agruparlos y dar a conocer su pensamiento.

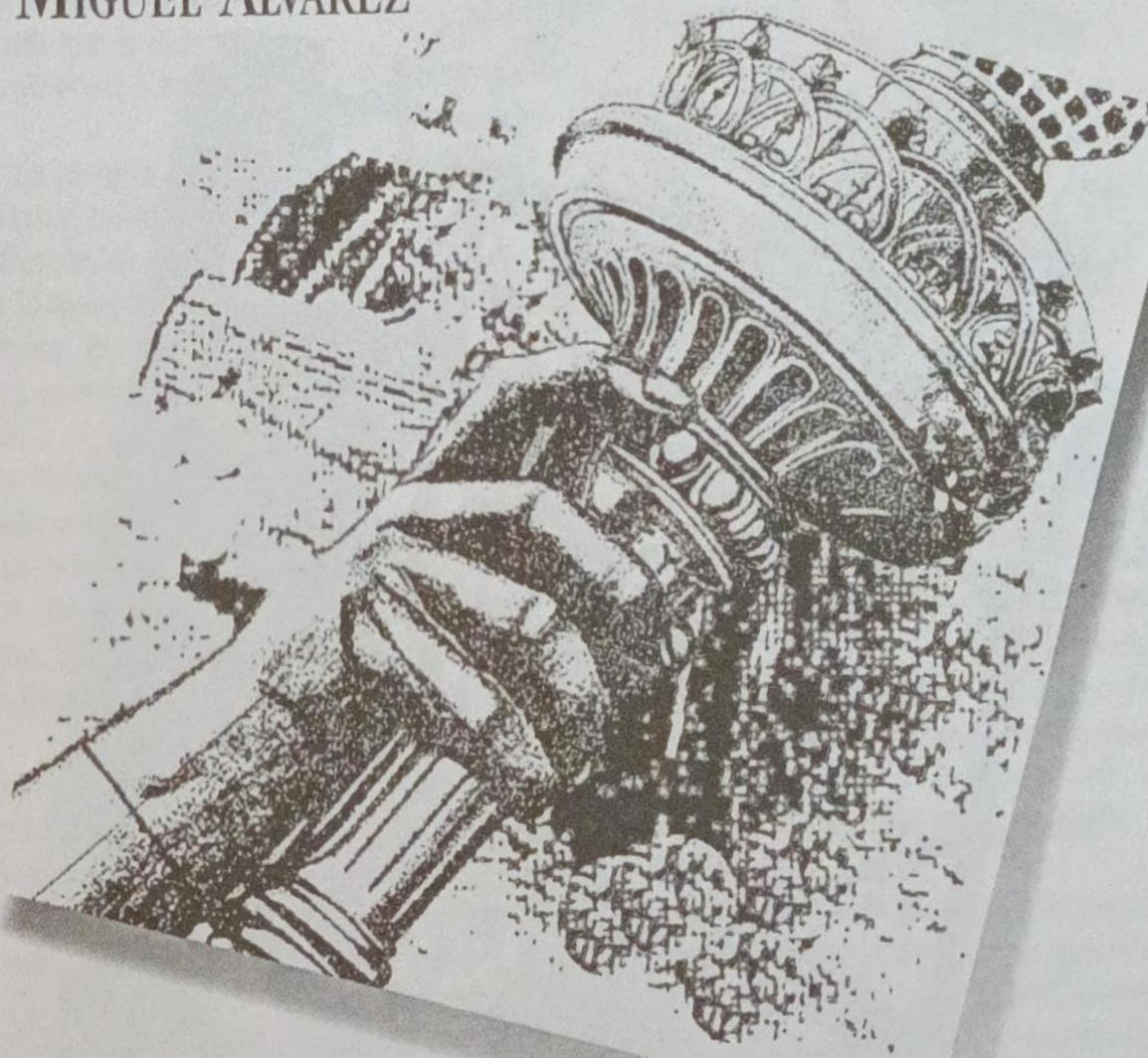
Los neo-conservadores lograron proveer de una ideología renovada a la derecha estadounidense, la cual siempre han tenido una presencia significativa en la política norteamericana. Estos grupos de derecha abogaron por políticas exteriores más agresivas, y tuvieron particular influencia durante la presidencia de Reagan. Finali-

zada la Guerra Fría, asumieron una posición mucho más relevante y, de hecho, desarrollaron sus postulados en las nuevas circunstancias, sobre la base de garantizar el dominio global de los Estados Unidos, impedir el surgimiento de cualquier reto a su hegemonía y aplicar como nuevo concepto la realización de acciones militares preventivas.

El criterio que predominaba entre esos sectores era ir más allá de la crítica a Clinton, sobrepasar el reaganismo —al que calificaban como la más exitosa política exterior de cualquier administración en el pasado medio siglo— y articular una alternativa política coherente que reflejara sus principios y concepciones.

Los neo-conservadores y la hegemonía norteamericana

MIGUEL ÁLVAREZ



James Zogby, presidente del Instituto Árabe Americano, los definió como exponentes de una filosofía política secular, que marcó la reacción de un grupo de antiguos liberales agraviados por la política de apaciguamiento del Partido Demócrata hacia la Unión Soviética.

James Zogby

Godfrey Hodgson, director del Programa de Periodismo de la Universidad de Oxford, autor de un libro sobre la ascendencia de los conservadores en América y corresponsal en Washington de varios medios británicos, señaló que los neo-conservadores tenían la idea de que la sociedad norteamericana, "con sus defectos, no sólo era esencialmente buena, sino también moralmente superior a otras sociedades".¹

Los neo-conservadores —algunos de los cuales ocupan actualmente posiciones importantes tanto dentro como fuera de la administración— se formaron como discípulos de Leo Strauss, un filósofo de origen judío que enseñó en la Universidad de Chicago a mediados de los años cincuenta. Tales son los casos de William Kristol, editor de *The Weekly Standard*; Paul Wolfowitz, segundo hombre del Pentágono; Stephen Cambone, actual subsecretario de Defensa para Inteligencia; así como importantes directivos del American Enterprise Institute, Richard Perle, Lynne Cheney —esposa del vicepresidente Cheney— y Gary Smith —director de The Project for a New American Century (Proyecto para el Nuevo Siglo Americano).

Figuras como Albert Wohlstetter, especialista en análisis de sistemas y estrategia militar, también han servido como mentores a este movimiento, pero es Strauss la principal fuente de la que se nutrieron.

Strauss considera que la sociedad debe ser jerárquicamente dividida entre una elite que debe dirigir y las masas que deben seguir: cree que hay un derecho natural que asiste a esa elite —"el derecho superior a gobernar sobre el inferior"— y justifica la manipulación de las masas si ello es necesario para lograr el dominio. Él ve la religión como absolutamente esencial para imponer un orden moral a ellas, que, de otro modo, estarían fuera de control. El nacionalismo forma parte esencial de esa filosofía. Así, considera que el orden político sólo podrá ser mantenido si era unificado por una amenaza externa: "la naturaleza agresiva del ser humano sólo puede ser restringida por un estado nacionalista poderoso."²

Esta filosofía y su articulación como concepción de seguridad nacional por parte de un grupo de sus seguidores en posiciones de poder, ha convertido tal visión del mundo en el centro de la doctrina de política exterior y de seguridad de la administración Bush.

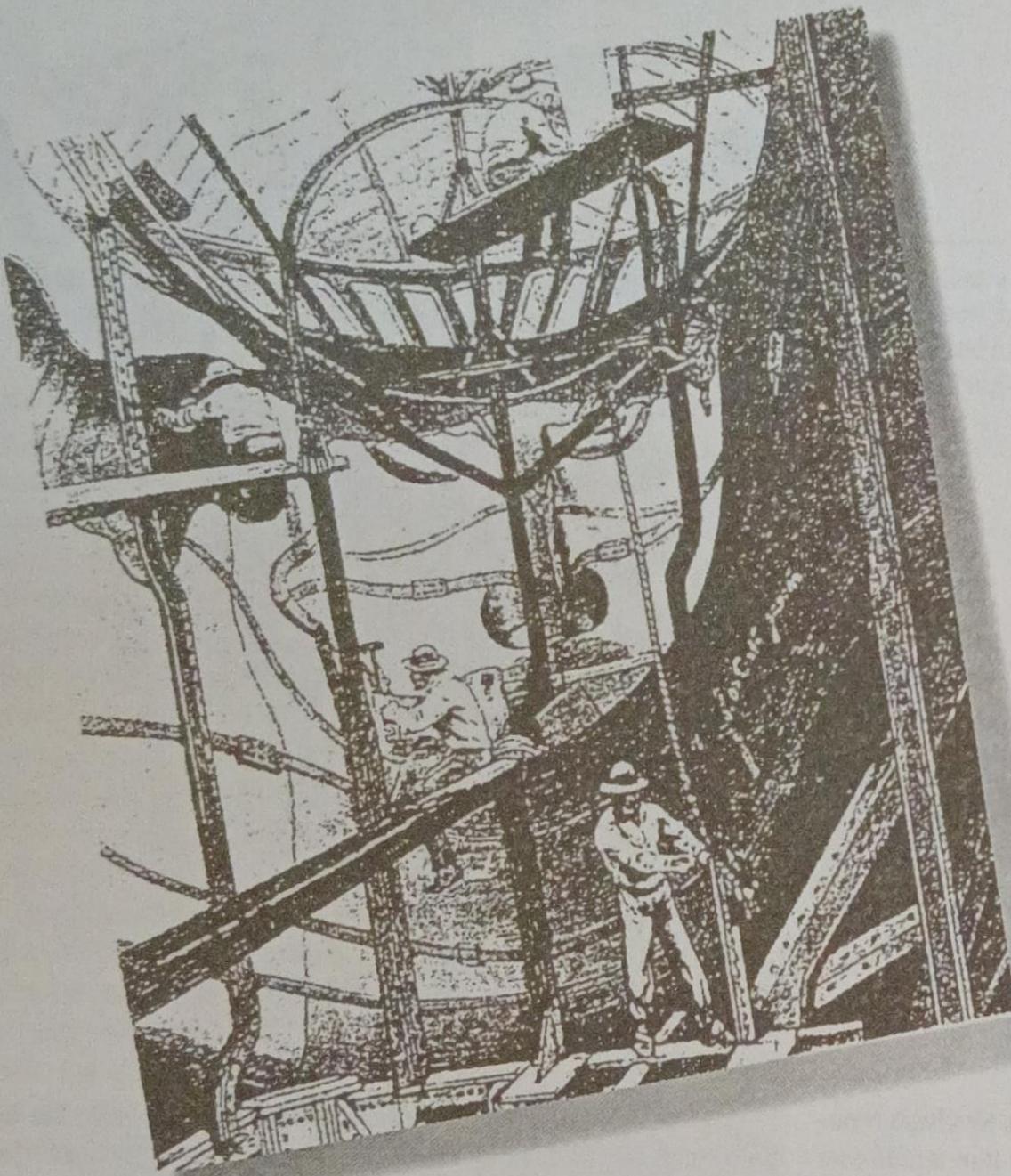
Las ideas esenciales de la propuesta neo-conservadora para guiar el proyecto de dominación global de la nación norteamericana en el siglo que se aproximaba, están reflejadas en un memorando clasificado, que el periódico *The New York Times* dio a conocer en marzo de 1992,³ documento clave para entender la idea del mundo que se quiere imponer.

El memorando, de 46 páginas, "Defense Planning Guidance"

(Orientación de la Política de Defensa), escrito bajo la supervisión de Paul Wolfowitz —subsecretario de Defensa para Política en la administración de Bush padre—, fue circulado entre los más altos niveles del Pentágono y proponía una nueva estrategia política y militar para el mundo posterior a la Guerra Fría con el propósito de preservar la supremacía militar global de los Estados Unidos, e impedir el surgimiento de una superpotencia rival en Europa, Asia o la antigua Unión Soviética. Aparece aquí el concepto de ataques preventivos como un componente básico de esta filosofía.

El documento contemplaba la utilización del poder militar para prevenir o castigar el uso de armas nucleares, biológicas o químicas, incluso, en conflictos que no comprometieran de forma directa el interés de los Estados Unidos y aunque ello implicara actuar unilateralmente. También se establecía que los Estados Unidos aplicarían el mismo principio cuando las acciones colectivas no pudieran funcionar o en situaciones de crisis que requirieran respuestas rápidas. La búsqueda de "la proliferación de formas democráticas de gobierno y un sistema económicamente abierto" formaba parte de sus objetivos.

En el análisis de regiones y países, se abordaba la situación de América Latina, la que, por su proximidad, consideraban con implicaciones para su seguridad, in-



cluyendo los peligros a ciudadanos norteamericanos por el terrorismo o las provenientes del tráfico de narcóticos.

Cuba fue situada como una de las amenazas en el área de América Latina por considerar que enfrentaba un período de crisis interna capaz probablemente de generar nuevos retos a la política de los Estados Unidos. Entre las posibles desafíos a enfrentar, se incluían una crisis migratoria, una provocación militar contra algún aliado o un conflicto interno que generara inestabilidad. Recordemos que se trataba del momento en que Cuba sufría una severa crisis económica con la desaparición de la URSS y el campo socialista, más el recrudecimiento del bloqueo económico norteamericano.

Este documento, de carácter interno, establecía la nueva estrategia posterior a la Guerra Fría y, de hecho, la filosofía fundacional de los neo-conservadores hacia el próximo siglo, sin que fuese el resultado de un debate público o congresional, y a pesar de significar una verdadera ruptura con políticas y concepciones anteriores y sentar las bases de una estrategia de dominación al nivel global.

En 1997 este grupo de neo-conservadores, obsesionados por lo que consideraban la declinación del poderío de la defensa norteamericana y los problemas que esto crearía para el ejercicio de su hegemonía, formaron el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, con el propósito de lograr una proyección más vigorosa del liderazgo global de los Estados Unidos, mediante "la fortaleza militar y la claridad moral". William Kristol lo presidió, Gary Smith fue el director ejecutivo, y entre el resto de los directores encontramos a Robert Kagan y John Bolton.

Su declaración de principios establecía que "La historia del siglo xx debería habernos enseñado que es importante moldear las circunstancias antes que las crisis emerjan y enfrentar las amenazas antes que se conviertan en desastres",⁴ para lo que proponían un incremento significativo de los gastos de defensa. Promover la causa de la "libertad política y económica" en el exterior, constituía, también, parte de sus postulados esenciales.

El Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, se convirtió en una suerte de manifiesto de los neo-conservadores, el cual articuló en detalle su visión para la dominación mundial, sus principios y las medidas que debían tomarse para alcanzar esos objetivos. Entre los firmantes figuraban: Elliott Abrams, John Bolton, Jeb Bush, Dick Cheney, William Kristol, Lewis Libby, Richard Perle, Ronald Rumsfeld y Paul Wolfowitz.

En vísperas de las elecciones presidenciales, el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano produce un nuevo informe, con la intención que la administración que resultara electa pudiera contar con una propuesta para "preservar y extender su posición ventajosa tan lejos en el futuro como fuese posible,⁵ y para lo cual requeriría de una capacidad militar global superior.

La esencia de esta propuesta da continuidad a la estrategia de defensa trazada por el Defense Policy Guidance, de 1992, y su inserción en la proyección política del equipo de campaña de George Bush, marcó el ascenso de las ideas neo-conservadoras al poder.

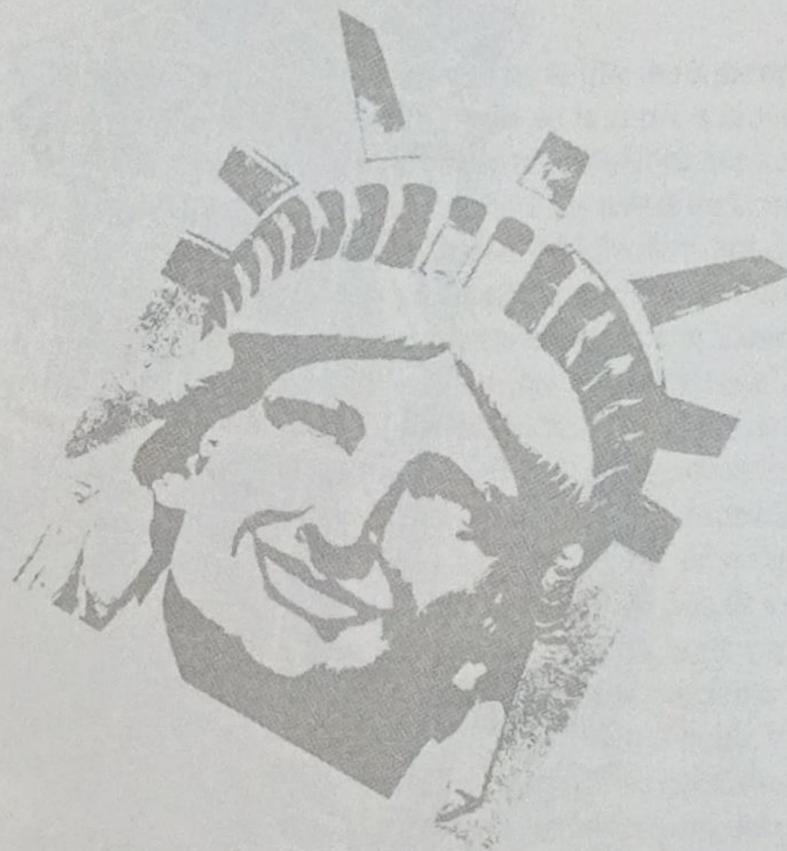
Con la llegada de la nueva administración a la Casa Blanca, los neo-conservadores asumen posiciones claves en el Departamento de Defensa, la oficina del vicepresidente, el Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Estado.

A figuras principales de la actual administración conservadora como Donald Rumsfeld, secretario de Defensa y el propio vicepre-

sidente Dick Cheney, los acompañan otros como Paul Wolfowitz y Douglas Feith, quienes ocupan el segundo y tercer cargo más importante del Pentágono; Lewis Lobby, jefe del *staff* del vicepresidente; y John Bolton, subsecretario de Estado para el Control de Armas y Seguridad Nacional.

Mención aparte merece Richard Perle, arquitecto por muchos años de esta filosofía neo-conservadora, y para quien, hasta hace muy poco, la administración reservó una posición clave en materia de estrategia militar ofensiva, al nombrarlo al frente del Defense Policy Board, un panel de notables que cumple funciones asesoras para el Pentágono.

El ascenso de este importante grupo de exponentes de la filosofía neo-conservadora a las esferas de poder político y militar, ha

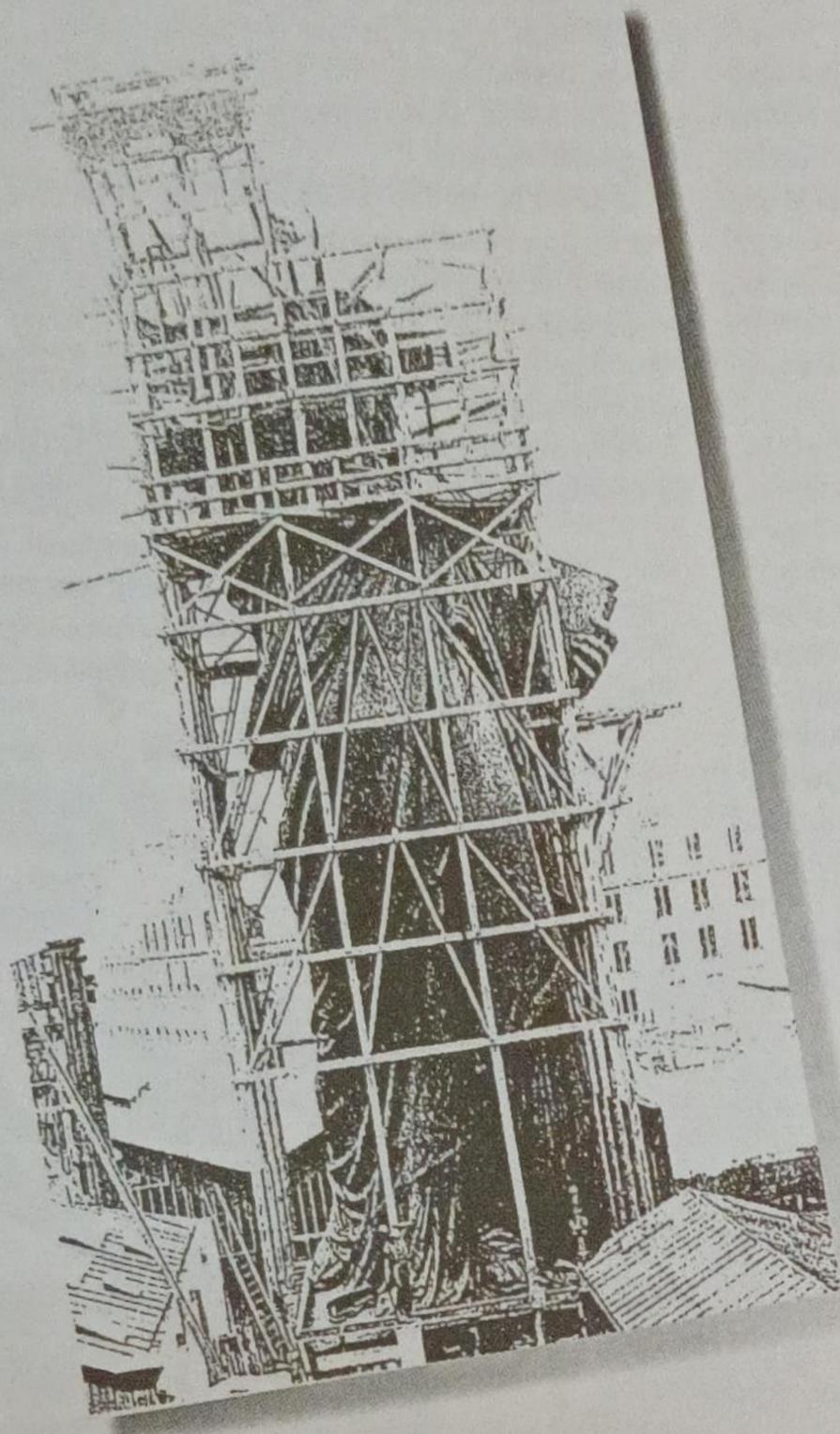


posibilitado que la misma constituya base fundacional de la actual estrategia de dominación mundial de los Estados Unidos. Ello queda claramente expresado en la estrategia de Seguridad Nacional aprobada por la administración en septiembre de 2002, que da lugar a la "Doctrina Bush" y refleja la consistencia y organicidad alcanzada por las ideas neo-conservadoras al reproducir, casi textualmente, el informe de septiembre del 2000 de PNAC y el Defense Policy Guidance de 1992.

El 11 de septiembre les proporcionó el pretexto que necesitaban para poner en práctica la nueva política imperial. Apareció el enemigo que contribuía a la cohesión de la nación. Proyectaron la idea al pueblo norteamericano de que el mundo era, nuevamente, un lugar peligroso, por lo que había que buscar una doctrina que les diese seguridad "y la única posible era la neo-conservadora", según William Kristol.

La visión neo-conservadora, que se ha convertido en el centro de la política exterior y de seguridad, es, esencialmente, un renacimiento del "reaganismo". Tiene profundas raíces en los debates de la Guerra Fría, con la cual sus defensores, frecuentemente, comparan este período. Sitúan como analogía entre ambos su extensión en el tiempo y la diversidad de los medios a utilizar, pero implican,

Y en honor a...



asimismo, un desarrollo a partir del carácter de única superpotencia de los Estados Unidos, los cambios ocurridos a escala internacional y del papel hegemónico que se autoasignan, conforme al cual el concepto de soberanía se hace absoluto para ellos y condicionado para el resto del mundo.

El imperio se atribuye el derecho a cambiar regímenes. Con arreglo a la visión de los neo-conservadores, esto significa implantar en cualquier lugar del mundo el modelo concebido por el poder hegemónico, sin importar historia, tradiciones ni costumbres, lo que se mezcla con la creencia evangélica de que el único régimen verdadero es la "democracia", tal y como es definida por ellos. Ven la política exterior como un medio para hacer cumplir ese "destino nacional" y creen que esto no sólo es lo mejor para los Estados Unidos sino, de igual modo, para el resto del mundo: todo aquel que definan como hostil —o consideren que pueda significar una amenaza— debe ser confrontado agresivamente.

Con el propósito de realizar esa misión para la que fueron "elegidos", atacan Afganistán y producen la invasión y ocupación de

Irak —tarea que consideraban no finalizada en 1991, cuando la Guerra del Golfo. Cabría preguntarse si Cuba, contra la que se han ensayado todos los métodos posibles para cambiar su régimen social, puede ser considerada, igualmente, dentro de la categoría de misiones no concluidas.

El señor Christian Wastermann, respetado analista de inteligencia y experto en armas químicas y biológicas, en reciente testimonio a puertas cerradas ante el Comité de Inteligencia del Senado, declaró cómo había sido presionado por su jefe, John Bolton, el subsecretario de Estado para Control de Armas y Seguridad Internacional, para que declarara que Cuba tenía un programa de armas biológicas. En opinión del experto éstas eran afirmaciones no apoyadas por informaciones de inteligencia.⁶

Los cubanos no podemos perder de vista que, reiteradamente, este funcionario ha acusado a Cuba de poseer programas y capacidades de armas biológicas, a pesar de aseveraciones contrarias de diversas agencias del propio gobierno como la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional.

John Bolton —a quien se le conoce como el subsecretario de Estado para el "eje del mal"— sirvió en la administración Reagan y, posteriormente, fue vicepresidente ejecutivo del American Enterprise Institute. Se considera a sí mismo como una "persona de la Guerra Fría", bajo la cual creció. Es el hombre clave de esta administración contra las llamadas armas de destrucción masiva (WMD), las cuales, a su juicio, deben enfrentarse de manera "dinámica y pro activa", incluso librando guerras preventivas.

De modo que los neo-conservadores —en tanto grupo fundamentalista, creyente del derecho natural del imperio y que se autoproclama como elegido por Dios para llevar el "bien" al mundo— poseen una doctrina de dominación planetaria sin precedentes en la historia contemporánea: en el ejercicio de esa hegemonía, pues, se otorgan el derecho a destruir, en cualquier lugar, a aquellos estados que consideren "malvados" y a cambiar gobiernos para imponer "un nuevo siglo favorable a los intereses y principios americanos", todo lo cual nos presenta un desafío del que ningún país, desde luego, queda excluido.

1 *Public Broadcasting System*, debate, abril 3, 2003.
 2 "Leo Strauss' Philosophy of Deception", Jim Lobe, Ater net., mayo 19, 2003.
 3 "U.S. Strategy Plan Call for Insuring no Rivals Develop", *New York Times*, March 8, 1992.
 4 "Declaración de principios", Project for The New American Century, Junio 3, 1997.
 5 "Rebuilding American Defenses", The Project for the New American Century, septiembre, 2000.
 6 "Expert said to Tell legislator. He was pressed to distort some evidence", *New York Times*, junio 25, 2003.

UN ASPECTO SOMBRÍO
DE LA NORTEAMÉRICA DE HOY

McCarthy regresa

PEDRO DE LA HOZ

EL fantasma del mccarthysmo recorre Norteamérica. La invasión al territorio iraquí, llevada a cabo por la administración Bush, no sólo sin la anuencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sino con la oposición de vastos sectores de la sociedad civil en el mundo entero, se ha hecho acompañar por el ejercicio de presiones de toda clase contra quienes, en ese país, disienten de la política bélica oficial.

Todo se hizo tan evidente en Hollywood que, en marzo —antes de comenzar la guerra—, el Sindicato de Actores Cinematográficos advirtió a ejecutivos de estudios que no negaran trabajo a aquellos pertenecientes al medio del espectáculo que hablaran contra la aventura militar. “Ni siquiera un indicio de lista negra debe ser tolerado nuevamente en esta nación”, subrayó el comunicado del gremio.

Muchos recordaron los tiempos de la carcería de comunistas —o supuestos comunistas— desencadenada por la comisión investigadora del senador Joseph McCarthy, a mediados del siglo pasado.

En aquella oportunidad, mientras numerosos actores y guionistas, como Edward G. Robinson o Lucille Ball, se negaron a dar los nombres de sus colegas sospechosos de actividades antiamericanas otros, como Elia Kazan, pasaron a las filas de los acusadores. Entre todos los denunciados, los actores aparecieron, inmediatamente, como principales víctimas. Incapaces de cambiar de apariencia y tomar nuevo nombre, se vieron de repente excluidos de los estudios y los escenarios. Estos fueron los casos de Larry Parks, Will Geer, J. Edward Bromberg, Anne Revere y John Garfield, quien se suicidó en 1952.

Pareja célebre por sus talentos artísticos, Susan Sarandon y Tum Robbins se han hecho notar en el Index que pretende señalar y castigar a los disidentes de Washington.

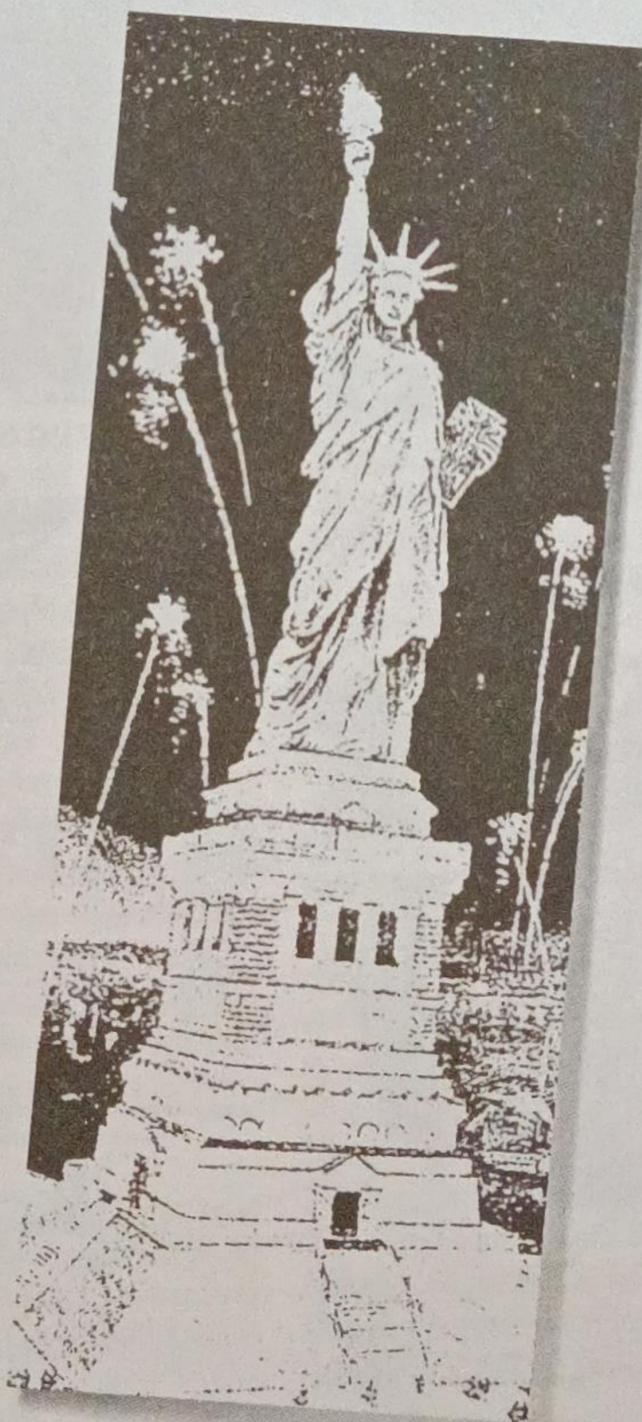
United Way —organización de beneficencia de la ciudad de Tampa Bay, estado de Flori-

da—, por ejemplo, canceló una actividad en la que iba a participar la Sarandon, debido a la abierta oposición de la actriz a la guerra contra Irak. Este grupo, el cual promueve actividades comunitarias, la había invitado a un evento en torno a los temas de la mujer y el servicio voluntario, que iba a realizarse el 11 de abril. Los directivos de la organización se vieron amenazados por grupos hostiles, los cuales proclamaban a la Sarandon como una “bestia antiamericana”.

El periódico *New York Post* fue lejos en su propuesta de corte neocarthyta: “No ayude a estos amantes de Saddam”, rezaba un cintillo desplegado impudicamente en su página de espectáculos. La nota acompañante explicaba que “si quiere usted sancionar a las estrellas que se oponen a la liberación de Irak, ahora en manos del asesino de masas Saddam Hussein y sus secuaces violadores, aquí le ofrecemos una lista de sugerencias”. Le relación incluía películas que no debían ser vistas, autores que no debían ser leídos y cantantes que no debían ser escuchados.

En medio de esa fobia, el grupo de *country* Dixie Chicks, a la vanguardia de la renovación del género, ha tenido que sufrir el silenciamiento de sus discos en muchas emisoras y la imposibilidad de recibir premios anuales en la especialidad.

Otro de los principales blancos de estas campañas, tendentes a amordazar las opiniones contrarias al pensamiento y la acción de la Casa Blanca, fue el actor cinematográfico Danny Glover, conocido por sus protagónicos en la saga *Arma letal*. Además de pronunciarse contras las guerras en Afganistán e Iraq, Glover suscribió el “Llamamiento a la conciencia del Mundo”, mediante el cual más de cuatro mil



gran horda

quinientos intelectuales de 43 países expusieron su rechazo a la campaña mediática contra Cuba y se solidarizaron con el pueblo de la isla, víctima de la nueva doctrina geopolítica norteamericana.

Judicial Watch fue el principal grupo de presión que ejerció su influencia para aniquilar a Glover como figura pública en los Estados Unidos. Su presidente, Tom Fitton, según reportó el periódico digital E-Online, declaró: "MCI —empresa mediática que había contratado al actor para su publicidad— debe quemar a Glover". Y añadió: "Si estamos de acuerdo en que nadie puede tener de vocero publicitario a quien apoye a Osama Bin Laden, debemos concordar, también, en que nadie puede tener de vocero a quien apoye a Castro".

Fundada en 1994, esta organización —que se dice no gubernamental y "vigilante de la ética judicial" contra la corrupción "en los Estados Unidos y otras partes del mundo"— la emprendió contra la ex procuradora general Janet Reno por haber sido razonable y

justa en la solución del caso del niño cubano secuestrado en diciembre de 1999, en Miami, y fue la que representó, también, al "célebre" pescador Donato Darymple en su demanda fallida contra los oficiales del Servicio de Inmigración, que rescataron al pequeño de casa de sus raptos.

Judicial Watch es nada menos que el servicio legal utilizado por el terrorista José Basulto, líder de la organización Hermanos al Rescate, para sacar provecho *crematístico* del derribo de las avionetas que violaron el territorio aéreo cubano.

"Básicamente este nacionalismo extremo tiene el potencial —comentó Glover ante el boicot— de ser en cierto sentido maniaco. Cuando marchamos y saludamos a las banderas, debemos estar seguros de por qué las saludamos. La idea real es la de aplastar cualquier tipo de oposición". Y agregó: "Algo está sucediendo ahora en nuestro país, algo muy oscuro y muy siniestro, y no admitir que está ocurriendo significa, de alguna forma, estar ciegos".



75 aniversario del natalicio del Che

LA CULTURA Y LA FORMACIÓN DEL HOMBRE NUEVO

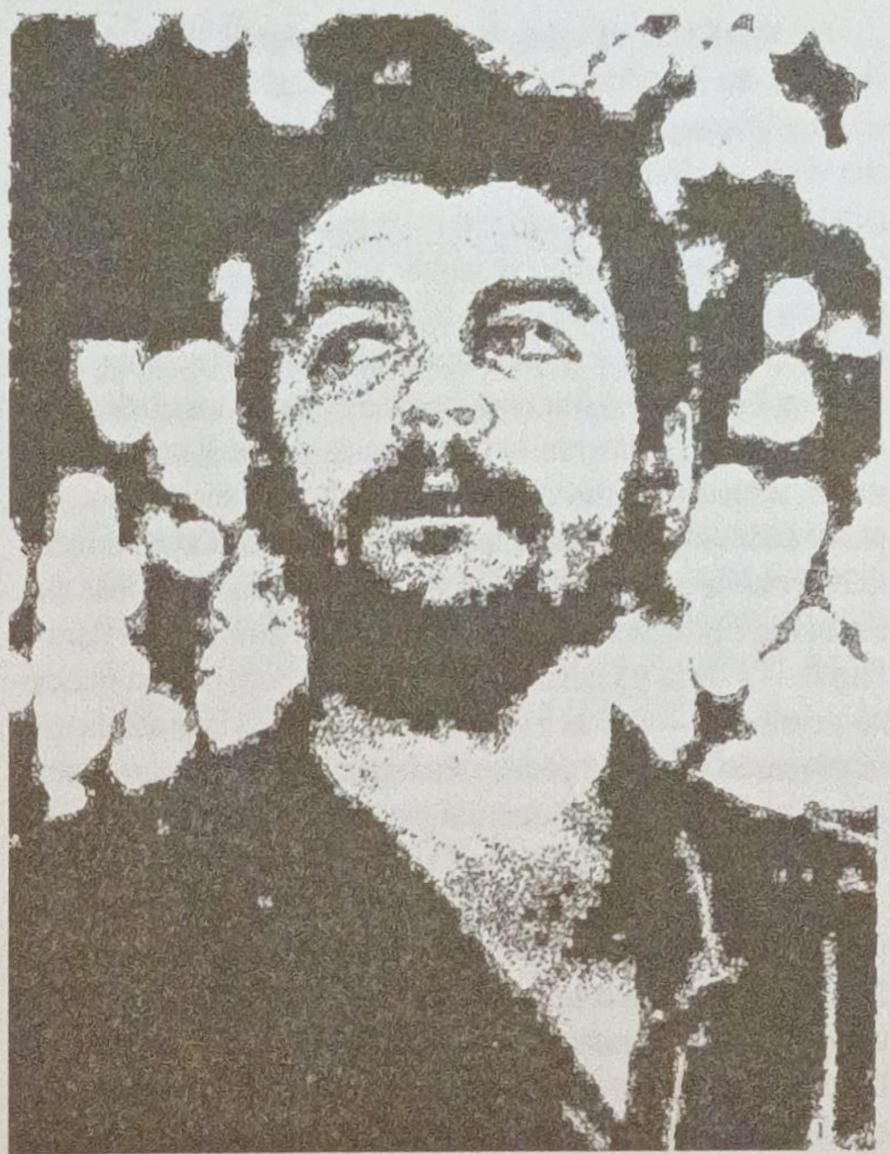
ARMANDO HART DÁVALOS*

RESULTA paradójico que la caída del muro de Berlín y el derrumbe del llamado "socialismo real" precipitara y acelerara la crisis de ideas políticas, filosóficas y sociales de las sociedades clasistas europeo-norteamericanas. En otra oportunidad podría explicar cómo y por qué sucedió esto. Lo que resulta evidente es que estamos en presencia de la crisis más aguda de la llamada cultura occidental. Ello se revela en la quiebra de la ética, de los principios políticos y jurídicos, y de las ideas filosóficas que tras larga evolución llegaron hasta el siglo xx y principios del xxi, y que sirvieron de fundamento al sistema capitalista. Ha dicho el teólogo de la liberación, nuestro amigo Frei Betto, que se gesta un nuevo Renacimiento. El mundo bien lo necesita, pero este solo puede avizorarse y asumirse desde la tradición latinoamericana porque es la región del orbe que posee los elementos de cultura necesarios para ello.

El siglo xviii fue, como se sabe, el de las luces; el xix, en nuestra América, el de los fuegos; y las luces que necesita el xxi están en esos fuegos. Por aquí comenzó la edad moderna y por aquí ha de iniciarse, también, el renacimiento de las ideas universales a favor de la justicia. Cualquiera que sea el criterio que se tenga en relación con los temas de conciencia, ya sea por creyentes o por no creyentes, lo objetivo y real es que se requiere, para un salto superior del movimiento intelectual, estudiar el papel de los factores subjetivos, éticos y de la voluntad humana, lo individual y lo social en la construcción de un mundo mejor. Ese salto constituye una necesidad de humanidad o muerte para el siglo xxi.

He comenzado con estas reflexiones porque ellas guardan estrecha relación con un tema central del pensamiento del Che: la formación del hombre nuevo y la importancia de los factores morales y subjetivos en la marcha hacia el socialismo.

* Palabras pronunciadas por el doctor Armando Hart Dávalos en el acto por el 75 aniversario del nacimiento del Che, auspiciado por el Centro de Estudios "Che Guevara", la Universidad de La Habana y la OSPAAAL, y efectuado en el Hemiciclo "Camilo Cienfuegos", Capitolio Nacional, 18 de julio de 2003.



El mito del Che tiene fuerza porque, precisamente, representa lo que quedó olvidado en la vigésima centuria. Esta es la importancia de los factores subjetivos y de la moral en la historia y la necesidad de la unidad de los pueblos de nuestra América para marchar hacia delante con paso seguro.

El Che y mi generación revolucionaria asumieron las verdades que, paso a paso, fueron descubriendo los hombres y culminaron con la exaltación de lo más avanzado de la razón y de la inteligencia humana. Asimismo, conservaron y enriquecieron el sentido heroico de la lucha y esperanza por un mundo mejor, más justo.

Esta la tradición espiritual está viva en la historia de nuestra América. Al asumir esos valores y elevarlos con su talento, heroicidad y decisión al plano más alto, Ernesto Che Guevara se convirtió en uno de los símbolos éticos más prominentes de la historia de las civilizaciones. Las ambiciones de algunos, que se han presentado como dioses, han sido efímeras, pero el símbolo que encarna el Che Guevara perdura y centellea en las conciencias. Para asumir nuestro compromiso con el Guerrillero Heroico y lo que él representa, hay que estudiar sus ideas a la luz de los desafíos de nuestro tiempo. No se trata de una copia mecánica: seríamos indignos de su legado si lo intentáramos. No seríamos fieles a su memoria si dejáramos de estudiar sus ideas, expuestas en la década del sesenta, en función de nuestras responsabilidades de hoy. Es deber ineludible de quienes trabajamos junto a él hace más de cuarenta años, promover en las nuevas generaciones aquellos mensajes luminosos del Comandante Guevara para que le den continuidad a su legado.

Armando Hart Dávalos

Por todas estas razones, la Sociedad Cultural "José Martí" y el Centro de Estudios "Ernesto Che Guevara" se proponen iniciar un diálogo múltiple y enriquecedor sobre el legado del Che con vistas a enfrentar los retos actuales. Aunque nos ha correspondido a nosotros iniciarlo con estas palabras, otros compañeros de igual modo irán presentando aquí sus ideas e iniciativas para darle continuidad a este empeño. Es un trabajo que no es de uno, sino de muchos años. Desde la década del sesenta, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, herederos de esta tradición latinoamericana, plantearon la importancia de los llamados estímulos subjetivos o morales en el camino del socialismo, y la plantearon sobre fundamentos científicos. Constituye un mérito especial de ambos haber forjado una síntesis de lo más elaborado del pensamiento científico de raíz europea —Marx y Engels— y de la tradición utópica de la cultura latinoamericana y caribeña —Bolívar y Martí. Cualquiera sea la posición que se adopte en el campo político, es imposible, para quien quiera actuar con honradez intelectual y con un mínimo de lucidez, desconocer esta tradición.

El Guerrillero Heroico situó la influencia de los estímulos morales en la edificación de la nueva sociedad. Fidel Castro subrayó en 1962, durante la llamada Crisis de Octubre, que los soviéticos podían quitarnos los misiles, pero nadie podría arrebatararnos los cohetes morales. Estos últimos son los que fortalecen la Revolución cubana y animan hoy las luchas a escala de todo el continente.

A partir de ello, como he señalado, el Che profundizó en sus ideas económicas.

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, está embrionariamente presentado el análisis de los factores superestructurales y subjetivos en relación con la base material de la sociedad socialista. Sigue siendo, pues, un texto central que los revolucionarios contemporáneos debemos estudiar profundamente.

En esa obra, el Che aborda el tema crucial de la superestructura ideológica, política, moral y cultural y de sus relaciones con la base económica en la especificidad cubana de los primeros años de la Revolución. Allí resaltó que el socialismo estaba en pañales en cuanto a la elaboración de una teoría económica y política de largo alcance. Todo lo que esbozaba —decía— era tentativo, porque todo ello requería de una ulterior elaboración que no pudo realizar. En una época en que se pensaba en los estímulos materiales para la movilización social y de la producción, él insistía en los instrumentos y mecanismos de índole moral, sin olvidar una correcta utilización de los estímulos materiales, sobre todo de naturaleza social.

Se planteó hace cuarenta años el problema en el plano de la creación directa, es decir, del resultado inmediato de la actividad productiva del hombre. Hoy debemos estudiar sus ideas e iniciativas a partir del plano más amplio y general de la cultura.

Más de cuatro décadas después, el tema de la subjetividad, y por tanto de la ética, se nos revela en una forma más completa

y definida; hoy está vinculado indisolublemente con el propósito de alcanzar una cultura general integral a la que se está refiriendo Fidel Castro. La cultura de emancipación —y por tanto las ideas de la subjetividad del Che— es interés inmediato de nuestro proceso de análisis revolucionario acerca de la influencia de la cultura en el desarrollo económico-social. Es la única forma de encontrar las vías de un nuevo pensamiento filosófico y de acción política a tono con las circunstancias actuales.

Determinar el peso de la cultura en el desarrollo constituye el fundamento para elaborar el pensamiento que necesitan el siglo XXI, y en especial América.

Probar la importancia de la cultura en la economía es un compromiso ineludible con Ernesto Che Guevara. Explicaremos esto más detalladamente en otra oportunidad; aquí vamos a referirnos al tema que con tanta objetividad planteó el Che: el de la subjetividad, y para llevar a cabo este análisis hay que partir de la cuestión cultural y su influencia en la historia del hombre. Es el tema que quedó pendiente en la historia de las ideas socialistas durante el siglo XX.

Por esto, en homenaje al Che, quiero compartir con ustedes algunas reflexiones acerca de estos fundamentos y hacerlo partiendo de la historia cultural de las civilizaciones, para arribar, después, a conclusiones más concretas sobre tan importante tema. Tomamos como punto inicial el criterio de que, en la historia de las civilizaciones, el robo y la tergiversación de la cultura ha sido la maniobra principal de los explotadores de todos los tiempos para imponer sus intereses egoístas. Si esto no se entiende, no se entiende la esencia del problema.

El rescate de la mejor tradición de la cultura universal es fuente inagotable para defender los intereses de los pobres. Pero es tal la fragmentación y la dispersión que la larga evolución de la civilización occidental ha creado sobre la expresión cultural, que, para descubrir su verdadera naturaleza, es indispensable ir a la génesis antropológica y al análisis de su evolución histórica así como realizar estudios económicos concretos, capaces de mostrar, fehacientemente, que la cultura es el factor más dinámico de la historia económica del mundo y, en especial, de la que estamos viviendo.

¿Qué es la cultura? La singularidad humana en la historia natural radica en el hecho de que el hombre, al tomar conciencia de su propia existencia, de su pertenencia a la naturaleza, se planteó como exigencia descubrir y descifrar el misterio de lo desconocido. Los hombres, por su carácter de entes bio-sociales son los únicos seres vivientes que tienen ese reto: de ahí nace la cultura hasta convertirse en segunda naturaleza; ella es, a la vez, claustro materno y creación de la humanidad. No hay hombre, en el sentido pleno y universal del término, sin cultura y ésta no existe sin aquél. Su afán de descubrir lo que no conoce lo lleva al extremo de intentar encontrar el sentido de su propia existencia. No es posible hallar, objetivamente, respuesta racional a este noble interés humano. Sin embargo, en parte se la puede encontrar aquí, en la tierra, cuando se asume

que todos los hombres, sin excepción, tienen derecho a una vida plena de felicidad tanto material como espiritual y, por tanto, a facilitar la superación la enajenación social a que ha estado sometido. Ahí nacen la ética y la necesidad de ejercer la facultad de asociarse, que el pensamiento martiano situaba como *el secreto de lo humano*". En nuestra América, se fundamenta en los intereses de los pobres y explotados y a la humanidad en su conjunto. Se trata de un concepto científico y universal encargado de dar fuerza y riqueza a la política económica y social necesaria para la práctica revolucionaria de nuestro *pequeño género humano*.

El proceso de surgimiento de la cultura está presente en la génesis antropológica de *homo sapiens* hasta convertirse en el individuo hombre. Desde que los hombres comprendieron que podían extraerle a la naturaleza el sustento para vivir, surgieron las posibilidades del trabajo que, en esencia, resulta un hecho cultural presente en la génesis de las civilizaciones. Asimismo, se generó en los hombres el sentimiento de unirse, agruparse, para así tomar, de manera más eficaz y abundante, los bienes necesarios para su subsistencia. Se impuso como demanda y necesidad lograr una relación social que garantizara el trabajo en común y la distribución equitativa del producto del trabajo.

Nació así la idea de la justicia colocándose como el valor primigenio de la cultura. El trabajo y la justicia son los primeros acontecimientos de carácter cultural; surgen de esta manera las primeras ideas éticas y jurídicas necesarias para garantizar la justicia y la convivencia humana. Lo señalan los grandes humanistas; lo confirman las más notables investigaciones de las ciencias del hombre.

La facultad de asociarse de manera consciente se desarrolló en los hombres, lo que permitió distinguirlos del resto del reino animal. Con el desarrollo de la producción y de los medios para realizarla surgió la posibilidad de expropiar el trabajo de otros hombres de lo que traía aparejado beneficios personales o de grupo. Se empezó a gestar la división entre explotados y explotadores. La tragedia se halla en que el hombre, a la vez, arrastra de sus ancestros prehistóricos —a la fiera que, según Martí, todos llevamos dentro, pero agregaba el Apóstol que los hombres somos seres admirables que podemos ponerle riendas a la fiera. Las riendas son parte esencial de lo que llamamos cultura, que ha alcanzado los más altos niveles de creación espiritual con las limitaciones propias de cada tiempo histórico y del nivel de las fuerzas productivas. Sólo con un más alto desarrollo de la capacidad de producir y una elevación de la cultura podrá lograrse prácticamente la ampliación de la justicia hasta beneficiar a todos los hombres, sin excepción, para permitir el disfrute por igual de los beneficios de los bienes materiales y espirituales. El hecho de que no se haya alcanzado este objetivo no puede significar que lo dejemos de proclamar como suprema aspiración ética, y la moral representa una necesidad objetiva para cohesionar a la sociedad e impedir la ruptura definitiva de la civilización.

Hay dos corrientes fundamentales del pensar occidental que necesitan articularse para promover una ética superior. Ellas se

relacionan con lo que, en el lenguaje de la filosofía de Marx y Engels, se conoce como oposición entre idealismo y materialismo, pero que, en tiempos como los actuales, pudieran caracterizarse del siguiente modo:

1. La evolución del pensar científico, que concluyó en su más alta escala con el pensamiento científico racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por parte de aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
2. La tradición del pensamiento utópico, que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que, en la civilización occidental, se nutrió inicialmente —y en su ulterior evolución— de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas tendencias, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las sociedades, han venido siendo tergiversadas a lo largo de la historia por la acción de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas. Martí se refería a la necesidad de relacionar la capacidad intelectual del hombre y sus facultades emocionales. Por esto hablamos del pensamiento filosófico de un lado —sobre el respeto a lo mejor y más depurado de las ideas científicas— y, del otro, lo que se ha llamado pensamiento utópico. Es decir, las esperanzas y posibilidades de realización hacia el mañana.

Una filosofía que se corresponda con los intereses de los pueblos será aquella que articule uno y otro plano, partiendo de la idea leninista de que la práctica es la prueba definitiva de la verdad. Y del principio martiano de procurar la fórmula del *amor triunfante*.

Ciencia y utopía articuladas pueden y deben conducirnos a la práctica revolucionaria. Sin ambas no hay revolución.

La raíz intelectual de lo que pudiéramos llamar *pecado original* de la tradición cultural de Occidente se halla en que se divorció lo que se llamó *materia* de lo que se denominó *espíritu*. Es cierto que, como dijo Engels en sus palabras ante la tumba de Marx, el gran mérito del autor de *El capital* fue extraer de la maleza ideológica de siglos la comprensión de que el hombre necesitaba comer, vestirse, tener un techo, antes de hacer filosofía, arte, religión, etc.; y también es cierto que sin estos valores de la superestructura no existe el hombre que conocemos. Lo primero es una verdad científica, lo segundo igualmente lo es, y ello no entra en contradicción con el pensamiento de los forjadores. Recuérdense las ideas acerca de las relaciones entre los factores económico-sociales y la superestructura expuestas por Engels durante sus últimos años de vida, y se verá de qué estamos hablando.

Las dificultades que se han tenido en el orden intelectual también se derivan del hecho de que en la historia de las ideas de Occidente ha primado el enfoque circunscrito al individuo

Horita

aislado, abstracto: como si no existieran los demás seres humanos. No se han extraído todas las consecuencias prácticas al hecho que los hombres, al relacionarse unos con otros, adquieren una categoría diferente a la que tenían como individuos en particular. Hay que mostrar consecuencias científicas y filosóficas de este acto fundamental. La relación social es un elemento clave, decisivo, para conocer al hombre. Cuando, por ejemplo, se habla en el lenguaje freudiano del principio de la realidad, no se plantea, con la fuerza debida, que en ella, es decir, en la exterioridad de cada hombre, cuenta como componente fundamental la presencia de los demás hombres. Ahí es donde radica la posibilidad de la gran transformación moral que requiere el siglo XXI.

Es muy interesante observar que en el análisis de la génesis de la cultura y de sus más remotos antecedentes, Marx y Freud llegan a criterios perfectamente conciliables. En el *Malestar en la cultura*, de Freud, podemos encontrar los antecedentes antropológicos de la lucha de clases de que habló Carlos Marx y que se remontan al origen de la historia humana.

Me conmueve recordar que las últimas conversaciones que sostuve con Ernesto Guevara, antes de salir de Cuba para otras tierras del mundo, giraron en torno al pensamiento de Freud. Es que se había producido en el siglo XX un drama: el pensamiento filosófico europeo, cuya cúspide más alta estaba y está en Marx y Engels, únicamente podía llegar a una escala superior a partir de la información e investigación científica sobre la subjetividad. Sin embargo, quien se introdujera en la centuria anterior en el tema de lo subjetivo tropezaba con gravísimas incomprendiones políticas como le ocurrió, por ejemplo, al mismo Che y a Fidel Castro, a quienes se les acusó de ser, desde el punto de vista filosófico, idealistas ajenos a las leyes de la economía. Hay que meditar en torno a este impedimento de carácter político que frenó un avance superior del conocimiento filosófico en el siglo XX, y esto no puede hacerse sin estudiar con profundidad las ciencias de la psicología y la antropología y, por tanto, no es posible realizarlo desconociendo a Freud. Hay que situarlo como un elemento incuestionable para hallar nuevos caminos de la filosofía. El ilustre austriaco estudió al hombre que existe, y hay que considerar al hombre que puede existir y que se halla en potencia en el actual. Por este camino nos vamos a orientar en dirección a la formación del hombre nuevo del que nos habló Ernesto Guevara.

Es en América, por su historia y su vocación de integración y universalidad, donde pueden generarse las capacidades intelectuales necesarias para abordar el tema de la subjetividad sobre fundamentos científicos. El hombre, su cerebro, sus acciones, sus experiencias y la manera en que aborda el camino de la acción tienen, también, fundamentos materialistas.

Para hacer estas investigaciones tomemos en cuenta lo siguiente: José Carlos Mariátegui, desde su visión indoamericana, analizó las razones psicológicas del rechazo de los hombres a las más profundas ideas científicas derivadas de los descubri-

mientos de tres grandes sabios europeos: Darwin, Marx y Freud, y concluyó que ello se debía a la negativa a aceptar como raíces de lo humano lo que estos grandes científicos habían mostrado. Decía Mariátegui que, sin embargo, la grandeza del hombre está precisamente en haber alcanzado una categoría superior de la historia natural a partir de estas tres raíces. El llamado "materialismo" del siglo XX se olvidó que nosotros, los seres humanos, estamos comprendidos, también, en la materia.

Segismundo Freud hablaba del principio de la realidad; la situaba en el mundo exterior al yo de cada uno de nosotros. En verdad, esa realidad exterior a cada hombre está expresada en los millones y millones de seres humanos que existen o han existido. Desde esta perspectiva el tema de la subjetividad — que tanto movió el interés del Che — encuentra un fundamento objetivo en los millones de seres humanos que constituyen la sociedad y hacen la historia.

Freud estudió al hombre que existe, pero hay que estudiar, además, al que puede existir. Es ahí donde están las potencialidades para alcanzar una vida superior.

El egoísmo no es hijo de la propiedad privada ni de la explotación del hombre por el hombre, resulta a la inversa, estos nacen y se desarrollan a partir del egoísmo presente en la naturaleza humana. Pero no es el único elemento de lo humano. Hay, además, enormes posibilidades de desarrollar la solidaridad y la facultad de asociarse. Por eso, propiedad socialista, educación, cultura socialista y política culta constituyen la clave para desarrollar esas cualidades, que deben armar al hombre nuevo.

Pero como algunos hombres ejecutan acciones violentas contra otros, nace la necesidad de proteger la justicia, y surgen la ética y el derecho.

Sólo iniciando una búsqueda en los antecedentes más remotos de la cultura podremos asumir, con el rigor necesario y de manera práctica, los desafíos actuales entre los que *crean y fundan, y los que odian y deshacen*.

En fin, hoy resulta más necesario que nunca extraer todas las consecuencias psicológicas del hecho de que el hombre es, ante todo, un ser social y se proyecta hacia el mundo exterior como tal. Sin esta consideración, la ciencia no podría abordar el gran tema de nuestro tiempo. Pero hay que estudiar no solo al hombre aislado o individual en particular: hay que estudiar al hombre en sociedad y la sociedad de los hombres. Segismundo Freud, estudió al hombre en particular y llegó a conclusiones sociales, pero el materialismo histórico debe hacerlo con toda su amplitud y sus métodos de análisis y apoyado en el transcurso de la historia social del hombre. Es en ese camino donde se puede confirmar la idea de la cultura como segunda naturaleza, porque el hombre necesita relacionarse con los demás y lo hace por formas y vías culturales.

No se trata de una formulación exclusivamente romántica —aunque sea condición presente— sino de carácter científico más riguroso. La necesidad social del hombre y sus implicaciones se derivan de su propia naturaleza, y es la que necesitamos orien-

tar y promover al más amplio espectro. La facultad de asociarse tiene posibilidades enormes y deben estimularse mediante la educación y la cultura. El egoísmo no necesita estímulo, está presente de manera espontánea en el hombre. Hay que fomentar en él la necesidad de la solidaridad, que está en potencia.

Una concepción profunda y fundamentada acerca de la inteligencia humana nos lleva a relacionarla con la bondad. Ella penetra y se sintetiza no solo en los planos intelectuales, sino en las emociones y en la felicidad humana. El principio de la acción está relacionado con la inteligencia, que vincula la capacidad mental y la de índole emocional. Pensamiento, acción y sentimiento, unidos a una vocación de servicio, están presentes en la naturaleza humana y su articulación permite el equilibrio individual y a escala social. La concepción martiana, confirmada por modernos procesos de psicología, señala la condición integral del hombre.

Para hallar tal fórmula identifiquemos —como postulaba el Apóstol— la bondad con la inteligencia y con la felicidad de cada hombre; y la maldad con la estupidez y la infelicidad. Esto se puede estudiar a escala individual y, también, social.

Los sistemas políticos y sociales que ha conocido la historia del hombre han llegado a la decadencia no sólo por su carácter malvado, sino por su articulación con la torpeza; lo demuestra la historia de Cuba en su relación con el colonialismo español primero y, más tarde, con el neocolonialismo norteamericano. Es una verdad histórica a tener muy en cuenta cuando se viene produciendo el ocaso —muy peligroso— del sistema de dominación capitalista. El proceder de los representantes principales del imperio nos muestra a las claras esa relación entre maldad y torpeza.

Los modernos avances de la psicología como ciencia, confirman que las emociones, los sentimientos y la capacidad intelectual del hombre tienen una relación muy directa, y son los que permiten el equilibrio en lo particular de cada ser. En el sistema nervioso del hombre existen estrechos vínculos de comunicación entre las emociones, sentimientos y zonas del cerebro dedicados a la elaboración intelectual. El reto consiste en ser capaces de desarrollar a escala social más amplia los vínculos entre inteligencia y amor, que se hallan presentes en la esencia de lo humano.

Estas verdades científicas, reconocidas y fundamentadas por las más prestigiosas investigaciones antropológicas y psicológicas acerca de cómo el hombre de la prehistoria forjó la civilización, han sido ignoradas y encubiertas por la mediocridad y por los intereses egoístas empeñados en mantener privilegios e impedir el triunfo de la verdad.

Está, además, confirmado por la historia de las civilizaciones, las cuales crecieron, avanzaron, retrocedieron o colapsaron en dependencia de cómo pudieron hacer frente al tema cardinal de la cultura: la justicia. Todo lo que nos acerque a la cultura nos acerca a la justicia y a la inversa, todo lo que nos aleje de la cultura nos aleja de la justicia. Lo que han hecho histórica-

mente los reaccionarios guiados por intereses egoístas, es tergiversar el término cultura con la adulteración del lenguaje, la ética y de los principios esenciales del derecho.

La larga evolución de la humanidad, en su devenir, confirma que cuando hubo un movimiento a favor de mayor justicia, ése ha tenido como fuente principal la cultura. Esclarecer semejante verdad —que tiene, como hemos expuesto, antecedentes antropológicos e históricos— es la tarea teórica y filosófica más importante de los revolucionarios en el siglo XXI.

La historia de la sociedad humana es, en efecto, un combate muchas veces abierto y otras encubierto entre explotadores y explotados, pero ella transcurre a través de los hombres y de la sociedad creada por éstos.

En un mundo idealizado, donde todos fueran altruistas, triunfaría el socialismo de manera natural: pero tal mundo no existe; sin embargo, hay que tener a la vez muy en cuenta que los hombres no sólo poseen ambición y egoísmo, sino, asimismo, enormes posibilidades de generar la bondad, la solidaridad y la inteligencia en su más pleno alcance. Esto es otra verdad científica. Tales sentimientos y facultades se hallan presentes en la naturaleza humana, de otra manera no pudiera entenderse el pensamiento de Engels cuando expresó:

[...] la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones. La codicia vulgar ha sido la fuerza motriz de la civilización desde sus primeros días hasta hoy; su único objetivo determinante es la riqueza, otra vez la riqueza y siempre la riqueza, pero no la de la sociedad, sino la de tal o cual miserable individuo. Si a pesar de eso han correspondido a la civilización el desarrollo creciente de la ciencia y reiterados períodos del más opulento esplendor del arte, sólo ha acontecido así porque sin ello hubieran sido imposibles, en toda su plenitud, las actuales realizaciones en la acumulación de riquezas.

Y de eso se trata, de promover las mejores disposiciones humanas; para hacerlo necesitamos de la educación y la política culta.

¿Cuáles son las mejores disposiciones humanas que se refiere el genial compañero de Marx? En una palabra, al sentido de la justicia y las aspiraciones de relacionarse unos hombres con otros sobre fundamentos de la solidaridad y la cooperación. Es decir, a lo que se refirió el Che cuando nos habló de formar al hombre nuevo y que hoy se revela con gran fuerza en la idea de la cultura general integral promovida por Fidel. El propio Che es un ejemplo concreto de formación integral, médico con sensibilidad filosófica, capacidad para la acción militar, para las tareas económicas, amante de la literatura y de la cultura en general, quien, con un pensamiento radical, se volcó hacia la transformación del mundo. Marx y Engels proclamaron que hasta ellos la filosofía se había limitado a describir el mundo y de lo que se trata es de transformarlo. Esta orientación definitoria

Yuan Horita

recorre la historia espiritual latinoamericana y es un rasgo distintivo de nuestra cultura. En la vida y el pensamiento del Comandante Guevara está presente esa tradición en su expresión más alta. Supo conjugar su amplísima formación intelectual y su sensibilidad humana con una vocación hacia la acción que puso al servicio de la transformación práctica del mundo, haciendo de él uno de los grandes de la historia universal.

Con estas premisas, el Che Guevara asumió la cultura cubana de raíz y fundamentos latinoamericanos, nacida en combate tanto contra la dominación colonial como contra la esclavitud, y con una orientación a favor de la justicia, entendida ésta en su acepción más universal. Sobre tales presupuestos, el argentino Ernesto Guevara pudo convertirse en cubano capaz de entender y asumir esa cultura de dos siglos —la de nuestro país— y pudo establecer contactos muy profundos con nuestro pueblo, sus trabajadores, sus cuadros. Se compenetró con la sicología popular cubana y una de las señales más hermosas que recuerdo es su amistad, entrañable, con ese cubano genuino que fue el heroico comandante Camilo Cienfuegos. La relación entre ambos es un hermoso símbolo de la amistad entre los pueblos argentino y cubano.

Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, nuestro país se ha colocado plenamente a la vanguardia ideológica universal del siglo XXI, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo.

No hay otra alternativa: la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Ello únicamente es posible coronando la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y, específicamente, éticos de la historia universal.

Y tal propósito exclusivamente se logra mediante una forma de pensar más moderna, que rebase los límites de la herencia de Descartes y el pensamiento racionalista en general, y más profunda y humana que el pragmatismo feroz. Los cubanos hemos encontrado esas premisas conceptuales, hace buen tiempo, en la interpretación consciente y creadora del materialismo de Marx y en el pensamiento de José Martí. Por eso, tenemos un paradigma de humanismo raigal e integrador, portador de una identidad definida, una vocación universal y una propuesta de civilización.

En nuestra América existe una larga y arraigada tradición de espiritualidad y de eticidad, que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor de alcance planetario. Hoy es más necesaria que nunca antes la promoción del pensamiento latinoamericano. La América del Che debe presentar, como respuesta a la fragmentación y decadencia bien evidentes del pensamiento occidental, la solidez de nuestra tradición cultural y su valor utópico encaminado al propósito de la integración y del equilibrio entre

los hombres y las naciones. Mucho es lo que puede hacerse en nuestra área geográfica. No llegaremos nunca a una identidad de propósitos con debates simplemente teóricos: nos podríamos perder en discusiones bizantinas, que a nada conducen. Sin embargo, si estudiamos la historia concreta de nuestros mejores pensadores y próceres, y sus ideas concretas, podríamos encontrar mejor el camino de nuestra identidad común.

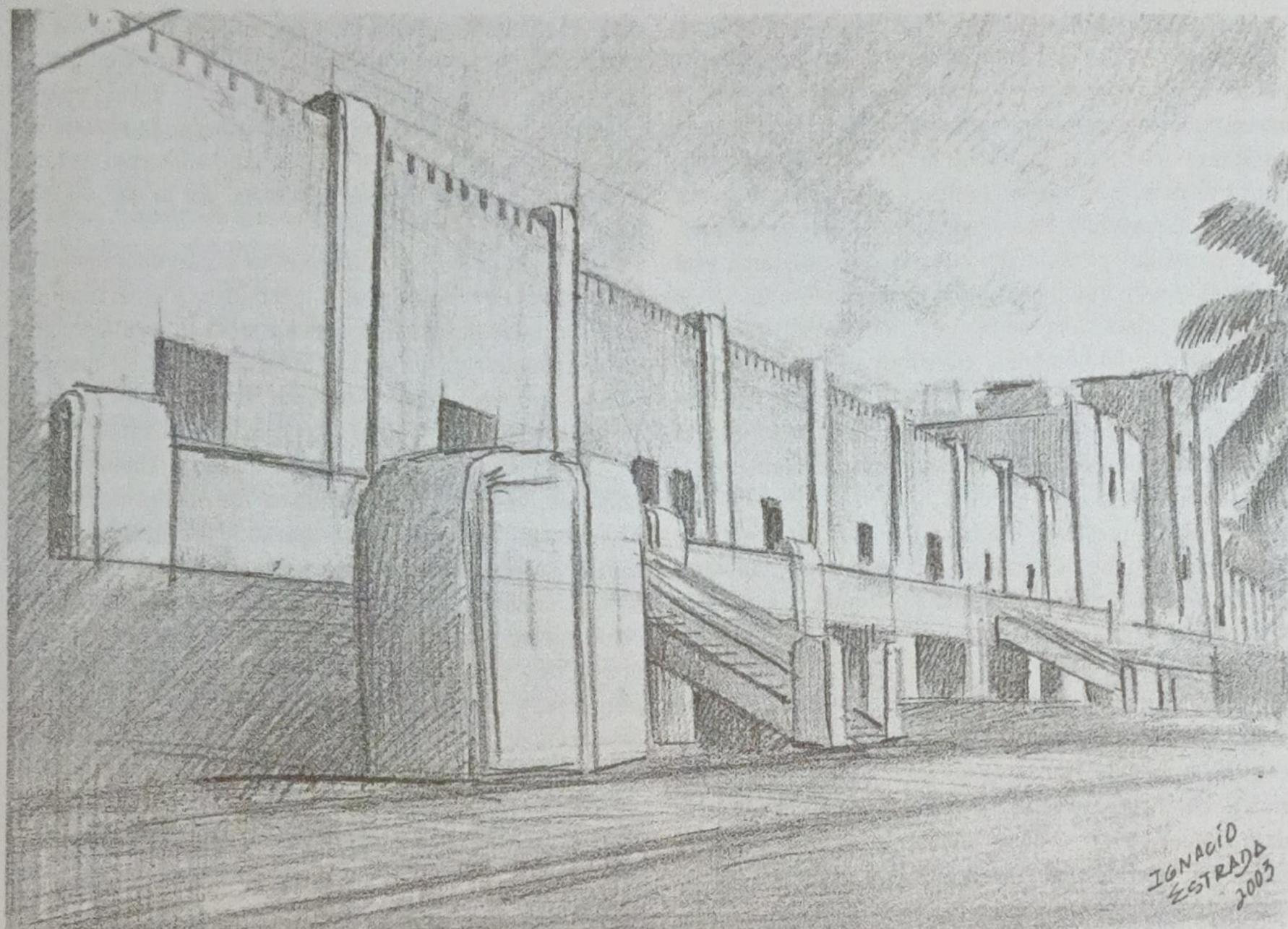
Por estas razones, nuestro homenaje al Che consiste en exhortarlos a buscar los nexos de unión del pensamiento de todos los sabios que en el mundo han existido, de todos los grandes que han pensado ideas luminosas a lo largo de la historia, y hacerlo sin sectarismo de tipo alguno, sin rechazo de ninguna clase, desde Jesucristo y aún antes, desde los orígenes de la civilización, hasta el Che Guevara; sin excepción. Si lo hacemos, no habrá nadie excluido, nadie rechazado, ningún valor perdido, ninguna heroicidad dejada de reconocer; no habrá ninguna tragedia o maldad que se oculte, no habrá injusticia a denunciar que sea olvidada; no habrá impiedad ni siquiera para el impío, no habrá nada justo que se olvide resaltar. Todo está en que con la brújula del pensamiento latinoamericano, y con la guía y heroicidad del ejemplo de nuestros grandes, sepamos comprender la síntesis de ciencia y amor presente con fuerza en la América que Martí llamó de los trabajadores, en la América explotada, en la América mestiza, en la América que el Libertador caracterizó como *nuestro pequeño género humano*.

Superemos definitivamente los ismos que dividen; dejemos atrás los debates estériles acerca de la diversidad de sistemas filosóficos y políticos que nos llegaron de fuera —ya sean de lo que llaman derecha o de lo que denominan izquierda. Procuremos una síntesis enriquecida capaz de permitirnos encontrar el pensamiento social y filosófico que necesita América.

Es posible promover eficazmente esta reflexión a partir de comprender lo que representa Ernesto Che Guevara; porque en él se expresa una síntesis de inteligencia, amor y vocación de trabajo práctico existente en la historia latinoamericana. En nuestras tradiciones no se presentan antagonismos entre la ética y los principios y métodos científicos, como sucede en el viejo continente. Por eso, el Che, heredero de ese legado, dejó huellas indelebles en el pensamiento político y social universal. En tanto pensador, exaltó la necesidad del rigor científico en el análisis de los hechos políticos, sociales, económicos e históricos; en tanto hombre de ética, destacó la necesidad de enseñar con el ejemplo y forjar en sí mismo un carácter y un temperamento preciso para encarar a sus enemigos. Por ello, en sus horas finales, cuando se vio sin recursos de defensa ante sus captores, lanzó su última orden de combate: ¡Disparen, que van a matar a un hombre!

En las entrañas de su ejemplo se gestó el paradigma victorioso de sus ideas. No ha terminado la prehistoria del hombre, está por comenzar la historia.

honda *en la de Martí*



50 aniversario de la autodefensa de Fidel en el juicio por los hechos del Moncada

LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ:

Programa inicial de la Revolución

MARIO MENCÍA

El “Grito del Moncada”, símbolo reiterativo de la vocación de libertad del pueblo cubano, no sólo fue la primera respuesta enérgica y heroica ante el régimen antidemocrático del 10 de marzo de 1952, sino la clarinada que anunció el inicio de la etapa culminadora del, ya entonces, casi centenario proceso revolucionario cubano.

Pero, a pesar del fuerte impacto que el Moncada produjo en una gran zona radicalizada de nuestro pueblo, lo cierto es que las masas no conocieron en aquel instante ni en los meses posteriores lo que ciertamente había ocurrido, ni los propósitos reales de quienes participaron en la acción impar, que conmovió el país en julio de 1953.

Ignacio Estrada

El esquema mínimo de sus objetivos —la proclama *A la nación*—¹ no fue divulgado entonces. Mas, sobreviviente Fidel Castro, gestor y rector de aquella vanguardia insurgente, transformó en tribuna para la historia el banquillo de acusado y, al denunciar la bancarrota de la república neocolonizada y los inauditos crímenes de la nueva tiranía, pudo proclamar para la posteridad el programa político inicial de la revolución cubana. Ese programa está contenido en su autodefensa del 16 de octubre de 1953: *La historia me absolverá*. Pero esta obra magistral, que, con el decurso del tiempo, se transformaría en una de las más universalizadas piezas de la oratoria forense contemporánea, quedó apresada en el reducido espacio de una habitación de hospital ante una treintena de oyentes, soldados enemigos muchos de ellos.

El aparato opresor del Estado en quiebra, imponía, así, una doble condena: de prisión para el defensor del derecho del pueblo a la rebelión frente a la tiranía, y de silencio para el programa que fijaba rumbo a la posibilidad de la revolución.

De la misma manera que Fidel Castro no veía el asalto al Moncada como un fin, sino como un medio —que se erigiría en método: oposición de la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria; una primera acción destinada a desencadenar la insurrección armada popular—, percibió la necesidad de que el pueblo conociera el significado y los objetivos, a corto y mediano plazo, del proceso que así se desarrollaría.

El asalto al Moncada había sido el primer combate político-militar de su proyecto. *La historia me absolverá* iba a ser el fundamento programático de la batalla ideológica, que, paralelamente, debía librarse a partir de entonces para atraer en el futuro la acción de pueblo, esencia medular de su estrategia.

Más de un teórico de superficie ha esgrimido —y otros continúan enunciando— la tesis de la “revolución traicionada”, en atención a lo ocurrido después del primero de enero de 1959. Según tal hipótesis, la radicalización de la revolución cubana hacia el socialismo no estaba en sus presupuestos iniciales y este nuevo rumbo estuvo condicionado por la actitud inmediatamente hostil y la sucia guerra no declarada contra Cuba de los gobernantes norteamericanos. Quienes así piensan desconocen que el proyecto revolucionario de Fidel estuvo cumplidamente cimentado. Es anterior al 26 de julio de 1953. Anterior, incluso, al golpe del 10 de marzo de 1952. Comenzó a conformarse desde su época universitaria, años 1946-1949. Fue perfeccionándose en los tiempos de su activismo en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Y preveía la ruptu-

ra de la institucionalidad burguesa tras la liquidación del aparato militar represivo en que aquél se sustentaba, y su sustitución por una nueva organización del Estado en que imperara, realmente, la soberanía nacional, la justicia social, la democracia popular y la verdadera libertad. Esto ha sido objeto de amplias investigaciones, por lo que, simplemente, me limito a su mención.²

Que el 10 de Marzo —al fracturar el corrupto reformismo burgués en nuestro país— permitiera a Fidel madurar su proyecto de cambios sociales y aplicar en forma acelerada un método certero para la toma del poder en nuestras condiciones específicas —es decir, la utilización de la insurrección armada popular—; y que las amenazas, primero, y, enseguida, las agresiones publicitarias, diplomáticas, políticas, económicas y militares de los gobiernos de Eisenhower y Kennedy, coadyuvaran a precipitar la adopción de la solución socialista en Cuba, no implican, en absoluto, cambio sustancial alguno en el proyecto revolucionario de Fidel. Éste contemplaba estratégicamente esas vías. La primera, para la liquidación de la dictadura burguesa, y, la segunda, como opción única para la transformación del proceso insurreccional en proceso revolucionario, una vez obtenido el poder.

Y aquí sí me detendré, pues tal derrotero estuvo contenido en *La historia me absolverá*, unas veces más concretamente, en otras indirecta aunque implícitamente, como corresponde a un propósito realista, uno de cuyos principales valores estribaba en evitar obstáculos posibles a fin de facilitar su transformación en realidad.

El análisis de sus propuestas podría conducir a catalogarlo dentro de lo que se ha dado en llamar democrático-revolucionario; o sea, lo más avanzado que pueda concebirse como antesala al marxismo-leninismo. Sin embargo, aunque, en lo general, en su propia letra, en su apariencia, ese programa no era socialista, en lo particular solamente pudo haber sido concebido por alguien que poseía una clara concepción marxista-leninista de la sociedad. En esto radica su carácter científico.

Ahora bien, su aplicación consecuente, en su ámbito y en su momento histórico, forzaría inevitablemente la adopción del socialismo. De otra manera, sus propuestas jamás hubiesen podido ser puestas en práctica. En esta necesidad estratégica está implícito y se expresa su contenido socialista.

Es conveniente aclarar, por su valor ético, sin embargo, que ese objetivo estratégico había sido asumido conscientemente por la vanguardia emergente del Moncada. Aunque sólo sea por cubrir el expediente de un esclarecimiento en la esfera de lo histórico-ideológico, cito este fragmento:

[...] para que la ordenación orgánica de Cuba en Nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo. Mientras, Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero.³

Este nítido enunciado no se promulgó en la primavera de 1961, cuando los gloriosos días de Playa Girón. Antecede a la alborada del primero de enero de 1959, al anunciador diciembre del Granma (1956), a la vital fase de la prisión fecunda (1953-1955), al Grito del Moncada (26 de julio de 1953). Pertenece al programa de la Joven Cuba, redactado en la segunda quincena de mayo de 1935, cuando Fidel Castro contaba nueve años de edad. Dieciocho años más tarde, tres días antes del 26 de julio de 1953, fue asumido como propio por la Juventud del Centenario en su manifiesto *A la nación* donde se afirma:

La Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los programas revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

Así, pues, si todos los asaltantes al Moncada hubieran caído el 26 de julio de 1953, todos, absolutamente todos, habrían caído ya, desde aquel primer día, enarbolando las banderas del socialismo.

Ajuste táctico

En *La historia me absolverá* no se repite ese enunciado. Teóricamente, la proclama *A la nación* —o *Manifiesto del Moncada*— es mucho más radical y, por tanto, menos táctica que *La historia me absolverá*.

La extrema radicalidad de *A la nación* se expresa, en especial, en la adopción pública del programa de la Joven Cuba, con toda su carga literal, expresa, anticapitalista y antimperialista, que no dejan lugar a duda respecto a los enemigos de la independencia y el desarrollo del pueblo cubano. A ese programa, al que se ha hecho referencia para determinar transitivamente el objetivo socialista de la Revolución en sus orígenes programáticos, pertenecen, también, otros muchos postulados que lo confirman. Entre ellos:

- Se suscribe como esencial el credo antimperialista, a cuya luz se desenvolverá una política exterior e interior genuinamente cubana. Y puesto que la libertad de Cuba debe significar la independencia integral de su economía, la estructura nacional vendrá determinada por las fuerzas de producción, en cuyas manos

se concentre la soberanía de manera que el poder político sea reflejo fiel del poder económico.

- Bajo el principio de que la propiedad no es un derecho absoluto, sino una función social, se imprimirá una orientación francamente nacional a la economía, y se aprovecharán todas las oportunidades que faciliten o permitan realizar la socialización de los medios de producción.
- Nacionalización de las riquezas del subsuelo.
- Nacionalización o municipalización de los servicios públicos.
- Creación de la Banca Nacional bajo el control del Estado y promulgación de una legislación bancaria adecuada.
- Denuncia de todo tratado o convenio interno que perjudique a la nación.
- Repudio de toda deuda exterior ilegítima, y moratoria integral para la amortización del principal e interés de la que considera legítima.
- Reforma tributaria integral de tendencia social, haciendo que el peso del sistema impositivo recaiga sobre las clases acomodadas.
- Reorganización de las fuerzas militares y navales.
- Abolición de los monopolios, comenzando por los de artículos de primera necesidad.
- Creación del "Instituto Agrario" con jurisdicción para: reivindicar, adquirir y expropiar tierras para el Estado.
- Socialización de la producción de las fincas del Estado mediante un sistema de planificación.⁴

A diferencia del programa de la Joven Cuba, elaborado con la vista puesta en las metas supremas de una revolución triunfante, el del Moncada —representado en *La historia me absolverá*— manifestaba los fines económicos y sociales menos evidentes de una revolución que para triunfar tenía, primero, que arribar al poder.

Más prudente que Antonio Guiteras —en este sentido—, Fidel Castro no consideraba imprescindible la divulgación expresa del carácter radical de su proyecto revolucionario. De esa manera evitó atraer, prematuramente, la oposición de las clases, sectores e intereses internos y externos, a los que, por lo menos, debía neutralizar antes de llegar al poder.

Es evidente que, con posterioridad al Moncada, Fidel consideró innecesario proclamar como propios los objetivos estratégicos de la Joven Cuba. Pero no sólo eso. Al suprimir la enumeración de reconocimientos en la que se apoyaba el movimiento, Fidel dejaba al margen de pública ratificación, incluso, el programa del Partido del Pueblo

Y en honor

Cubano (Ortodoxos), en el cual se enunciaban propósitos como los siguientes:

- Resolver la dramática contradicción existente entre nuestra independencia política y nuestra dependencia económica, recuperando la tierra y reconquistando las riquezas de nuestro país para el cubano.
- Desenvolver una política económica que, desarrollando nuestra producción de acuerdo con las necesidades del consumo interno y las posibilidades del mercado internacional, emancipe a Cuba del imperialismo extranjero, asegurando para el pueblo cubano, en la forma más estable posible, un nivel de vida civilizado y próspero.
- Proteger la industrialización del país, al objeto de incrementar las fuentes de riqueza en beneficio del pueblo. Amparar la industria nacional, basada en materias primas naturales de Cuba.
- La tierra tiene que ser un instrumento social que cumpla la función suprema de producción que le es propia, y no la de simple mercancía que ha venido desempeñando. El suelo de Cuba debe ser del cubano, quien ha de intervenir en su explotación al amparo de leyes precisas que impidan ser desplazado de los beneficios de la tierra y de su subsuelo.
- Nacionalización de los servicios públicos que tienen al monopolio.
- Cubanización del comercio.⁵

Muy probablemente, por considerar innecesarios esos pronunciamientos para una primera fase de su proyecto revolucionario —en la que el derrocamiento de la tiranía era el objetivo principal— es que Fidel no se refiere otra vez en detalle —como en el manifiesto *A la nación*— a toda la base programática encargada de dar sustento político al movimiento, sino, únicamente, al ideario martiano del que estaba imbuido.

Aunque en *La historia me absolverá* Fidel menciona el manifiesto *A la nación* —cuyo texto no había podido ser divulgado en el momento para el que fue concebido—, de él solamente reproduce las primeras leyes, más tarde dictadas por la Revolución triunfante.

Todo parece indicar que la magnitud política que el Grito del Moncada otorgó a Fidel acució aún más en él la conciencia de su destino histórico. De ahí que, por encima de definiciones desfasadas —que, en todo caso, en aquel instante hubiesen estado dirigidas, simplemente, a satisfacer preocupaciones cultas de una insignificante minoría dentro de las filas revolucionarias— estaba la obra por realizar. ¡Y qué dimensión la de esa obra: la liberación del pueblo!

Nada debía estorbarla.

El objetivo inmediato y fundamental, puesto a la orden del día en aquel momento —derrocamiento de la tiranía, toma del poder—, forzaba la adopción de una táctica de amplia unidad y aglutinamiento de la mayor cantidad de fuerzas sociales capaces de servir a los fines de apresurar el vencimiento de esa primera etapa.

“No fue sólo necesaria la acción más resuelta, sino, también, la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios”,⁶ ha explicado Fidel.

Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el período de lucha insurreccional no hubiese sido comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria. En aquel entonces el derrocamiento de la sangrienta tiranía y el programa del Moncada unían a todo el pueblo.⁷

El programa del Moncada, al unir a todo el pueblo —y por “pueblo” debe entenderse el pueblo definido por Fidel— se erigió, por esa misma razón, en el primer programa político factible de la revolución cubana.

Y, lógicamente, en tanto que programa específico de la revolución cubana —vista ésta en su contexto interna e internacional propio de la segunda mitad del siglo xx y en tanto movimiento producido en un país subdesarrollado, dependiente del imperialismo en su más elevada manifestación de poderío económico y militar y, por ende, político—, no podía concretarse tan sólo al propósito de derrocar la tiranía batistiana. Ésta formaba parte de un complejo sistema. El derrocamiento de la dictadura interna debía ejecutarse, hábilmente, a contrapelo de intereses externos, que, desde Estados Unidos, apoyaban al régimen imperante en Cuba. Había que calcular, de antemano, cuáles serían las posibles reacciones una vez que esos intereses se vieran afectados.

Luego, ya en la fase inicial de planeamiento de la lucha contra la tiranía, era forzoso prever el decurso que podrían asumir los acontecimientos y proponerse otros objetivos superiores: el logro de la plena soberanía nacional y la independencia económica. Si éstas no se tomaban en consideración y se garantizaba su consolidación, cuanto se hiciera en el plano nacional interno podría resultar liquidado desde afuera. Semejantes nuevos propósitos elevaban el proyecto revolucionario de Fidel al plano de la liberación nacional, y hacían considerar imposible su sobrevivencia —ya en aquella época y en nuestra situación específica— fuera de los cauces del socialismo como sistema social. Esto,

que evidentemente era conocido por Fidel Castro cuando diseña su alegato de autodefensa, no podía ser dicho entonces. De haberse hecho público, muy probablemente ni siquiera hubiese podido completar la fase del derrocamiento de la tiranía —aspiración máxima, por cierto, en la que se detenía la burguesía denominada democrática, cuyos ideólogos serían los primeros en publicitar la tesis de “la revolución traicionada”, después del primero de enero, cuando su “revolución” empezara a ser trascendida por una verdadera.

“La gente estaba rebelada contra el sistema”,⁸ aclararía Fidel algunos años después.

Lo que no sabía era que el sistema se llamaba capitalismo. Creían que el sistema era Batista, o Grau San Martín, o Prío. Mucha gente creía que la causa de todos los problemas era que había gobiernos ladrones, corrompidos, que se robaban los impuestos. No sabían que era el subdesarrollo, el capitalismo, el imperialismo, en una palabra, el sistema económico, la causa de todo eso.⁹

Por eso, Fidel, al redactar su programa revolucionario inicial, solamente se concretó a apelar a la conciencia de rebeldía contra los elementos aparentes del sistema, sin calificarlo y, por tanto, sin verse obligado a divulgar la solución que preveía en el plano estratégico. La propia dinámica de desarrollo del proceso liberador llevaría al pueblo a la asimilación de las propuestas posteriores, superiores, contenidas implícitamente en su proyecto.

Enmarcado armónicamente en su medio, producto social del pueblo, transformado en intérprete y vocero de sus aspiraciones, Fidel habla en *La historia me absolverá* con el lenguaje del pueblo acerca de sus frustraciones y esperanzas; refleja con precisión sus necesidades y propone una primera línea de soluciones modestas que, no obstante, él sabe que han de ser, apenas, el punto de partida para el desencadenamiento del proceso revolucionario a un más alto nivel.

Es así como pueden ser apreciadas, en todo su alcance revolucionador, las cinco primeras leyes fundamentales que, desde el poder, se dictarían. Es cierto que algunas de ellas —o aspectos de esas leyes; no todos— podrían ser suscritos por el liberalismo burgués más o menos radicalizado de entonces. Mas, debe recordarse que después de la segunda década del presente siglo, aparte de limitados ensayos populistas, que se manifestaron en esa época en nuestro hemisferio, todo intento por implantar alguna legislación semejante en América Latina tuvo su final en la desaparición de sus propugnadores de la escena política, a veces en forma violenta. Bajo el patrocinio

excomulgador de Washington, o por medio del empleo directo de su poderío militar, no pocos experimentos fueron liquidados antes de que el caso cubano —a partir de 1959— pusiera fin al carácter infalible del esquema estadounidense de dominación continental.

De tal manera, no es exagerado aseverar que la simple decisión de divulgar en 1953 esas limitadas aspiraciones establece el valor revolucionario de *La historia me absolverá*, y esto, de por sí le confiere, potencialmente, un legítimo rango de programa para la Revolución.

Pero es que hay más: la aplicación en su propia letra de esas leyes implicaba la obligatoriedad de ruptura revolucionaria respecto a algunos de los elementos consustanciales al sistema capitalista. Esto es apreciable desde la primera de ellas, la que propone la restitución de la constitución democrático-burguesa progresista de 1940, porque manos radicales podrían extraer derivaciones revolucionarias a ese estatuto. La proscripción del latifundio “adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano”, es una de ellas. Y Fidel menciona otra en su alegato, cuando recuerda que en la constitución se “[...] ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa”.¹⁰

No hace falta ser marxista-leninista para saber que ningún Estado capitalista del llamado tercer mundo puede proponerse la plena ocupación del hombre sobre la base de sus propios recursos, en tanto que la permanente masa de desempleados constituye un pre-requisito de la acumulación de capital y es imprescindible factor de presión para el abaratamiento de la fuerza de trabajo —aparte de que los injustos créditos usurarios y el intercambio desigual, entre otras numerosas causas, mantienen al Estado en una tal situación de descapitalización subdesarrollante, que le imposibilita adoptar ésa y otras medidas de justicia social.

Tampoco es necesario ser marxista para saber que la proscripción del latifundio, así como la implantación de la reforma agraria, a las que hacía mención Fidel en otra de las leyes, estaban dirigidas contra la inhumana explotación semifeudal y capitalista del trabajador del campo, y contra la creciente concentración burgués-terrateniente de la tierra en un número cada vez menor de más grandes propietarios, que en la situación de la Cuba pre-revolucionaria equivalía a la identidad de clases en iguales personas de una misma oligarquía. Acerca de estos temas también existen valiosas investigaciones.

Bastan estas someras ejemplificaciones para una generalización totalizante: cada una de las cinco leyes funda-

ya en historia

mentales afectaba algún sector privilegiado de la oligarquía criolla y el imperialismo. ¿Y cuál programa político que no sea un programa verdaderamente revolucionario puede proponerse arremeter desde adentro del sistema contra el sistema mismo?

Ese carácter revolucionario de tal programa se sustentaba en otras leyes y medidas que, también, se adoptarían, como la nacionalización de los *trusts* eléctrico y telefónico, usufructuados por consorcios transnacionales norteamericanos. Y aquí el enfrentamiento al imperialismo, que resultaría perjudicado por todas las demás leyes, se hace específico, nominal. ¿No bastaría este propósito expreso de independencia económica —y por ende de franco matiz liberador nacional— para hacer de este programa el programa político de la Revolución?

Sólo mencionaré al paso —pues su demostración ha sido objeto de otro extenso ensayo—¹¹ que, en la concepción del asalto al Moncada, Fidel resume lo más valioso del acervo revolucionario cubano y asimila experiencias del movimiento revolucionario mundial, crea una organización de singular perfil en nuestra historia política, rompe los esquemas tradicionales que se le oponen y adopta un creador método para la lucha. Todos estos factores llevan a concebir su proyecto dentro de una rigurosa categorización revolucionaria, marxista-leninista, matizada por nuestras peculiaridades nacionales. En tanto *La historia me absolverá* es plataforma programática inicial de ese proyecto, su esencia y magnitud es idéntica al proceso del que forma parte y que, a través de ella, se expresa como programa para la Revolución.

En la medida en que constituye, igualmente, un brillante modelo de análisis e interpretación de la sociedad cubana de su época, desde la óptica del materialismo dialéctico e histórico, su basamento científico es, por esta sola razón, profundamente revolucionario. Pero, cabe agregar que para erigirse en programa de la revolución cubana debió plantearse, como lo hizo, la transformación de su sociedad.

Y llegó a más. Mostró a las masas populares el camino y la forma certera para luchar por esa transformación. Sirvió, además, para unir a los elementos más activos y radicales, unión que aceleró la liberación de todo el pueblo.

Como instrumento concientizador de las masas y factor incentivante para la acción del pueblo, que culmina por primera vez en el logro de sus aspiraciones, *La historia me absolverá* equivale, en términos de objetivación política, al primer programa triunfante de la Revolución,

concebida ésta como un proceso ininterrumpido desde mediados del siglo XIX.

Programa síntesis de programas en el dilatado proceso reafirmador de la identidad nacional, su triunfo significaría la transformación en realidad de los sueños de justicia social por los que pelearon y cayeron sucesivas generaciones de luchadores cubanos, desde que los clarines llamaron al combate en la madrugada precursora del 10 de octubre de 1868.

Es el programa germinador de José Martí, enriquecido coherentemente con nuevas necesidades objetivas surgidas entre derrotas y rebeldías durante seis décadas de anhelos frustrados, y hecho realidad por los pinos nuevos de un nuevo tiempo histórico.

¹ *A la nación*, proclama conocida como el *Manifiesto del Moncada*. Fue redactado por Raúl Gómez García según orientaciones de Fidel Castro, el 23 de julio de 1953. El texto ha sido tomado de copia mecanografiada del original en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de la República de Cuba.

² Entre los estudios en torno al tema, puede consultarse Mario Mencía: *El Grito del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1986, pp. 359-385 y 451-484.

³ Fragmento del programa de la Joven Cuba, año 1935, tomado de Olga Cabrera: *Antonio Guiteras: Su pensamiento revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 183-198.

⁴ Olga Cabrera, *op. cit.*

⁵ Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa: *Doctrina del Partido Ortodoxo*, P. Fernández y Cía., S. en C., junio de 1951.

⁶ Fidel Castro: *Informe central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, año 1975. Editora Política, La Habana, 1982, p. 28.

⁷ *Ibidem.*

⁸ Fidel Castro: "Algunos aspectos de la revolución cubana". Entrevista efectuada por Oleg Darushenkov el 6 de mayo de 1977, publicada por la revista *Kommunist*, Moscú, no. 15, 1978.

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ Fidel Castro: *La historia me absolverá*. Se refería Fidel al Artículo 60 de la *Constitución de Cuba* de 1940: "El trabajo es un derecho inalienable del individuo. El Estado empleará los recursos que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurará a todo trabajador, manual o intelectual, las condiciones económicas necesarias a una existencia digna".

¹¹ V. Mario Mencía: "La concepción del asalto al Moncada", en *El Grito del Moncada*, *op. cit.*

90 aniversario del natalicio
de Carlos Rafael Rodríguez

VIVENCIAS Y REFLEXIONES EN TORNO A UN HOMBRE EXCEPCIONAL

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

TUVE el privilegio de trabajar directamente con Carlos Rafael Rodríguez durante más de diez años, lo que me permitió aquilatar sus cualidades como dirigente y conocer profundamente al hombre. Su imagen, con gruesos lentes de armadura casi siempre negra, que le daban un aire de severidad, no se correspondía con su trato afable y siempre respetuoso. Es cierto que era muy exigente y apreciaba mucho el sentido de responsabilidad, pero sabía inspirar confianza y hacer gala de un especial sentido del humor asociado a juegos de palabras y frases ingeniosas. Solía hacer chistes y relatar anécdotas, administrados convenientemente según el interlocutor y el carácter de la conversación. Gustaba del orden, la pulcritud y la organización. Hasta en la charla más íntima utilizaba un lenguaje correcto y evitaba las malas palabras o frases chabacanas. Sin embargo, de su estilo elegante y culto trascendía un profundo sentido de cubanía.

Visto a la distancia, sobresalen algunos rasgos de su personalidad que me interesa sobre todo destacar: Carlos Rafael era, sin duda, un político, un revolucionario, que tomó partido desde muy joven por las causas populares y, al mismo tiempo, un intelectual de vasta cultura humanista. Lo que resultaba verdaderamente sorprendente era la combinación, poco frecuente, de su sólida formación teórica con su capacidad para organizar y manejar asuntos prácticos con gran eficacia.

Los que estábamos familiarizados con el funcionamiento de su despacho en el Comité Central, como miembro del Buró Político y secretario, y en el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros, como vicepresidente del gobierno, sabíamos que había establecido mecanismos bien engrasados para hacer frente a las disímiles tareas que tenía. Allí se sucedían, de manera ininterrumpida, los despachos con los ministros y otros funcionarios que le estaban subordinados —en los cuales controlaba minuciosamente las tareas asignadas e impartía orientaciones—, el dictado de cartas y discursos —muchos de ellos para ser pronunciados en importantes eventos fuera de Cuba—, el recibo de delegaciones extranjeras, embajadores y otras personalidades de diversos países. Mientras permanecía en su oficina, no perdía un minuto y exigía eficiencia, profesionalidad y mucha discreción.

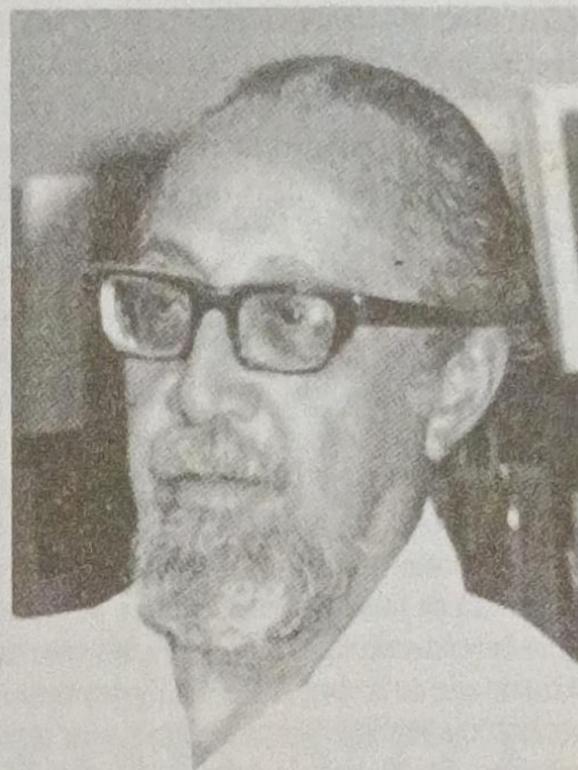
Solo así se explica que pudiera desempeñar, con éxito, las enormes y muy diversas responsabilidades que, en la esfera de las relaciones internacionales, le fueron confiadas por el compañero Fidel y la dirección del Partido. Carlos Rafael llegó a atender, como vicepresidente del gobierno, a los ministerios de Relaciones Exteriores, de Comercio Exterior, al Co-

mité Estatal de Colaboración Económica y al Banco Nacional de Cuba. Por la vía del Partido tenía subordinados al Departamento General de Relaciones Exteriores y al Departamento América. Es de destacar que, no obstante la diversidad de organismos que atendía, tanto por la vía del Partido como del gobierno, se esforzaba por respetar la personalidad y la jurisdicción de cada uno de ellos. A veces, nosotros tratábamos desde el Partido —apoyándonos en su autoridad como miembro del Buró Político— de hacer prevalecer un punto de vista, pero él era inflexible en respetar las decisiones de los ministros. Con la experiencia actual, comprendo mejor su posición de no transgredir las competencias de cada uno de los sectores a él subordinados. Logró darle una coherencia a la ejecución de la política exterior y desarrollar la colaboración entre todos los que actuábamos en el sector de las relaciones internacionales.

Y esto ocurría en un período en el que Cuba pasó a desempeñar un destacadísimo papel en el plano internacional, que sobrepasaba con creces nuestra dimensión geográfica o nuestro potencial económico y militar. Durante los años que él atendió el frente internacional, se celebró la VI Cumbre de los Países No Alineados, en La Habana, y nuestro Comandante en Jefe asumió la presidencia del movimiento. Se ampliaron considerablemente nuestras relaciones internacionales y, prácticamente, se duplicaron las misiones diplomáticas de Cuba en el exterior.

El volumen de notas diplomáticas y de cables cifrados llegados desde nuestras misiones con informaciones y consultas que debían ser respondidas, equivalía a la lectura diaria de un libro de doscientas páginas. Carlos Rafael leía toda esa correspondencia y, muchas veces, sorprendía a más de un ministro transmitiéndole orientaciones para responder un cable cifrado que todavía éste no había leído. Mantenía consultas frecuentes con Fidel para hacer frente a los numerosos e importantes asuntos que demandaban una respuesta urgente. Siempre fue consciente —y esto lo repetía a menudo— de que era Fidel quien dirigía estratégicamente la política exterior de Cuba.

Un aspecto que merece ser destacado es su sentido ético como político y como ser humano. Muchas personas del pueblo se dirigían a él planteándole los más disímiles problemas y, en todos los casos, les daba una respuesta en un sentido u otro. Se preocupaba sistemáticamente por la actividad del Partido y del Sindicato en los organismos que atendía y participaba en las asambleas con los trabajadores para escuchar directamente sus opiniones. Pedía conocer de antemano cualquier medida disciplinaria administrativa que se fuera



ya m. hora

aplicar a un trabajador del sector. No rehuía asumir personalmente la explicación de medidas que pudieran resultar impopulares, entre ellas las normas —que él orientó redactar— para los que laboraran en el servicio exterior. Tenía como regla no dejar nada sin respuesta y argumentaba que, como hombre público, estaba obligado a ello. Exigía conocer los nombres de las personas que le llamaban a la oficina y trataba siempre de responder todas esas llamadas. Se molestaba si conocía que alguien le había estado localizando y no se lo habían informado. Todo el que trabajaba con él sabía que esto lo consideraba un asunto de principio.

Llamaba la atención, como rasgo excepcional, la integridad de sus conocimientos. Era capaz de recitar un trozo en inglés de una obra de Shakespeare, de hablar con profundidad sobre los pintores del Renacimiento, de mostrar un conocimiento detallado de nuestra historia y de la obra del Apóstol y, al mismo tiempo, manejar con minuciosidad la teoría económica de John Maynard Keynes y los últimos informes de la CEPAL sobre la economía latinoamericana. No creo necesario subrayar aquí su dominio real de la obra de Marx, Engels y Lenin y, de modo especial, de *El capital*. Combinaba la sensibilidad para apreciar las manifestaciones artísticas —la pintura, la música, la poesía, el ballet— con el gusto por las novedades científicas y, especialmente, por las ciencias económicas. Su renombre como economista trascendía las fronteras de Cuba y gozaba de mucho prestigio en los foros y organismos económicos internacionales. En su despacho, los estantes llenos de libros de las más variadas materias mostraban esa diversidad de conocimientos que lo caracterizaba. En estos días en que se acomete la tarea del perfeccionamiento empresarial y de la confiabilidad de la contabilidad, a veces me pregunto si ello no constituye, en cierta medida, un reconocimiento *post mortem* a las ideas que él, en determinada coyuntura histórica, defendiera.

Era un lector infatigable, no sólo de toda la copiosa documentación oficial, sino, también, de la más variada literatura. Era frecuente encontrarlo finalizando la lectura de un libro mientras tenía otro recién iniciado y un tercero a medio camino. Conocía bien el idioma inglés y esto le permitía la lectura en esa lengua. Se hizo instalar una lámpara en el asiento delantero de su auto para poder ir leyendo en los desplazamientos que realizaba por carretera. En los aviones apenas dormía: unas veces leía y otras iba redactando o dictando a una pequeña grabadora el informe de una importante entrevista o de un viaje recién concluido para no perder tiempo a su llegada a Cuba.

Sus discursos, los cuales siempre dictó personalmente, fueron armas eficaces para la defensa de las posiciones de Cuba y del Tercer Mundo en todos los foros internacionales donde representó a nuestro país. Redactados de forma precisa y, a un tiempo, elegante, casi siempre contienen referencias a obras de la literatura e incluso de la *Biblia* para darle al mensaje político mayor vuelo y eficacia.

Tuve la ocasión de acompañarle en visitas al exterior y era muy riguroso en el cumplimiento del programa y la puntualidad. Le daba importancia a los aspectos formales, entre ellos vestir sin lujo, pero de manera adecuada a la actividad diplomática. Insistía en que, cuando salíamos en misión oficial, estábamos representando a Cuba y había que hacerlo con dignidad. Pero Carlos Rafael se destacaba, sobre todo, por su cultura política, su erudición y el conocimiento profundo de los problemas internacionales, lo que lo convertían en un interlocutor válido para jefes de estado y dirigentes de los más diversos países en su carácter de enviado de Fidel Castro. Desde Miterrand, Felipe González, Andreotti, Allende, Tito, Indira Ghandi y, también, Brehznev y los principales dirigentes de los países socialistas de Europa. En las décadas del setenta y del ochenta, cumplió importantes y difíciles encomiendas del Comandante en Jefe en la esfera internacional, tanto de carácter político como económico.

Tenía un claro sentido de la importancia de los medios masivos de comunicación, quizá derivado de su conocimiento y práctica de la profesión de periodista. En nuestro país como en el extranjero, procuraba siempre acceder a las solicitudes de entrevistas de los medios, utilizándolas para exponer las verdades de Cuba. Sabía sortear airoso las preguntas más complicadas —incluso provocadoras— e impresionaba por la brillantez de sus respuestas.

Siempre me impresionó que, a pesar de no ser joven, estaba abierto a lo nuevo y rechazaba todo tipo de dogmatismo. Es cierto que entre Carlos Rafael y el grupo de subordinados más jóvenes podían mediar hasta treinta años de edad, pero por su carácter y su vitalidad no lo veíamos como un viejo. Recuerdo que un día la compañera Tania Maceira, quien atendía en el Partido al Movimiento por la Paz, le propuso a Carlos Rafael que recibiera a un “viejito” dirigente de una organización pacifista de un determinado país, de visita en Cuba. Él le preguntó de inmediato la edad del *viejito* que le proponían recibir, y ella le respondió, de manera inocente, que “como sesenta años”. La reacción de Carlos Rafael fue inmediata: “¿Por qué me agredes?”, le dijo. Ella se defendió argumentando lo que era cierto: “Es que nosotros no lo tenemos clasificado a usted todavía como un viejo”. Carlos Rafael cerró, sonriente, el incidente proclamando: “Viejo es todo aquel que tenga, por lo menos, quince años más que yo”.

Una de las importantes esferas atendidas por Carlos Rafael era, sin duda, la colaboración económica con los países socialistas en el seno del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Allí libró importantes batallas defendiendo la posición de Cuba, expuesta por Fidel, respecto a que el CAME no podía reproducir el intercambio desigual —que caracterizaba las relaciones de los países capitalistas desarrollados con el Tercer Mundo—, y reclamando un trato diferenciado para los países miembros de menor desarrollo, como Cuba, Vietnam y Mongolia. Conocedor profundo de la situación de la URSS y los países socialistas europeos, llegó a formarse, desde muy temprano, juicios críticos sobre algunos fenómenos que allí acontecían. En cierta ocasión en que un grupo de jóvenes cubanos que trabajaban en la antigua República Democrática Alemana asistían a una feria en una localidad de ese país, fueron maltratados y golpeados por la policía, entre otras razones, por sentimientos xenófobos y racistas. Recuerdo que Carlos Rafael reaccionó indignado, enviando una carta en términos bastante fuertes a su homólogo en el Partido Socialista Unificado Alemán. Siempre criticó —en un plano interno—, y consideró un error, la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán.

La última vez que lo vi y pude conversar con él fue en 1995, cuando vine de vacaciones a Cuba estando de embajador en Argelia: aquel encuentro resultó para mí sobrecogedor. Estaba ya bastante afectado por la enfermedad y, aunque entendía todo lo que se le decía, tenía dificultades para articular las palabras. Me hizo preguntas atinadas sobre la situación en aquel país y me dio la impresión de que se mantenía informado sobre lo que allí estaba ocurriendo. A pesar de este recuerdo final, guardo la imagen de un Carlos Rafael activo, brillante, combinando universalidad y cubanía, con la medalla de la Orden Nacional “José Martí” en el pecho.

Ahora, con la visión del tiempo transcurrido, puedo evaluar con mayor amplitud sus profundas reflexiones, siempre polémicas, sobre la vida y la obra del Apóstol. Fue él quien en un ensayo publicado en 1953 lo nombró “guía de su tiempo y anticipador del nuestro”. Después del triunfo revolucionario, en varias oportunidades volvió sobre el tema de manera cada vez más certera y enriquecida.

En estos tiempos de electrónica y digitalización, cuando me siento delante de la computadora, a veces pienso en Carlos Rafael y en cuánto partido le hubiera él sacado para multiplicar su trabajo. Y creo que es así como debemos recordar a este hombre excepcional, a esta destacada figura de la cultura y de la política del siglo xx cubano.

Horacio

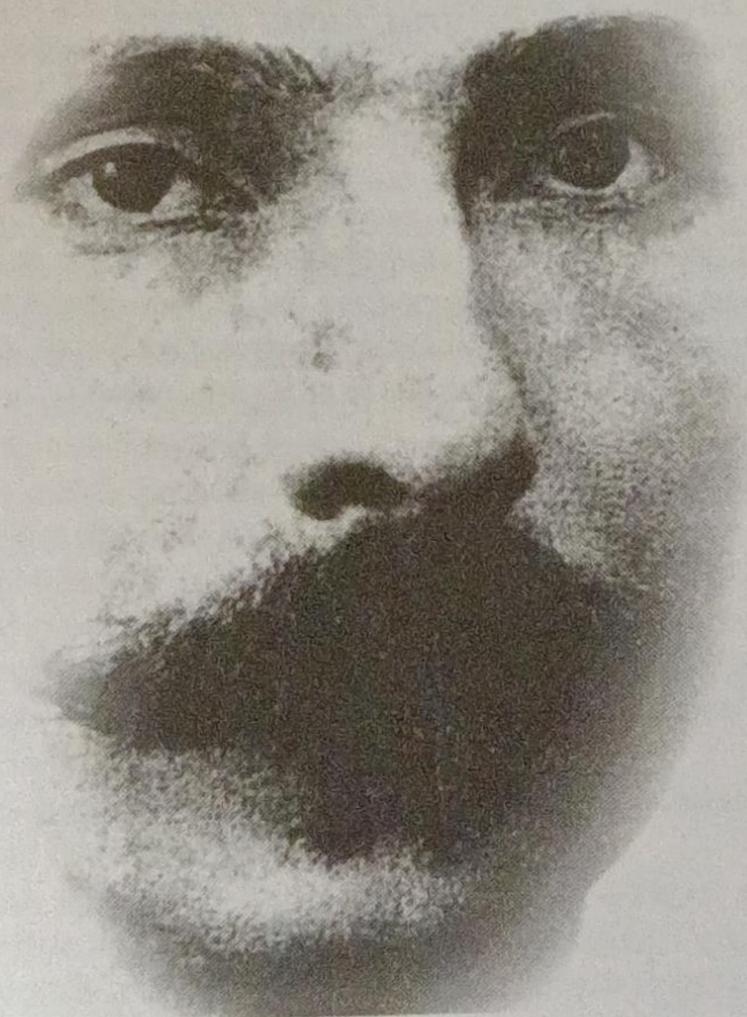
50 aniversario del ataque
al Cuartel Moncada

Una página poco conocida
en torno a los sucesos
del Moncada

JOSÉ MARTÍ Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL SANTIAGUERO EN EL AÑO DE SU CENTENARIO

ACONTECIMIENTOS

ROBERTO J. FONG SORRIBES



EL año 1953 comenzaba en medio de un clímax de rebeldía nacional. El centenario del natalicio del Apóstol no pasaría por alto. El movimiento estudiantil organizaba actos de homenaje en todos los centros docentes de la ciudad de Santiago de Cuba y en el cementerio de Santa Ifigenia, donde reposan las cenizas de Martí.

También en la capital el panorama político era convulso. Durante un homenaje a Julio Antonio Mella, cuyo busto había sido colocado en la escalinata de la Universidad de La Habana, se produce un ataque de la policía e hieren a Rubén Batista, quien fallece el 13 de febrero.

El estudiantado santiaguero reacciona inmediatamente, condenando el asesinato de Rubén, y el 14, durante las protestas, los jóvenes se congregan frente al instituto de segunda enseñanza de Santiago de Cuba y realizan un entierro simbólico.

Las autoridades policiales y militares situaron postas a las puertas de las escuelas. Sin embargo, no pudieron evitar que la demostración llegara hasta el cementerio de Santa Ifigenia, donde los estudiantes derriban un cartel que decía: "Batista, Presidente; Morales del Castillo, Senador".

Con la bandera cubana en alto, los manifestantes improvisaron un mitin, que fue disuelto por la policía y durante el

REVISTA DE LA SOCIEDAD CULTURAL JOSÉ MARTÍ

33

Roberto J. Fong Sorribes

cual fueron detenidos Temístocles Fuentes, estudiante de Arte y Oficios, y Gloria Cuadra miembro del Partido Ortodoxo, respectivamente.

En los meses de marzo y abril se intensifica la lucha de los jóvenes.

Por disposición del director, en el instituto de segunda enseñanza fueron suspendidas las clases. Asimismo ocurría en otros centros docentes.

La conspiración revolucionaria era una realidad entre los estudiantes. El 21 de marzo de 1953 sonaron disparos cerca del instituto, lo que atemorizó a los vecinos. En horas de la madrugada, cayeron presos y llevados al Vivac, Frank País, José Tey, Carlos Sarabia, Pedro García Lupiáñez y Armando Colomé.

El Bloque Juvenil Martiano decide boicotear los actos oficiales de conmemoración del año del centenario martiano, organizados por el gobierno de Batista, ya que constituían una afrenta contra el Apóstol y junto a esto formulan una enérgica protesta por el encarcelamiento de sus compañeros.

La solidaridad con los asaltantes al Cuartel Moncada

Santiago de Cuba despierta el 26 de Julio de 1953, en medio de su carnaval, con el rugido de las armas. Y tras el ataque a la fortaleza del Moncada, cuando el grupo valeroso de jóvenes, a cuyo frente se encontraba el joven abogado Fidel Castro, se ve obligado a retirarse porque el factor sorpresa había fracasado, la ciudad, solidaria les ofrece refugio. La población estaba conmovida ante las decenas de combatientes que acababan de ofrendar sus vidas preciosas. Muchas puertas, en efecto, se abrieron para resguardar a quienes pudieron escapar de los muros del Moncada.

En este apoyo recibido, el estudiantado desempeñó un papel protagónico; pero, además, se aprestó a realizar acciones públicas.

Los muchachos del instituto de segunda enseñanza, unidos a compañeros de otros centros, pasan a la acción. Ante el anuncio de la visita del dictador Fulgencio Batista a Santiago de Cuba, con motivo de los recientes sucesos, se desata todo el disgusto de los jóvenes, más cuando conoce que el tirano va a galardonar a los asesinos que masacraron a los asaltantes hechos prisioneros.

El instituto organiza un mitin, durante el cual hablaron Andrés Rosendo Ojeda y Félix Peña, a nombre de la Escuela de Comercio; Temístocles Fuentes, por Artes y Oficios; y Oscar Asencio, Carlos

Manuel Catalán y Eduardo Yasell, por el instituto. En nombre de los profesores intervino Manuel Rodríguez Figarola.

Aquella noche, la estudiante Esperanza Juantorena, valerosamente, recitó versos de Carlos Manuel Catalán:

*Tirano... así sencillamente
te llaman... tirano .
Asesino de baluartes
que forman un haz
de hermanos.
Hoy exhiben sus coronas
de asesinos
criminales y traidores
los que sembraron de
muerte los caminos,
con sadismo, sin honor.
Ultimaste a los vencidos
que se irguieron arrogantes
y en tu nombre han erigido
la fecha más ultrajante
Que te llamen Presidente
tus lacayos paniaguados,
yo levanto antes mi frente
para escupirte tu rostro, malvado.
Triste hoy está el paisaje
donde se derrochó el heroísmo
frente a tu furia, hiena salvaje,
tu ambición y tu egoísmo.*

Sin dilación, pues, el estudiantado santiaguero en el año del centenario de José Martí comenzó a dar su contundente y visible respuesta, y se dispuso, asimismo, a engrosar las filas de luchadores en las próximas batallas que ya se les avecinaban.

Recordando a Núñez Jiménez
en su 80 aniversario

MOMENTOS DE FRATERNIDAD Y LLANEZA



SIDROC RAMOS

ALLÁ por 1951, recién venido de Guantánamo para hacerme cargo de la plana internacional del diario *Hoy*, lo conocí en una de sus visitas a la redacción y pronto me cautivaron su fraternidad y su llaneza. Cuando, algo después, pudo publicar su oportuna *Geografía de Cuba* fui uno de aquellos para quienes tuviera la gentileza de autografiar el texto retador. Ya habían ocurrido el golpe de estado de imperial inspiración y el asalto al Moncada, que le respondió. Para los del *Hoy*, inmediatamente clausurado, como para los restantes miembros del Partido Socialista Popular, otra vez ilegales, resultó imposible llevar a cuevas nuestros libros. Por suerte, un compañero apadrinó los más peligrosos de los míos, entre los cuales, desde luego, estaba aquella geografía de la que Batista había quemado en su cuartel cuanto ejemplar cayó en sus manos. Al triunfo de la Revolución, sólo unos pocos de los volúmenes de los que había dado a guardar resultaban legibles. Por suerte, en ese grupo de ejemplares maltrechos, como un recién salido de la imprenta —verdad que tenía la encuadernación mejor de todos ellos—, resplandecía la célebre obra de Núñez Jiménez.

Quién sabe si yo le deba a tal prueba singular de sobrevida de su libro un cierto error que... mejor cuento después.

Porque, siguiendo un orden estrictamente cronológico, ahora se me impone otro recuerdo que no puedo dejar de significar: han pasado algunos años después del ocultamiento que contaba, y es

diciembre de 1958, cuando el Che —entre mates con sabor a café— examina los mapas y planos que Núñez Jiménez ha reunido con vistas a la toma crucial de Santa Clara. A partir de aquellos momentos, a la guerra de sus textos por la geografía liberadora, Núñez sumaba sus conocimientos geográficos prácticos inada menos que a la liberadora guerra de verdad!

Volviendo al tema en vilo: me preguntaba si la perdurabilidad casi simbólica de aquella edición de su primer texto mayor —lejos todavía, entonces, de una bibliografía comparable, por lo extensa, con la de su contemporáneo cultor de otro género: el gran Samuel Feijoo—; me preguntaba, insisto, si esa resistencia no tendría la finalidad de asegurar la presencia de Núñez en una obra mía, donde aparece recibiendo en Bariay a Colón iquinientos años después de que el célebre navegante creyera haber descubierto a nuestro archipiélago!

Desdichadamente, ni esa obra ha tenido condiciones para publicarse a tiempo —y rendirle la sorpresa de otro homenaje merecido— ni él podía haberlo esperado: de modo que se me fue de las manos mi querido compañero —más allá del inmediato alcance— hacia esa geografía indescifrable (¿cueva, espelunca?) cuanto ilímite (¿isla, archipiélago, incluso continente?)...

Ahora me arrepiento. Más hubiera valido hacerlo partícipe de su desconocida hazaña, ya desde los originales mismos, cuando teníamos oportunidad todavía. Pero ya ¿qué se puede hacer?

por Sidroc Ramos



NATALICIO DEL LIBERTADOR

Simón Bolívar, el máximo conductor de la emancipación de Suramérica frente al poder colonial español, fue, además, un destacado orador y un notable cultivador del género epistolar y del periodismo. El Bolívar escritor dedicó su obra, especialmente, al ejercicio de sus ideas políticas, a la orientación de los americanos en pos de la posible independencia. Textos suyos como el Discurso de Angostura, ensayo para ser leído en voz alta, o La carta de Jamaica, ensayo con forma epistolar, pueden ser considerados entre sus documentos más significativos. Justamente la llamada Carta de Jamaica sorprende por la vigencia de buena parte de sus reflexiones. Escrita en 1815, desde la isla que le da nombre —por aquel entonces territorio británico— hace valer sus ideas empleando un estilo conciso y directo aunque no exento de elegancia: esboza lo que ha sido calificada como visión profética de la historia futura de los países hispanoamericanos, junto a la exposición de su central propósito de unión de los pueblos de nuestro continente —herencia aceptada y enriquecida por el ideario martiano. Ese sigue siendo un propósito incumplido y ambicionado por muchos en esta América nuestra, por aquellos componentes de este “pequeño género humano” que nos empeñamos en fusionar sus fuerzas, defender su autodeterminación y componen un reducto de resistencia colectivo ante el avance de la feroz globalización que nos ignora. Honda ofrece a sus lectores algunos de los momentos más representativos de este escrito, en el contexto de la celebración continental por el 220 aniversario del natalicio del Libertador (1783).

M.B.M.

SIMÓN BOLÍVAR

Carta de Jamaica (fragmentos)

Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla [Henry Cullen]

Kingston, 6 de setiembre de 1815

[...]

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza lo han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación: Vd. Ha pensado en mi país y se interesa por él; este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tiene habitaciones campestres, y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de los espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores y otros accidentes alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de población y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquella grande? En mi concepto ésta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo

aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallábamos en el caso más extraordinario y complicado; no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano no ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame Vd. estas consideraciones para establecer la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante. Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kan, bey y

demás soberanos despóticos es la ley suprema y ésta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar y política, de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Ispahan, son turcos los visires del Gran Señor, son tártaros los sultanes de Tartaria. La China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gengis Kan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien, en fin, ¿quiere Vd. saber cuál es nuestro destino?, los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.

[...]

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible, sin la práctica de negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad.

[...]

“Es más difícil —dice Montesquieu— sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre”. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundamentadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance ala esfera de la libertad sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república, como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra generación sería infructuosa. Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente, ¿no continuarían éstos en la languidez y aun en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que, al presente agita a nuestros estados se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente del poder, que únicamente puede reprimirlo. Además los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos: sus celos llegarían hasta el punto de compararlos a éstos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía

semejante sería un coloso disforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

[...]

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello será que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate de St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

“Mutaciones importantes y felices —continúa Vd.— pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales”. Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcoalt, el Hermes o Buda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos desiguales hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. ¿Esta tradición no opera y excita una convicción que de muy pronto debe volver? ¿Concibe Vd. cuál será el efecto que producirá si un individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzacoalt, el Buda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree Vd. que esto inclinaría a todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?

Pienso como Vd. que causas individuales pueden producir resultados generales; sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o Dios del Anahuac, Quetzalcoalt el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que Vd. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano y no ventajosamente, porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses. Sólo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo o bien pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que Culebra Emplumada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chian-Cambal. En una palabra, los más de los autores mexicanos, polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetzalcoalt. El hecho es, según dice Acosta, que él estableció una religión cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una

admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcoalt es un legislador divino entre los pueblos paganos de Anahuac, del cual era lugarteniente el gran Montezuma derivando de él su autoridad. De aquí se infiere que nuestros mexicanos no seguirían al gentil Quetzalcoalt, aunque apareciera bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de las otras.

Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores y reformadores*. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos novedosos aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a Vd. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: *es la unión*, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa volarán a Colombia libre, que las convidará con un asilo.

[...]

Guillermo Horváth

FINA GARCÍA MARRUZ



Ilustración / Cuadro de Ignacio Estrada

EL BELLO NIÑO

*Tú sólo, bello niño, puedes entrar a un parque.
Yo entro a ciertos verdes, ciertas hojas o aves.*

*Tú sólo, bello niño, puedes llevar la ropa
ausente del difunto, distraída y remota.*

*La ropa dibujada, el sombrero del ave.
Tú sólo en ese reino indisoluble y grave*

*has tocado la magia de lo exterior, las cosas
indecibles. Yo llevo la ropa maliciosa*

*del que de muerte sabe y de amarga inocencia.
Tú no sabes que tienes toda posible ciencia.*

*Mas ay, cuando lo sepas, el parque se habrá ido,
conocerás la extraña lucidez del dormido,*

*y por qué el sol que alumbra tus álamos de oro
los dora hoy con palabras y días melancólicos.*

LOS PALMARES

Los tristes, ay los mágicos palmares
en que mi patria es bella todavía.
JOSÉ MARTÍ

*Con brillo de machete los palmares
batían su oro seco y polvoriento
erguidos como viejos generales
en su sitio de gloria y de silencio.*

*Parecía que estaban aún más lejos
de lo que estaban de verdad, formados
en militar crepúsculo lejano
cual la oscura República en el sueño.*

*Yo pensé en el destierro de los buenos
que sentimos que dora todavía
de nostalgia sus palmas y sus truenos.*

*cuando parece sólo que miramos
el desierto escenario de la huida
por el temblor del verde entre los llanos.*

LA DESPEDIDA

*Se adelantó el mayor de la familia
y me tendió la mano poderosa,
familiar del sepulcro sincero de los lunes,
y el oro mitológico de los bueyes solemnes*

*Era austero el color sencillo de las lomas
entre el palmar morado como un lujoso harapo.
Sus zapatos terrosos daban su grueso pobre.
Reales como el pan me conmovieron.*

*Quedó atrás la familia melancólica
en ocre y amarillo, pequeña entre sus palmas.
Sus manos se adentraban en el aire*

*como entra una danza en la música
sin desplazarla, y yo miré su idioma,
y el arrugado óleo del adiós.*



PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

I

*La primavera, dices, y escojo madre selvas,
geranios y begonias.
a casa vuelves con los pies mojados,
la falda llena de guisados ásperos.
Verbenas sin olor en los cabellos
y entre las manos, romerillo y malvas.*

*Dices, el aire, y cierro las ventanas,
busco el sillón más próximo a la esquina
donde libros y lámpara me esperan.
Y el aire es la mañana del sol, blanca,
la loca expedición de las hormigas,*

*pájaros y caguayos de astuta, fina lengua.
Tu canto por el patio saliendo del brocal
los baldes y las piedras.*

*El sol, dices tranquila, y presuroso escalo
los templos más antiguos. Arenales recorro.
Duermo a la sombra ámbar de un dátil.
Y el sol es la ventana limpia donde te acodas
suelos, la blusa y el cabello,
y es el camino al mar los viernes de la Pascua;
recoger gajos santos que ahuyentan los ciclones;
café que huele a cuaba ardiendo y sabe a madrugar,
de plátanos, anones y ciruelas.
Son mis brazos ciñendo tu cintura
sin que lo sepa yo.*

*Y cuando dices, es la noche, sueño
con países que anduve,
a los que vuelven mis pisadas
lentas y oscuras, para recobrarte.
Pero la noche no es lo que me pone
el corazón a repartirse en tiempos
que fueron míos. Pues la noche es tu voz
conversadora, tu voz que quiere ser
una palabra sola.*

*3 de noviembre de 1966
[Suite para Maruja]*

III

*Casi siempre y solos
en el portal hablamos, claro, los dos,
(o en la cocina, que es igual)
de los amigos; sus nombres son palabras
que yo elijo como quien gusta
de una flor o de un fruto: una joya remota
que tú guardas, amor.
Tú, misterio inacabable*

*que juntas, hora a hora, mi ser
disperso entre recuerdos que no hemos compartido.
Nombres inalcanzables que el niño rememora
en una adolescencia fugaz.
Me desconcierta haberlos olvidado.
Nombres presentes, míos de hoy, buyendo,
ruidosos, en silencio,
a nuestra soledad.
Nuestra.*

*Yo me duelo. ¿Sabes?: los días nos corroen.
¿A quién hablar? ¿A quién el corazón
darle de par en par?
Sufro, hasta que tú remansas mis sospechas
cantándome una historia
de niños malos que resultan buenos
y niños buenos que la historia infama.*

*1968
[Suite para Maruja]*

VII

*En voz baja decir, amor, tu nombre;
junto a ti, a tus oídos, a tu boca.
Y ser ese animal
feliz que junta sus mitades.
En voz baja o sin ella, muda
la boca revertida a su unidad:
silencio inaugural que a verbo y carne
otorga nueva vida.
Los ojos ciegos de regreso al todo:
luz revelando mundos
como fueron o son, como serán.
Vuelos a ser alegría del otro,
uno consigo mismo en compañía.
Una vida otra: la tuya; tan amada.
Volver a ser origen sin tristeza
o dolor; sin miedo, sin nostalgia, o con ellos:
tú y yo, nuestros recuerdos y cenizas.*

*Mayo de 1978
[Suite para Maruja]*

Alianzas, pactos antiguos

para Freddy Ginebra

Quiero hablarte de piedras...
Alguna vez estuve en un desierto
con lindes, que eran amurallados horizontes.
Detrás sólo boyos negros.

Imaginé haber llegado a un cementerio
donde el alma en reposo celestial,
estatuaria, en la piedra fijaba
cuanto en diversos ciclos fuera polvo
errabundo, fugaz, pese al porte
que expusiera en sus variadas representaciones.
Rocas postradas en sí mismas, ¿Nada?

Imaginé que habían alcanzado
el punto en que satélites
proyectan el reflejo de otros astros.
Tal vez, imaginé, en este plano,
donde el polvo en el barro
recreara la imagen del divino Creador
y es tierra albergadora
para cuanto genera cuerpo y vida en su suelo,
sea la piedra, la representación
de su continuidad renovadora.

Imaginé que por doquier el fin
de cada ciclo consumado asoma:
el tiempo y el olvido, la distancia.
Polvo en continua transición
y me acogí al amparo de la piedra.
Ando mirando al suelo.

Hay lugares donde ellas
nos protegen del polvo y de la lluvia,
hacen sólido el tránsito y acompañan.
Por eso imaginé que siendo tantas veces polvo
frecuenté los espacios más diversos
y alié mi vuelo con lejanas ráfagas.
Cuando miro hacia abajo ando en busca
de aquellos con quienes compartí sueños y anhelos,
si reconozco su intención recurro
a llevarlo conmigo.

Así he recogido en cinco continentes
o cuando no lo espero, la piedra que un amigo
deja en mi mano, que la identifica.
Están en casa, una vasija de dorado cobre
traída desde El Cairo las alberga reunidas,
todas juntas no importa desde donde llegaron,
qué las distingue en color, tamaño,
forma o textura, todas en el abrazo
se oponen a todo cuanto intente separarlas.

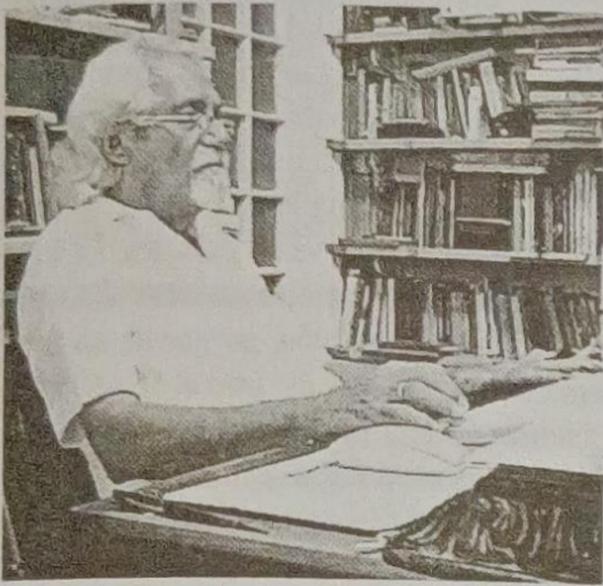
Siempre al salir de casa, he traído conmigo
en un pequeño bolso azul, trece
de ellas y a veces alguna suelta, que mi tacto
acoge para hacer limpio el camino.
Ignoro y prefiero no juzgarlo
qué hizo que de repente desaparecieran.
¿Habrán cumplido su misión de amparo,
nuestras alianzas y pactos antiguos?
Eso sugieren mis sabios amigos.

No es que crea que me falten, es la separación.
Si acepto que han cumplido
y que otras vendrán a reemplazarlas
les falto a esa entrega de años, a sus cuidados
en hacerme las vías seguras, placenteras,
en situarme en la senda del aprendizaje.
Aquí se quedan, tal vez, eso imagino
ha sido el mar en su continuo oleaje
de unir las lejanías en la renovación.

Sto. Domingo, 9/5/03

Freddy Ginebra

A CARGO DE RAFAEL POLANCO



Nos reunimos en casa del poeta PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ, para darle la oportunidad a nuestros lectores de conocer sus interesantes reflexiones acerca de Martí, la cultura cubana y caribeña, entre otros temas. Comenzamos, desde luego, conversando en torno al Apóstol.

¿Cómo llega Martí a tu vida y qué ha significado en tu obra y en tu vida personal ese encuentro?

Martí está en el hogar de uno, está en su casa de uno, con sus padres, sus hermanos; está su poesía. En la escuela primaria en Cuba, también uno lo conoce, conoce sus *Versos sencillos*, conoce al poeta. Conoce al Apóstol, conoce al hombre que concibe la patria para ofrecérsela a sus semejantes. Ese es el Martí que yo me llevo a los Estados Unidos en la adolescencia. Estoy en Nueva York y allí vivió él. Allí hizo su obra. Y ya me sentía mucho más cercano. Recuerdo las veces que caminaba por la ciudad buscando el número de la casa donde vivió, siguiendo sus pasos, persiguiendo su aliento, dónde depositó su mirada, y, afortunadamente, esa parte de la ciudad no había cambiado —lo que es la parte baja—; se mantiene muy semejante a lo que fue en el siglo XIX.

Cuando comencé a escribir poesía —porque yo no escribía poesía, y además, todo lo escribía en inglés. Y, sin embargo, el primer poema que escribí en mi vida lo escribí en castellano— una gran escritora norteamericana, Carson McCullers, leyendo lo que yo escribía entonces, dijo: “Esto es poesía”; y yo me ofendí, porque yo no era poeta. Y para contradecirla a ella y a mí mismo, escribí un poema —como te decía, lo hice en castellano, en español— y eso me creó serios problemas, porque, de momento, me devolvía a mi casa del Central Delicias, a mi familia, a la tradición, cultura, memoria, y a Cuba. Misteriosamente, yo me había concebido a mí mismo como un campesino inglés que quería escribir. Por eso fui a Estados Unidos, por eso aprendí la lengua inglesa.

Y ¿qué era ser cubano? Nada de lo que yo conocía era cubano. La lengua con la cual empezaba era castellana; mi familia, de origen europeo; las personas con las que me relacionaba en mi barrio, la gente conocida en mi niñez y adolescencia, eran descendientes de europeos, africanos y asiáticos —en Delicias había una población china, una población del Caribe, muy, muy caribeña. Había de casi todas las islas. Y, además, negros y mestizos cubanos. Y el paisaje que yo conocía tampoco era cubano. Nací rodeado de caña de azúcar por todos lados, y eso era venido de otra parte. Cuando estuve en Santiago de Cuba me encontré con el café —y eso lo trajeron los franceses cuando dejaron Haití y se instalaron en la Sierra Maestra y en Santiago de Cuba. Los árboles, muchos árboles que había en el patio de mi casa, entre ellos el mango, no era cubano lo habían traído de la India. Entonces, no sabía qué era lo cubano y volví a Martí. Y a través de Martí llegué a Heredia. Y Heredia es nuestro primer poeta, el primer poeta romántico de la lengua castellana, quien también buscaba una patria, libre, independiente, soberana; había muerto en México, en el exilio. Y en esa búsqueda de lo cubano en Nueva York, pues me encontré con Cirilo Villaverde, con Saco, con Varela, y Heredia —lo he mencionado ya— y, claro, con Martí. Entonces dije: bueno, no está mal lo que he hecho. He venido a Nueva York, donde están ellos: por aquí andan sus miradas, sus pasos, su aliento; han publicado sus primeros libros aquí, se

han dado a conocer aquí, la *Cecilia Valdés* que yo conocía era la de 1882 —publicada en Nueva York. No la primera edición del 38, en Cuba —que no tiene nada que ver con la *Cecilia Valdés* que conocemos—, y Varela había muerto en Estados Unidos. Villaverde sigue muerto allá —nunca trajimos sus restos—. Y ya hace 50 años, publiqué en La Habana mi primer libro de poemas. Ese libro lo compuso Cintio Vitier y Fina García Marruz.

El día 9 de septiembre de 1953, Cintio Vitier me presentó en el Lyceum de La Habana. Mi conocimiento de la Cuba de ese momento y de su poesía —de *Cincuenta años de poesía cubana*, la antología de Cintio Vitier— me aportaba todas las voces que le daban continuidad a Heredia, Zenea, Martí y los demás.

En 1957 escribí una obra de teatro: *Las armas son de hierro*. Se puso en Nueva York; lo hizo el Movimiento 26 de Julio en el Salón de Actos, que ya no existe —en Amsterdam Avenue y la calle 69. La dirigió Humberto Arenal y fue el momento más espléndido de mi vida, porque tenía un retrato de Frank País. Comenzamos con el himno nacional, teníamos la bandera cubana, y aquella noche estaban entre nosotros Eugenio Florit y un grupo de profesores, de intelectuales, de alto relieve, de Columbia University y de New York University, y los cubanos que en ese momento estaban vinculados con el Movimiento 26 de Julio.

Ese mismo año escribí mi *Cantata a Santiago de Cuba*, y te diría, sin ninguna duda, que todo eso estaba auspiciado por esas voces que vivieron en los Estados Unidos, en Nueva York, y a las cuales la mía daba continuidad. Yo no era más que un instrumento, una herramienta para que ellas ejercieran su poderío emocional, espiritual, verbal. Nunca Martí me abandonó. Y mi novela *Los niños se despiden*, mis poesías, mi propio ser, están muy vinculados a su obra, que no es solamente la poesía, sino su prosa, su lengua toda, su espíritu. Martí no nos abandonará.

Hace poco tiempo en Pilón, viendo la Sierra Maestra de un lado y del otro el Mar Caribe, él nos estaba acompañando. Fue en un encuentro de poetas —simpáticamente nombrado “La poesía está al sur”—, y ya te digo: los que estábamos allí de todas las pro-

vincias —aunque orientales en su mayoría. Porque, de los que fuimos desde La Habana, creo que la única habanera es Nancy Morejón, éramos César López, Waldo Leyva, Aitana, Nancy y yo. Y Alex Pausides, quien también es oriental, y no pudo ir— nos sentíamos asistidos por ese coro de voces que fundamentan su obra de hacer, de Cuba, patria.

Sabemos que has regresado, no hace mucho, de un evento en el Caribe, y como creo que nosotros durante muchos años hemos mirado a veces más a Europa y al Norte que al mar que nos circunda, me interesaría mucho conocer tus apreciaciones en torno a esa experiencia.

Yo nací en el Caribe, siempre viví en el Caribe; Cuba no existía. Decían que éramos latinoamericanos, pero en el Central Delicias había una población caribeña demasiado fuerte —de Barbados, Antigua, Saint Kitts y Nevis, Tórtola... , por cierto, me decían el nombre de esta isla y yo pensaba que era una invención, hasta un día que, sobrevolando, el Caribe abajo estaba Tórtola. La señora que me enseñó la lengua inglesa desde que yo era un niño, Vivian Samuel, era de Antigua; los padres de Teófilo Stevenson, habían llegado de Saint Kitts y de Nevis. Otros amigos míos habían llegado de Barbados. El Central Delicias era un lugar típicamente colonizado y en ese pequeño espacio habían varios clubes de recreo: uno para los norteamericanos, otro para los cubanos llamados “blancos”, otro para los cubanos llamados “de color” y, claro, los negros llegados del Caribe no tenían acceso a esta sociedad, que se denominaba Club Demócrata. Hemos aprendido a estropear palabras, a ensuciarlas, y ellos, más inteligentes que nosotros, crearon su propio club, que se llamaba West Indies Progressive Association. Y esa Sociedad Progresista fue la que atrajo mi imaginación y mis sentimientos: me sentí mucho más vinculado a ellos. Desde luego, en su mayoría eran religiosos: adventistas del Séptimo Día. Todo eso también me vinculó a la *Biblia*, al *Viejo Testamento* —que es cultura— y en mi novela *Los niños se despiden* ya ellos aparecen; en mi novela *El diente del pez*, están ahí; y en mi poesía, en mi

primer libro de poemas ya aparece Vivian Samuel, y en *Otro golpe de dado* igual. Quiere decir que yo he vivido siempre vinculado al Caribe, porque después me fui al Caribe, que es Manhattan; porque Manhattan era el mundo: si te movías un poquito hacia el norte te encontrabas con Harlem, que era África; bajabas y te encontrabas con China —Chinatown—; seguías hacia un lado y venía una población frente al Hudson, al río Hudson, judía, sefardita; te ibas del otro lado, al East River, y ahí están los alemanes; todo esto con mezclas de hispanoamericanos, españoles, franceses, japoneses, australianos: el mundo; los cinco continentes estaban en Manhattan, y eso lo hacía “el Caribe”. Como son estas islas, que hay de todo. Yo he estado en las islas, digamos, de cultura holandesa —creo que Curaçao y Aruba—; he estado en Barbados, Carriú, Jamaica, que son de lengua inglesa; he estado en Guadalupe y Martinica, que son de lengua francesa; he estado en otras. Y por el norte he estado en Nassau, las Bahamas.

Entonces, ese Caribe que yo llevo en mi sangre, en mi memoria —y en el Central Delicias y Nueva York— me convocó este año a una reunión de intelectuales y escritores. Provenían de los centros culturales de lengua castellana —española—, lengua francesa y lengua inglesa. Nos encontramos muchos de quienes nos habíamos conocido en Ponce —en la Universidad de Ponce—, en el 2000, durante un evento semejante, donde se hablaba de literatura, donde se hablaba de la vida y de la obra del ser creador. Pero esto fue un gran homenaje a Cuba, yo te diría. Te diría que yo no había visitado en ningún lugar, que recuerde, a personas que vienen de Puerto Rico y Santo Domingo, que alcen su voz con todo amor por Cuba. Que lo haga gentes que venían de Jamaica, de Trinidad Tobago, de Barbados; que lo hiciera las de ahí, de Martinica... Y, claro, el vínculo es la Casa de las Américas —que tiene un concurso literario en lengua francesa y lo que ellos llaman *creole*, la lengua criolla—, que los acerca a nosotros. Y aquello fue realmente muy conmovedor, porque oí voces defendiendo a Cuba, defendiendo el amor de Cuba por la cultura y el arte, y cómo Cuba ha beneficiado a este continente y a otros con su educación: la canti-

dad de miles de africanos, asiáticos, europeos y hasta norteamericanos que han hecho su educación en Cuba. Fue un evento hermosísimo, ya te digo, muy conmovedor para mí como cubano, porque de momento sentía que no estamos solos: que se nos acompaña en la poesía, se nos acompaña en la narrativa, en la memoria, en el pensamiento —un pensamiento que auspicia el ideal cubano. Todos los que estaban allí tenían un vínculo con Casa de las Américas: o un premio Casa, o habían sido jurados o visitantes, incluyendo a un gran pintor de allí, de Martinica, que me llevó a que conociera la capital, el día que venía para acá. La isla, respecto al paisaje, era como estar en Cuba. Era como estar en Pílon, porque de un lado tenía las montañas y del otro el Mar Caribe. El verde y el azul significan de un modo prodigioso, como en Cuba. Y ya te digo, fue una experiencia que hay que difundirla. Y Cuba tiene que unirse más. Yo leí un texto que está publicado, en un ensayo mío que se llama *De bateyes*, y allí cuento cómo un día, en Londres, estaba en casa de un gran escritor jamaicano —su esposa, él y yo— en la mesa, y, de pronto, empezamos a decir poesías y leímos un poema: “El regreso a casa”. Y estábamos conmovidos los tres, pero convencidos de que estábamos en casa, y que la casa nuestra era el archipiélago —que no era Cuba o Jamaica, o Barbados o Martinica o Aruba—, que todo eso es un conjunto de familias que une el mar. A nosotros el mar no nos separa, el mar nos une con sus voces, nos adormece cantándonos, y nos despierta cantándonos.

Pablo, Martí dijo que no encontraba poesía mayor que en los libros de ciencia. Visto desde otro ángulo, ¿crees que hay ciencia en la poesía?

En la poesía hay todo: si no hubiera ciencia no habría conocimiento. La palabra por sí misma es inmensamente poética, porque la palabra tiene múltiples acepciones. Tanto es así, que recuerdo continuamente traductores de mi poesía que me mandan a decir: ¿qué quiere decir esto?, y ponen las acepciones en inglés, francés o en italiano. Me ponen las castellanas más las que dice el diccionario de ellos. “¿Por dónde tú andas?”, me dicen. Porque el traductor se expone a asumir la voz del creador y ya ocu-

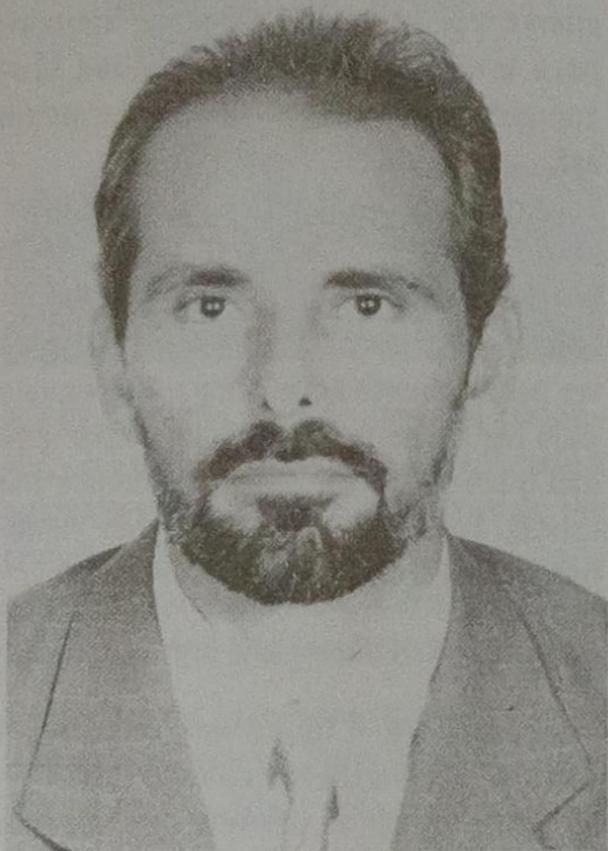
rió. una de las virtudes que tiene Nueva York es que devolvió a Babel su torre: allí estaban todas las lenguas confundidas, pero habíamos optado por una para entendernos y querernos. Y la poesía hace eso: se expresa en todas las lenguas. Mas existe el modo de acercarnos: a través de la traducción, que es poesía. Porque el conocimiento es análisis, es investigación, y todo eso es ciencia. Porque en la poesía está la lágrima y la sonrisa y la risa. En la poesía está lo más próximo y lo más distante: lo próximo en los hechos que confrontas cada momento y cada instante en la memoria,

que te remite a momentos similares ya vividos. Por lo tanto, en la poesía está todo. Sin poesía, pues, no habría música, no habría artes plásticas, no habría absolutamente nada.

Hay premoniciones, que, a veces, tienen confirmaciones en la realidad. A Martí, alguien que venía de Cuba, le dijo que no veía atmósfera para la revolución y él le respondió: "Yo no hablo de atmósfera, yo hablo de subsuelo". Es decir, él estaba viendo una realidad que estaba más allá de los sentidos, pero que existía...

Sí hay un hombre que vivía, plenamente, en un perenne estado poético es José Martí. Cuando lees su prosa, las cartas, los ensayos, los artículos periodísticos... el dominio de esa lengua solamente lo tiene un poeta. Porque, como él mismo me enseñó, un poeta no es nada más que un instrumento, una herramienta de voces que nos precedieron y, en ocasiones, un arma para defenderla. O sea, le damos continuidad a esas voces, y, entonces, hay un fluir humano que nos remite, en nuestro caso, a lo que somos: lo único cubano es la historia de Cuba, que, diariamente, se mantiene en lucha ■

Honda conversa con el escultor ANDRÉS GONZÁLEZ, autor del conocido *Martí de la Tribuna Antiimperialista*, para dar a conocer a nuestros lectores otras facetas de su vida artística.



¿Cómo llegó Andrés a la escultura?

Comencé en el pueblo donde nací: La Palma, provincia de Pinar del Río. En ese lugar había, como en todos, instructores de arte, y gracias a ellos me fui adentrando en esta especialidad. La sentía desde niño. Modelaba, hacía tallas, juguetes. Más tarde comencé a estudiar en la Escuela Provincial de Arte de Pinar del Río. De ahí pasé a la Escuela Nacional de Arte (ENA). Terminé allí el nivel

medio de la especialidad y fui a hacer el nivel superior a la Unión Soviética. Me gradué en 1986 y comencé a trabajar al regreso a Cuba. La escultura para mí es algo verdaderamente hermoso.

¿Qué aspectos piensas tú que puedan ser destacados en la obra que has realizado desde entonces?

Mi trabajo como escultor se inicia, propiamente, en los años noventa con una pieza que simboliza al dios del mar, Neptuno, que fuera ubicada, precisamente, frente al hotel de ese nombre, aquí en Ciudad de La Habana. Durante algunos años, me mantuve trabajando para hoteles, sobre todo; y lugares turísticos en general. Pero, paralelamente, comencé a crear obras para lugares históricos, trabajo éste que me ha proporcionado, desde siempre, mucha satisfacción. Me llama mucho más la atención el tratar de sugerir, de transmitir ideas, y es por eso que me he ido dedicado cada vez más a esa temática. Y me resulta afín con la especialidad en la que me gradué en el Instituto Surikov, de Moscú, que fue la de escultura monumental. Es un medio eficaz para poder transmitir lo que siento y hacer reflexionar a las personas.

¿Algunas obras que hayas realizado dentro de la temática histórica?

Muchas. Cuando tengo que hacer un recuento me sucede una cosa tremendamente interesante. Porque uno va trabajando y uno no se da cuenta, a veces, de lo que hace.

Y cuando, a la distancia, uno recuerda abarcadoramente lo que ha hecho, se impresiona con la cantidad de trabajo acumulado. Y es así que tengo obras aquí, en Ciudad de La Habana, que me satisfacen mucho: un busto que está colocado en Alamar, de Celia Sánchez. A mí no me gusta mucho utilizar la palabra "busto"; prefiero mejor decir que "realizo esculturas", "hago esculturas". Esta a que me refiero, sobre todo, es la imagen de Celia, pero con un pedestal que la conforma; es decir, sin el pedestal no sería Celia. Es una escultura que se levanta desde la tierra y se proyecta como una flor; a partir de un tronco que se levanta surge la flor, que es Celia. Es un trabajo que me llena mucho, y que yo quisiera destacar, porque la aceptación que ha tenido allí es tal que las compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas han logrado que Eusebio Leal las ayude, les ponga una cerca perimetral en todo ese parque. Y se realizan allí anualmente actividades muy importantes, centrales, en ese lugar de Alamar. Asisten pioneros, trabajadores; es decir, que uno se siente plenamente realizado cuando ve que una obra es cuidada de esa manera. Yo pienso que no hay dinero ni recompensa material que pueda pagar eso.

Tengo en la Universidad de La Habana, también, un busto de Ramiro Valdés-Daussá. Mencionaría, además, otros trabajos: están en la Asociación Cubana de las Naciones Unidas, en un lugar que se denominó "Parque de la Dignidad", donde se han colocado varias figuras y, entre ellas, la de nuestro canciller Raúl Roa, Ignacio Arcaya

honda

de Venezuela, Raúl Porras Barrenechea de Perú, Manuel Tello de México y Guillermo Tobriello de Guatemala, embajadores, diplomáticos de esos países que asumieron una posición de respeto hacia Cuba y de defensa de la independencia y la soberanía de nuestros países latinoamericanos

En el extranjero tengo, por ejemplo, una escultura del Che que se colocó en Brasilia, frente al palacio de gobierno; asimismo, en algunas islas del Caribe: esculturas que representan héroes de esos países; como en Saint Kitts y Nevis, en Antigua y Barbuda.

He trabajado bastante la imagen martiana y bustos realizados por mí han sido colocados en República Dominicana y en Guatemala. Ahora, dentro de poco, se va a colocar en Ecuador un monumento que estará situado justo por donde pasa la línea del Ecuador, en una ciudad llamada Mitad del Mundo. Ese es un trabajo que he hecho con tremendo amor, porque para mí es muy importante, decía al principio, transmitir ideas. Esta oportunidad me permite eso: concebir un Martí que está en la misma mitad del mundo llamando a la unidad... la unidad que tanta falta hace para todos nuestros pueblos de América. Y, además, simbolizando una idea tan clara y tan digna que tenía Martí sobre esto.

¿Cómo llegaste al Martí de la Tribuna Antiimperialista? ¿Cuáles fueron las circunstancias en las que surgió? ¿Algunos detalles que consideres de interés?

Realmente, muchos factores confluyeron para que yo realizara esa escultura. Primero, en aquellos momentos me sentía muy influido por la situación que se vivía, es decir, vibraba mucho en cada uno de todos los cubanos el hecho de que un niño estuviera secuestrado en Estados Unidos y, también, que se tratara de ignorar cualquier tipo de ley, cualquier tipo de derechos de un padre que quería reclamar a su hijo. Eso me hacía tener los deseos más grandes de realizar una escultura con ese tema. Tanto es así, que hice una pieza que está en estos momentos en el Museo de Cárdenas —en el Museo de la Batalla de Ideas—, que se llama *Dignidad*, representando precisamente aquello: un niño sostenido por los brazos de su pueblo, despreciando todas

aquellas bisuterías que le daban a Elián tratando de comprar su conciencia. Y él rechazándolo todo parece expresar: "no necesito nada de esto. Yo quiero lo mío". Hice aquella escultura, a partir de aquellos profundos sentimientos que me servían de inspiración y que nacían de la situación que se vivía. Quizá a partir de eso o de la casualidad, no sé, me llaman un buen día y me proponen realizar una escultura para la Tribuna Antiimperialista. Eso fue a raíz de una convocatoria, para la cual, como yo, fueron llamados Alberto Lescay, por Santiago de Cuba, y Herminio Escalona, de Camagüey. Desde el momento en que me lo dijeron, prendieron en mí unos deseos muy intensos de realizarla y, al día siguiente, estaba en el lugar, estudiando el terreno, mirando los planos: mi idea original parte de ese momento, precisamente. Es decir, allí mismo medité en cómo situar la escultura, las dimensiones que debería tener; todo eso lo ubiqué ya en el lugar. Por lo demás, yo me imaginaba a Martí así: un Martí que vivía, que luchaba junto al pueblo, un Martí antiimperialista sobre todas las cosas. Un Martí que, a la vez que acusaba al imperialismo como causante de todos estos males y de todas estas cosas absurdas, protegía a un niño, un niño que simboliza para mí el futuro de la patria, y no solamente el futuro sino todas las conquistas ya alcanzadas por la Revolución, los logros de la educación, de todo lo lindo que se ha hecho en el país por el futuro, por todos nosotros. Yo mismo soy un producto de eso: estudié una carrera y no tuve que pagar un centavo; es decir, soy un producto de la obra de la Revolución. Ese es el Martí que yo traté de crear para colocarlo allí. Es una visión artística de un Martí vivo, un Martí que marcha junto al pueblo, no se aísla, no permanece sobre a un pedestal. Por cierto, a muchas personas les ha llamado la atención el pedestal que sirve de base al Martí de la Tribuna. Me dicen: ¿por qué tiene esa forma? Bueno, realmente no me imaginaba un Martí sobre un pedestal de mármol. El mármol es un tanto frío, y pensé que me lo aislaba de las personas: yo lo quería más integrado al pueblo. Y pensé en la costa, en los arrecifes del Malecón, con esa textura que hay allí en la costa. Y así fue como concebí y después confeccioné el pe-

destal. Además, es un pedestal que se integra a la escultura, que me lo hace un todo. Por otra parte, estudié muy bien el aspecto relacionado con las dimensiones, porque no quería un Martí grande, excesivamente grande: lo quería a esa escala. Cuando uno se acerca a él no siente que es aplastado por la escultura; es un Martí que se acerca a las personas, que sigue fuerte, enérgico, que acusa con una expresión fuerte en el rostro, pero que, a un tiempo, sostiene muy tiernamente, de una manera protectora, a su hijo —puede ser el Ismaelillo, puede ser cualquiera de nosotros—; lo separa, lo abriga. Esa es la visión que yo traté de buscar: por una parte la fortaleza de él, porque Martí no fue nunca una persona débil. Al contrario, estaba poseído por una gran fuerza interior. Hay que leer lo que él dejó escrito y, además, saber que fue él quien unió multitudes, quien fundó el Partido Revolucionario Cubano; quien juntó a Máximo Gómez y a Maceo, no sin enfrentamientos, para llevar a cabo la guerra por la independencia y siempre para unir. Martí fue una persona muy enérgica, y por eso es que lo represento así.

Ese trabajo lo realicé aquí, en el taller. No dormía, día y noche trabajando. Estaba poseído por un amor, una pasión, muy intensos, unos deseos de vivir tremendos para ver materializado aquel sueño. Hoy cuando paso por allí no me arrepiento; no por vanidad o porque se me suban los humos a la cabeza: realmente siento que pude comunicar el Martí que llevaba dentro.

¿Planes?

Proyectos para el futuro tengo muchos. A veces me acuerdo de mi profesor en la Unión Soviética, quien ya era una persona muy entrada en años: él sentía que le faltaba tiempo de vida, que no le iba a alcanzar para realizar todo lo que quería. Y me decía: "La vida es tremendamente corta". Yo lo entiendo, ahora, muy bien, porque tengo una cantidad de ideas que quizá no pueda realizar. Este trabajo le impone a uno ciertos límites por todos los pasos técnicos que hay que transitar; que no le permiten a uno avanzar a la velocidad se quisiera.

Tengo una escultura que se va a colocar pronto frente al Centro de Alto Rendi-

miento para el voleibol. Este es una institución situada en 100 y Boyeros. La obra trata el tema del voleibol: son cuatro jugadoras que están intercambiando, están jugando. Es monumental: tiene 9 metros de alto por 10 de ancho. Voy a comenzar, dentro de poco, un monumento que se va a co-

locar en el municipio Playa, en 60 y 9^{ma}, que representa a dos héroes cubanos: Raúl Díaz Argüelles y Gustavo Machín, quienes fueron ejemplo de unidad, de hermandad. Y voy a tratar de encarnar precisamente eso: la solidaridad, la unidad por la que ellos murieron: uno en Angola y el otro en Boli-

via, con el Che. Tengo pendiente, igualmente, un proyecto en Playa Girón: ya está prácticamente terminado. Y trabajo ahora en la idea de un monumento al Che. Muchas otras ideas están en mi cabeza y esperan el momento y las posibilidades de convertirse en realidad ■

Hasta el Memorial "José Martí", en la Plaza de la Revolución, hemos ido para entrevistar a su directora, la compañera HAYDEE DÍAZ.



¿Cómo surge la idea de crear el Memorial en este lugar de tanta significación patriótica e histórica y háblanos de los trabajos que se llevaron a cabo para adaptar este local, con características tan especiales, a la condición de museo.

Como tú sabes, el conjunto monumental se levantó entre 1953 y 1958. Al triunfo de la Revolución ya se había dado por terminado, pero, en realidad, aún no habían concluido los trabajos de la Plaza y de la tribuna.

El primer acto revolucionario que tiene lugar en la Plaza, fue el desfile del 1^{ro} de mayo de 1959, presidido por el entonces comandante de la Revolución Raúl Castro Ruz, porque el compañero Fidel estaba de viaje. Desde aquellos momentos se planteó que aquí debía estar el museo de la Revolución; incluso se comenzó a adaptar. Pero, al hacerse el traslado del Palacio de la Revolución hacia el edificio que se había construi-

do para el Tribunal Supremo —que estaba detrás del monumento—, entonces, este lugar quedó cerrado. Solamente se utilizaba, cuando había actos en la Plaza, como el sitio donde se reunía la presidencia. Asimismo, se utilizó para algunos funerales de personalidades ilustres de nuestro país, y de otros compañeros en oportunidades muy especiales, como en ocasión de las exequias de los Mártires de Barbados. A veces, los locales eran utilizados por los compañeros de la Casa Militar de Palacio para tareas docentes u otras actividades semejantes. En algún momento se les dio cierto mantenimiento, pero realmente estaban bastante deteriorados en el año 1993, cuando la comisión que se había constituido con la finalidad de realizar los trabajos en conmemoración del centenario de la caída de José Martí, se propone, a sugerencia del compañero Fidel, abrir el monumento al público por lo que había que hacer una adaptación de estos espacios para esa función específica. En realidad, cuando se construye este monumento se concibió que albergara en su base un museo y una biblioteca en homenaje a Martí, donde se le pudiera rendir homenaje permanente a nuestro Héroe Nacional.

La existencia de la Biblioteca Nacional "José Martí", aquí mismo, en las inmediaciones de la misma Plaza, nos hizo pensar cuando se nos encargó la tarea de hacer la remodelación, que no era necesario repetir la función de esa institución —y esta fue también la opinión de algunos compañeros a los que se les consultó, especialistas en temas martianos.

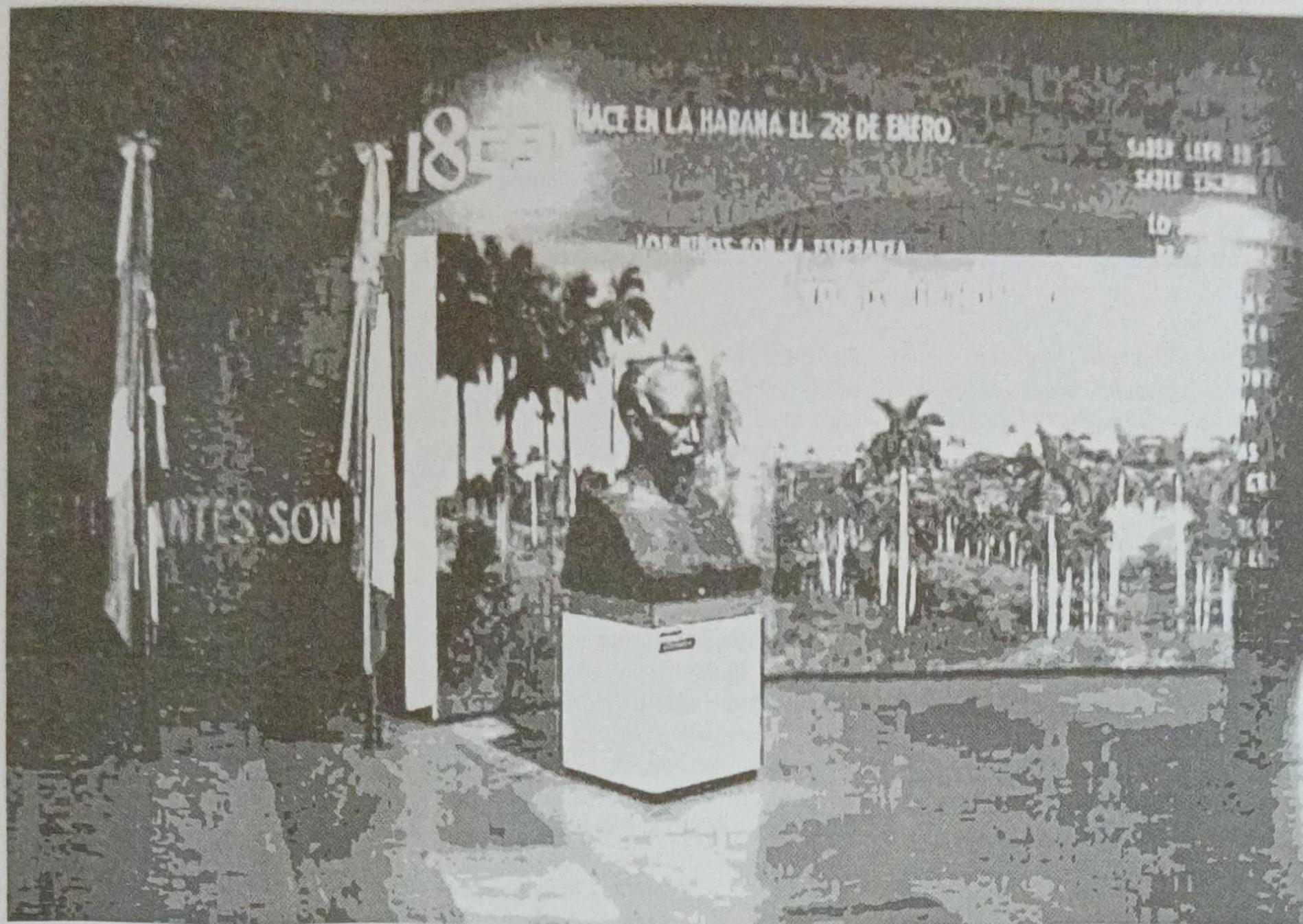
A fines de 1993 se designó una comisión para estudiar qué debíamos hacer aquí, y cómo debíamos hacerlo. En ese momento no tenía nombre: era "el monumento". Esa comisión estaba integrada por los arquitectos Mario Girona y Loly Gómez, Jorge Can-

delaria como inversionista —quien después fue, también, inversionista en los trabajos de Bellas Artes—, el arquitecto José Linares —de Patrimonio, quien vino a formar parte de esa comisión ejecutora—, Efrén Díaz, jefe de la EMPROVA —quien debía ejecutar las obras desde el punto de vista de edificación— y la que les habla —en ese momento, directora de la Oficina de Asuntos Históricos. Se me planteó que viniera para trabajar en la organización de esa tarea. Cuando comenzamos, existía una comisión mucho más amplia, donde estaban los compañeros Álvarez Tabío, Leal, Felipe Pérez Roque, quienes participaron, en esa etapa, en la revisión y discusión de los proyectos.

Lo primero fue empezar a estudiar cómo había surgido esta edificación, cuántos concursos se habían realizado, las discusiones que hubo en la época, sus planos. Faltaban por terminar muchas cosas del proyecto original; por ejemplo, a las fuentes no se les habían hecho las instalaciones hidráulicas; tampoco contábamos con las instalaciones para el aire acondicionado. Con el paso del tiempo algunas de las instalaciones ya se habían ido deteriorando, cosa a la que había que atender, y nos percatamos que era necesario realizar, asimismo, cambios para que realmente fuera un lugar donde se le rindiera tributo a José Martí como él se lo merecía, con todas las condiciones debidas y además con belleza, con solemnidad. Aplicamos, también, algunas encuestas, para buscar información acerca de lo que la gente aspiraba a que fuera el lugar y el contenido que debía tener el museo.

La idea de hacer una plaza aquí databa de los años veinte, en que se determinó considerar este lugar como centro de la ciudad. Y un arquitecto francés —en una época en había prácticamente una fiebre de realizar proyectos urbanísticos en muchas las ciudades del mundo— fue traído a La Habana

Haydee Díaz



para ver qué debíamos hacer aquí. Ese fue el primer intento, que contemplaba una “plaza baja” y una “plaza alta”. La que se hizo, después, fue lo que se llamó la plaza baja; la otra —que contemplaba jardines parecidos a los de los Campos Elíseos, con puentes— era una empresa muy costosa y significaba, además, la expropiación de mucha cantidad de terreno. Por todo eso, al cabo, se desechó. Entonces, el proyecto se quedó en el monumento y la plaza que tenemos actualmente y se le llamó “Plaza Cívica”.

En 1953, en el año del centenario del natalicio de Martí, el gobierno de Batista se propuso iniciar la construcción del Monumento y de la Plaza para ganarse la simpatía del pueblo —que no la tenía, desde luego, por su carácter dictatorial y represivo. Estuvieron obligados a tomar en cuenta el concurso que había tenido lugar en 1942, cuando se habían otorgado tres premios: el primero era un proyecto de Juan José Sicre: contaba con una estatua monumental, que hoy colocamos en el exterior del Memorial,

circundada por columnas. Este proyecto tenía cierto parecido con el Memorial Lincoln, en Washington, y la gente lo rechazaba porque parecía que Martí estaba prisionero dentro de esas columnas. El segundo premio fue concedido al proyecto de edificio que es hoy la Biblioteca Nacional. Fue premiado, también, un proyecto del arquitecto Varela —el ministro de Obras Públicas de Batista—, elaborado junto a otros dos profesionales. Batista trató de favorecerlo y seleccionó su propuesta de memorial, tercer lugar en el concurso. El proyecto de Varela era éste de la estrella, que tenemos como planta del Memorial, con el mural del centro, que es otra estrella, y la torre, con la estatua en la cima; la gente rechazaba esto último, porque decía que parecía que no era Martí, sino un dios: estaba muy lejos para que el pueblo pudiera rendirle tributo.

Tuvieron lugar largas discusiones, en las cuales intervino, también, el Colegio de Arquitectos. Se creó una comisión por parte del gobierno de Batista, para que se ocupa-

ra de construir el monumento y, paralelamente, existía la Comisión del Centenario del Natalicio de Martí. Esta propone, entonces, que se haga una simbiosis entre el proyecto de Sicre y el proyecto de Varela: que se tome la planta en forma de estrella con la tribuna y se pusiera al frente la estatua monumental de Sicre. Se le ofrecieron a Sicre 40 000 pesos como compensación. Sicre lo aceptó. Pensamos que fue un acierto: con esta combinación el resultado fue mucho más hermoso que cualquiera de los dos proyectos originales.

Después sobrevino la discusión en relación con las tierras. Aquí había una colina y en ella una iglesia, llamada ermita de los catalanes. La ermita debió ser trasladada, piedra a piedra, a la zona de Boyeros, que es donde está actualmente. Además, había muchos barrios marginales en esta zona: se le ofrecieron a la gente 20 pesos para que se fueran del lugar. Hubo una gran protesta e, incluso, un joven abogado asumió la defensa de parte de esa gente. Ese abogado fue Fidel;

Fidel, quien trabajaba cuando eso en un bufete, defendió a esa gente para que les dieran una cantidad mayor de dinero —no sé si eran 100 ó 200 pesos. Después de eso, Fidel se dedica a la preparación del asalto al Moncada y se quedan los otros abogados del bufete a cargo, hasta que ganaron el pleito. Fidel apareció, incluso, en la prensa haciendo declaraciones. Estos aspectos históricos son importantes, porque ofrecen una imagen real de lo que era en aquella época la República.

Este lugar fue conocido como Plaza Cívica hasta que, en 1961, resultó aprobado un decreto que estableció su definitiva denominación: Plaza de la Revolución "José Martí".

Como se verá, las primeras tareas fueron las de revisar, buscar, estudiar, analizar qué era lo mejor; después, de determinar todo lo que era necesario resolver. Encontramos muchas filtraciones y otra serie de problemas de carácter constructivo. Hay que tener en cuenta que se trata de locales simétricos —por la forma de estrella a que estaban obligados— y, por tanto, había que introducir cambios para resolver problemas acústicos y hacer más acogedor al lugar. Creamos los jardines interiores; se pusieron celosías de madera —que atenuaban los ruidos y los ecos que se producían en su interior. El proyecto que, finalmente, se adoptó es, en nuestra opinión, bastante adecuado de acuerdo con el local y el espacio que teníamos. Se logró que fuera un lugar acogedor, pero, a la vez, que inspirara respeto hacia la figura del Apóstol sin que el público se sintiera distanciado de aquello que nosotros pretendíamos exhibir aquí. Aspirábamos, por el contrario, a que la gente se sintiera atraída y cercana a Martí.

Después del triunfo de la Revolución se había terminado la tribuna y, como ya habíamos dicho, se empieza a utilizar la Plaza como el lugar de reunión del pueblo. Se puede afirmar que el lugar está vinculado a los hechos más importantes de la historia nuestra en todos estos años, aquellos que han marcado hitos en el desarrollo de nuestro proceso revolucionario: el recibimiento los alfabetizadores; la velada del Che; la asamblea del pueblo después del 1^{er} Congreso del Partido; los acontecimientos que siguieron a la voladura del avión de Cuba, en Barbados, cuando más de un millón de personas se reunió en protesta por aquel

hecho criminal; las batallas por el regreso del niño Elián y los desfiles de 1^o de Mayo, entre otros. Por eso, pienso que ha sido muy importante que se haya tenido esta idea de convertir definitivamente este emplazamiento en un sitio de homenaje a Martí.

Entre diciembre de 1993 y enero de 1996 —prácticamente en dos años—, se trabajó intensamente y el Memorial quedó abierto al público el 1^o de febrero. En diciembre de 1993, habíamos tenido las primeras reuniones. Nos propusimos hacer un proyecto que lo abarcara todo, aunque nos encontrábamos en una etapa muy difícil: en pleno Período Especial, y no teníamos recursos; se trató de luchar por conseguirlo, pero nuestro Comandante planteó que no se debía tomar ningún dinero del presupuesto nacional, que no había posibilidades en ese momento para hacerlo. Entonces, con un esfuerzo tremendo y con los propios ingresos que iba teniendo el Consejo de Estado, fue que pudimos empezar. Mantuvimos el criterio de que mientras no estuvieran todos los proyectos, mientras no estuvieran contratados todos los insumos necesarios y hubieran llegado al país lo que vendría del exterior, no se podía comenzar la obra. Queríamos que se pudiera hacer con continuidad, sin interrupciones. Y, realmente, se comenzó en febrero de 1995 y fue entregada el 20 de enero de 1996. Se inauguró el 27 de enero de 1996 por el Comandante en Jefe y yo recuerdo que cuando una periodista le preguntó por el resultado, él la calificó como una obra sin defectos. Eso representó para mí un compromiso muy grande, porque, además, yo nunca había sido directora de un museo.

Nosotros pensamos que el logro fundamental está en que se trabajó con mucho amor a Martí, a la Revolución, al propio Fidel. Porque este lugar tiene una significación muy grande, no solo en homenaje a nuestro Héroe Nacional, sino porque une la vigencia de su pensamiento con nuestra lucha actual antiimperialista y por la defensa de nuestra soberanía.

¿Cómo tu definirías el trabajo que ha realizado el Museo, durante sus siete años de funcionamiento? ¿Puedes referirte a la relación que ha establecido con el público?

Nosotros partimos de la idea de presentar un Martí humano, un Martí que no sea una figura sólo existente en papeles, en ideas y en pensamiento. Queríamos ser capaces de tocar todos los aspectos de su vida: de lo que es la vida de un hombre, extraordinario pero humano al fin, sin endiosarlo. Para que la gente lo sintiera como alguien familiar, actuante y presente. Tratamos de lograrlo, incluso, desde la propuesta que constituye el guión de lo que nosotros exponemos en las salas. Ese texto lo elaboró el compañero Linares; claro, primero discutimos todas los aspectos colectivamente, pero él fue quien preparó el proyecto, además, desde el punto de vista museológico. Ha resultado una obra muy buena, porque potencia lo que tenemos para mostrar, que no es mucho, pero que puede transmitir el mensaje deseado y lograr que la gente se sensibilice con Martí, al tiempo que incentivamos sus deseos de conocerlo más. Creo que lo hemos logrado, y que nuestro personal —los técnicos, los museólogos que no son muchos— está bien preparado, muy calificado. Por otra parte, propiciamos que el visitante se exprese acerca de lo que ve y que se establezca una comunicación para poder ir aclarando y enriqueciendo la información que tienen sobre diferentes aspectos.

Asimismo, hemos tratado de que este lugar se convierta en un centro cultural de nuestra ciudad. No solamente atendemos las visitas, sino que realizamos toda una serie de actividades que contribuyen a promover y divulgar la cultura cubana en general. Contamos, amén de las tres salas permanentes, con una transitoria, donde se presentan exposiciones de pintura, de escultura, de fotografía. Comenzamos con cuatro exposiciones al año y ya organizamos hasta diez. Estamos empeñados, de igual forma, en una labor con la comunidad, tanto con la llamada tercera edad como con niños, adolescentes y jóvenes. En nuestro teatro —con capacidad para 100 personas— se presentan, de manera sistemática, programas para niños y las actuaciones del coro infantil, que auspicia el Memorial. Como se sabe, tienen lugar talleres y eventos científicos, aunque pensamos que todavía podemos dar mucho más cabida a actividades académicas de ese tipo. Seguiremos trabajando ■

Y en honor

Ciencia y homenaje: Donde son más altas las palmas

Si para el doctor Armando Hart Dávalos prologar a los 21 autores santiagueros le aportó, entre otras ganancias culturales, una lectura enriquecedora y grata, para este humilde reseñador se redimensionan estos calificativos, por cuanto entre las palmas más altas de Santiago de Cuba he podido disfrutar cultamente del encuentro ya reiterado, pero no repetitivo, de estos intelectuales a quienes, en disímiles oportunidades, he escuchado su decir tan íntimamente patriótico, en escenarios donde han desvestido a más de un héroe para palpar en ellos lo humano, sus accidentes y lozanías, su tangibilidad; en otras palabras, la certeza y credibilidad respecto al hombre héroe. Estimulante fortuna, pues, presentar estos cultores de nuestra Historia, quienes, en uno u otro momento han sido nuestros maestros; aleccionador placer confirmar que son, junto a nosotros, alumnos de José Martí y Pérez. He aquí el "máximo común denominador" que enlaza sin nudos a estos autores con sus potenciales lectores: la consciente y creciente identidad martiana. De modo que de *Donde son más altas las palmas* emerge, bajo un flujo integral e integrador, esta colectividad de escritores que ondean su estatura herediana y martiana, entre pencas majestuosas, "para el bien de todos".

Tres doctores en ciencias (históricas, pedagógicas, filológicas, a saber), siete licenciados en Educación, cinco en Historia, tres en Filología, una en Historia del Arte y dos investigadores históricos, tributan a un maestro mayor de los postulados de la cubanía y la cubanidad, en otro loable acierto de la Editorial Oriente. En esta entrega se distinguen el desempeño de su editora Guadalupe Hechavarría Rivera y su equipo de realización, así como en el indispensa-

ble y útil coauspicio de la Oficina del Conservador de la Ciudad, el Ateneo Cultural "Antonio Bravo Correo", las filiales de la Sociedad Cultural "José Martí" y de la Unión de Historiadores de Cuba de esta provincia, que, en conjunto, han hecho posible la salida de los 18 trabajos acopiados. Es un título que, por oficio y pasión martiana, desde ya nos resulta imprescindible como fuente nutricia y referativa, aún más, en la coyuntura actual donde urge la riqueza de espíritu para el sostén y la perpetuidad del pensamiento revolucionario cubano.

En las 291 páginas de *Donde son más altas las palmas*, la relación de José Martí con los santiagueros va más allá del neto vínculo afectivo entre humanos, que tanto nos enseñó en su ideario y en la actuación de su práctica cotidiana. Nos ofrecen la aproximación al conocimiento histórico cultural de personalidades santiagueras capaces también de fraguar la independencia y concurrir a la configuración y enriquecimiento de una cultura artística y literaria cubanas, sea desde suelo patrio o desde la emigración. Es la visión mariana la que nos descubre, con toda la limpieza del alma, aristas y matices de la historia que nos procreó y que, por tanto, en ciertos casos no nos debe sonrojar; más bien aleccionar, en tanto nos ofrece nuevas luces, puntos de vista, semblanzas críticas de un contexto prolijo en familias y generaciones fundadoras de una tradición y una escala de valores propios, porque, tal y como apuntara Martí, para llegar al punto deseado habrá que hacerlo "sin una reserva, doblez, ni ocultación. Lo pequeño, a la hora grande, se funde en lo grande".

Con la venia del doctor Guillermo Orozco Sierra, presente en las cuartillas de este volumen, me place emplear una frase como "vidas convergentes", que este autor dedica a las figuras de José María Heredia y José Martí, porque la convergencia se hace sensible en este libro: de pensamiento y acción, de valores humanos, de patriota a patriota, de sabio a sabio, de intelecto a intelecto, converge su colectivo de autores. Tal es la "dimensión posible" para evaluar su lectura.

Así, la historia narrada acerca de otros patriotas santiagueros trasluce y lega valores como amistad, honradez, valentía, intelligen-

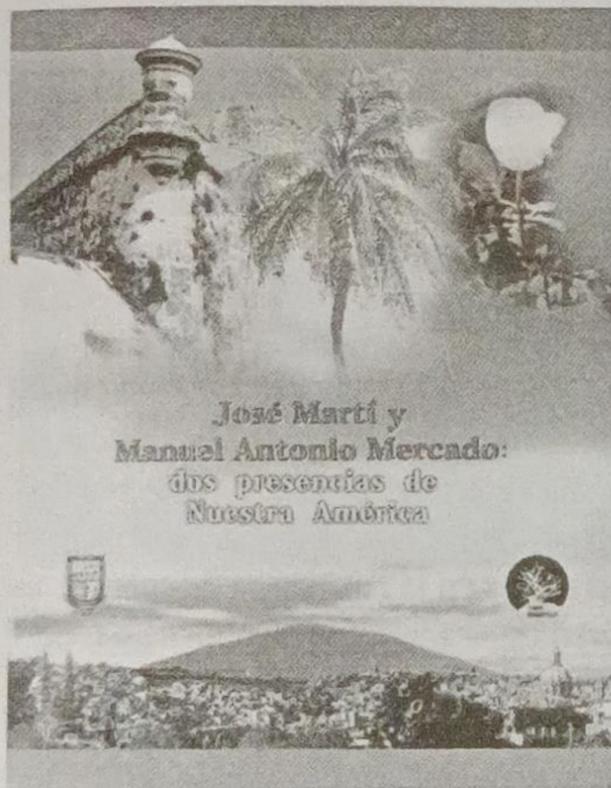
cia, coraje viril, patriotismo, sensibilidad, respeto ético, la necesidad de una cultura; valores nada ociosos ni ajenos en estas primicias del siglo XXI cubano y, especialmente, en una ciudad como la nuestra, "madre de buenos hijos". Porque aquellas grandes familias como Maceo-Grajales-Cabrales, Portuondo Tamayo, Mantilla-Miyares, Baralt-Peoli, entre otras tantas; aquellas figuras de la cultura patriótica como José Joaquín Tejada, Flor Crombet, Argilagos —por sólo citar algunas de las tantas abordadas por los autores del título que ahora nos ocupa—, son paradigmas de la familia y de la intelectualidad santiaguera y, por extensión, cubana. Nuevas historias, desde el epicentro que es José Martí, se incorporan a nuestra Historia, de lo universal a lo específico; nuevas historias poco difundidas o nada conocidas deben, ahora, ser aprehendidas. Valga, pues, este mérito de *Donde son más altas las palmas*, un texto múltiple y único a la vez, que comparte oficio, rigor pormenorización y fundamentación y, especialmente con creces, pasión sin enseñoramientos; en todo caso, pasión por convicción, por amor en traducir a una figura que nunca jamás se esforzó por desear ser Dios.

Aplaudo las páginas de este libro y la factura de proyectos editoriales de esta naturaleza que, sin dudas, deberán ser potenciados. Celebro propuestas como la "Cronología crítica de las relaciones entre José Martí y Antonio Maceo" del doctor Israel Escalona Chádez, de la cual pudiera reiterar nuestro amigo común, Eliades Acosta Matos, "no con lastima ni con el pelo de sus pestañas"; en todo caso confirma la necesidad de saber-nos seres humanos y la existencia de colores y matices, en cuyo arco iris lo fundamental radica no en las divergencias en momentos dados, sino en la convergencia de estar prestos al servicio por la patria. Elogio un trabajo como "La intelectualidad santiaguera tras la huella de Martí", del licenciado Luis Felipe Solís Bedey, porque corrobora los trazos y secuencias de una existencia cierta de esas huellas, y porque manifiesta y demuestra que no tiene cabida la reproducción mimética del ideario martiano, si éste se interpreta cabalmente desde su diversidad y el poder de creatividad de la inteligencia lo aplica en consecuen-

cia. En fin, amigos míos, recomiendo íntegramente las cuartillas reunidas en esta necesaria lectura, en tanto fueron escritas "por grandes hombres" ... que "son vehículos de grandes fuerzas".

Estamos, pues, en presencia de una acción plural, una pluralidad que nos convoca y enrumba hacia un sentido: el sentido martiano. Una pluralidad a favor de nuestra identidad cultural, una pluralidad cobijada por tres atributos del pensamiento martiano: belleza, bondad y verdad. Justo aquí, a partir de estos tres puntos cardinales y luego de tan reconfortante lectura, estoy seguro que tampoco vacilaremos en donar a la causa cubana los botones de nuestras chaquetas, a falta de prendas y dineros, tal como lo hicieron una noche de 1885, en el Tammany Hall de Nueva York, tres celebridades de la cultura cubana Antonio Maceo, Máximo Gómez y José Martí.

MANUEL GÓMEZ MORALES



El libro de Manuel Mercado

"El libro de Manuel" o "de Manuel Mercado" fue el título que más se impuso a mi gusto cuando José Antonio Martínez, tesonero y minucioso historiador de La Piedad, me consultó sobre el proyecto de libro que prepa-

raba con toda la información acumulada hasta entonces acerca de Manuel Antonio Mercado, prominente figura de la vida política mexicana durante unos seis lustros a partir de mediados de la década de 1870 y principal amigo y hasta protector de José Martí durante los últimos veinte años de la vida de éste.

Aquel título, de notable reminiscencia literaria, me parecía ágil, fácil de memorizar y, sobre todo, justiciero con la memoria debida a su protagonista. "El libro de Manuel", "El libro de Manuel Mercado". Entre tantos estudios que si tratan de Manuel Mercado es porque éste ha devenido paso ineludible en el acercamiento a casi cualquier otra dimensión bio-bibliográfica de José Martí, yo aspiraba, con ese título, a que se pusiera todo el conjunto resultante en función del mexicano. Por primera vez, por una vez. El libro, además, correspondiente al contertulio muy apreciado por Manuel Gutiérrez Nájera, por Amado Nervo y por Juan de Dios Peza, entre otros amigos escritores, y quien, sin embargo, nunca se animó a producir un libro propio.

Visto ahora el fruto¹ del estimable esfuerzo de José Antonio Martínez, entiendo mejor que él prefiriera un título que registrara los nombres de ambas figuras: *José Martí y Manuel Antonio Mercado: dos presencias de nuestra América*; tal vez más convencional, pero también más fiel al tipo de relación que existió en vida —y ha existido después— entre estos fraternales amigos. Ciertamente, si Manuel Antonio Mercado (La Piedad, Michoacán, 30 de enero de 1838; México, DF, junio de 1909) está presente en cada paso significativo de José Martí a partir de 1875, no sólo en México, a Manuel Antonio Mercado no puede accederse del todo sin consultar a Martí. Manuel Antonio Mercado ha estado presente en todo estudio sobre José Martí posterior a la muerte física de ambos. De ahí que, como sucede en este libro, la indagación sobre uno de ellos lleva, como por gravitación natural, al otro.

¹ José Antonio Martínez (ed.): *José Martí y Manuel Antonio Mercado: dos presencias de Nuestra América*, Michoacán, México, Ayuntamiento de La Piedad, 2003.

Para que se tenga una idea inmediata de esa indisociabilidad entre estos dos símbolos de una amistad que excede cualquier explicación convencionalmente política, bastará recordar: 1) que fue obra del mexicano la rápida inserción del cubano en la *Revista Universal* y en el círculo de los más prestigiosos intelectuales de ese momento, en la capital de México; 2) que el mexicano fue testigo y padrino de bodas del cubano, quien había conocido a su futura esposa gracias a aquél; 3) que el mexicano fungió como corrector y editor *de facto* del folleto *Guatemala*; 4) que las colaboraciones enviadas por Martí a *El Partido Liberal* —periódico en el que escribe a partir de 1886 debido al benéfico influjo de Mercado— pasan por las manos de éste, quien, incluso, tiene la última palabra, por su mejor ubicación respecto del panorama político interno, sobre lo que se publica y lo que no.

Por si todo ello no fuera suficiente, sucede que Mercado, además, es el encargado de colocar en el circuito de librerías mexicanas las novelas traducidas del inglés por Martí, así como la revista *La Edad de Oro* (1889). Subsecretario de gobernación durante buena parte del Porfiriato, Mercado mediará para propiciar la entrevista deseada por el ya entonces delegado del Partido Revolucionario Cubano con el presidente de México, realizada finalmente el 31 de agosto de 1894. He ahí algunos indicios inequívocos de una relación de amistad tan indisoluble como sólida.

En conocimiento de ello, extraña menos que ya en 1877 el cubano hubiera concluido que para que un poemario suyo pudiera ser "reflejo de su vida" tendría que dar cuenta de su amistad con este mexicano; o que catorce años después, en 1891, haya dedicado todo un poemario a ese amigo, además de congratularse por su amistad con él en por lo menos un poema de ese mismo cuaderno.

Lector privilegiado de *Versos libres*, poemario en marcha nunca conclusa, Mercado adquirió un especial relieve, como puede seguirse por las huellas conservadas del intercambio epistolar entre él y Martí, "en la suerte final de ese proyecto y, de manera menos directa, en la reorientación

yo me honra a la de Martí

de la praxis poética martiana hacia el tipo de poesía representado por los *Versos sencillos*.¹ O sea, el influjo de la sombra de Manuel Antonio Mercado alcanzó incluso las zonas más íntimas y/o de trato más delicado en la constitución de la obra e imagen de José Martí.

Comprensible, a esta luz, es que lo que Vitier ha llamado "el reverso íntimo del antiimperialismo" martiano se concentre en sus cartas a Mercado de la década de 1880, verdaderos vasos comunicantes de sus *Versos libres* de esas mismas fechas. O, también, que "al amigo más íntimo le haga la confesión política más profunda, la revelación del sentido último de su obra" en 1895; así como la de su honda decepción ante la manera en que, alrededor de 1884, concebían el camino hacia la independencia de Cuba los generales que habían emergido con mayor prestigio de la Guerra de los Diez Años.

Mucha razón asiste, entonces, a quienes han sostenido que "sería incompleto hablar de Martí, sin hablar de Mercado, y viceversa". Idea que resume y fundamenta la decisión de poner juntos, ya desde el título, a Mercado y a Martí, en este libro en que se compilan los más notables estudios dedicados a Mercado, además de algunas cartas de Martí a éste, algunos artículos mexicanos en que Martí lo menciona y una selección de los poemas de *Versos sencillos* más cercanos al protagonista indudable de la amistad celebrada en él.

Muy claro al respecto es el heroico escritor cubano cuando afirma, en carta a su amigo y confidente: "Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese." Particular interés alcanza una declaración como ésta en lo referido a la escritura: ella abona la tesis del peso que tuvo Mercado sobre la suerte final de la poesía martiana, la zona menos accesible para sus contemporáneos en toda la obra de éste. Especie de hermano mayor querido, Mercado, más allá de la escritura, sirve de modelo y aun de fiel de la balanza de su propia actuación al amigo quince años menor que él. En esa medida se entiende que Martí aproxime el ejemplo de ese amigo, "el hombre más tierno y puro

que jamás conocí", al de Cristo, modelo final para él de humanidad/sufrimiento plenamente ejercido.

A este respecto no creo desencaminado suponer que el ejemplo de Manuel Antonio Mercado Paz, con su personal actuación política, haya servido de puente al propio Martí en la reorientación de su opinión sobre Porfirio Díaz, llamado por él, en 1894, "pensador americano que hoy preside a México", muy lejos ya del usurpador contra quien protestara indignado en 1876.

En nada, por lo que puede intuirse, demerita a Manuel Antonio Mercado la observación de que "uno de los rasgos de mayor relieve" en su vida, más allá de los puestos públicos de elección popular o de designación presidencial que él desempeñara, y casi tanto como su honorable participación en la guerra contra la intervención francesa, haya sido el haber merecido y conservado la amistad más profunda con José Martí, el exiliado talentoso y pobre, el líder incipiente e ideólogo de un independentismo no bien entendido por algunos de los líderes militares, el esposo dichoso y el padre de familia frustrado, el hombre extraordinario y la semilla del mito.

Sepultado en la memoria histórico-política del México posrevolucionario, Manuel Antonio Mercado Paz, según observa José Antonio Martínez, comenzaría a resucitar casi medio siglo después, gracias, precisamente, a la intensa relación de amistad sostenida con quien, ya para entonces, estaba consagrado en el imaginario popular cubano como "el Apóstol", y empezaba a serlo como el "Héroe Nacional" por parte del nuevo gobierno revolucionario.

Ese silenciamiento de Mercado en México, que tanto contraría al responsable de este libro, así como a su coautor, el doctor Alfonso Herrera Franyutti, se debió tal vez a "su compromiso y su lealtad" con el entonces satanizado régimen porfirista. En cambio, para Cuba, después de 1959, desconocedora quizá de esos altibajos del funcionario mexicano en la siempre sesgada bolsa de valores políticos, contó más el crédito inmenso que le aportaba su amistad, tanto tiempo cultivada, con el cubano más

sobresemantizado, mítico y emblemático en toda la historia de Cuba.

Razón adicional para sostener la decisión de José Antonio Martínez en cuanto al título de este libro misceláneo en el que ha reunido textos de entre 1877 y 2002 —sólo uno o dos elaborados expresamente con esa destinación—, y en el que, junto a unos pocos textos de las figuras estudiadas, aparecen numerosos trabajos de quienes se han interesado en ese lapso en la obra de ellos dos. Artículos, comunicaciones, prólogos, poemas, cartas... e incluso otros libros, aunque sean fragmentarios, como *Versos sencillos, Martí en México*, de J. J. Núñez y Domínguez (1933); *Martí en México*, de Herrera Franyutti (2001); el estudio *Manuel Antonio Mercado. Una vida solidaria* (2003), del historiador José Antonio Martínez; o el del pionero e inédito estudio sobre Manuel Antonio Mercado realizado por la investigadora cubana Caridad Proenza.

Entre los contribuyentes de este libro, están los más señalados estudiosos de Mercado y unos cuantos de los más reconocidos especialistas en la obra de Martí. Mexicanos unos, cubanos otros. El volumen ofrece un amplio muestrario del estado de la cuestión en torno al licenciado Manuel Antonio Mercado Paz, aun cuando su ordenamiento interno no favorezca la percepción de ése que es, tal vez, el principal mérito suyo. Las repeticiones —inevitables, en parte, debido a la diversidad de públicos lectores a los que estuvieron destinados todos esos textos durante más de un siglo y en la resonancia de culturas diferentes— adelantan la convivencia, muy distintiva del caudal bibliográfico generado por figuras que han sido usadas, también, como modelos de trabajos en los que ha contado más la investigación y trabajos eminentemente divulgativos, en oportunidades debidos a un mismo autor.

En consonancia con este rasgo, he minimizado aquí el censo de ensayistas en favor de un relieve mayor para los aportes alcanzados. Una pregunta *cuasi* perdida en el entramado del volumen, y hecha a otro propósito, parece comentar ese detalle:

“¿Así que se quiere escribir lo que ya estaba escrito?” En fin, otro refuerzo a la idea de Valéry —tan del gusto de Borges: una historia de las ideas, más que de sus generadores. En sus repeticiones, en sus variaciones y en sus aportes, *José Martí y Manuel Antonio Mercado* delimita un resumen, a la vez que un punto de giro en el estudio de estas figuras, por separado y en sus estimulaciones recíprocas.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA



Significativo y útil libro

Quiero hablar no de un libro nuevo, sino impreso hace ya cuatro años. Pero me parece importante dar nota de su existencia, puesto que, al parecer, nadie lo ha hecho hasta ahora y, también, por su importancia y utilidad para quienes se mueven en el ámbito de los estudios martianos.

Sus autores, Omar López Rodríguez y Aida Morales Tejeda, aclaran desde la intro-

ducción los propósitos de su trabajo. Más allá de una visión cronológica, aunque sin excluirla, la obra pretende “mostrar un panorama de la actuación de varias generaciones en lo concerniente al comportamiento del pensamiento y el sentir hacia la figura de Martí” a través de las “acciones encaminadas a perpetuar las últimas huellas de su existencia”.

Él, conservador de la ciudad de Santiago de Cuba, y ella, jefa de las investigaciones de la Oficina del Conservador de esa ciudad: son los autores, por consiguiente, personas calificadas para la tarea que nos entregan. Minuciosamente, ambos describen los detalles acerca de los sitios históricos seguidos por la ruta funeraria de José Martí: desde Dos Ríos, donde cayera revólver en mano, hasta su último entierro en el actual mausoleo del cementerio santiaguero de Santa Ifigenia.

Así, desfilan en el libro *Dos Ríos*; el jobo de Demajagua, a cuya sombra descansara el cuerpo sin vida durante un alto de la columna española; el cementerio del poblado de Remanganaguas, donde fuera enterrado por vez primera el cadáver del Maestro; la plaza de Palma Soriano, donde el cuerpo fue expuesto; el sitio de Paraná, muy cerca del antiguo ingenio Hatillo, donde se guarneció la columna española en marcha hacia la capital oriental, al oírse unos disparos; el cuartel y la estación del ferrocarril de San Luis, por donde pasó el féretro; y, desde luego, las varias tumbas santiagueras en que fueron depositados los valiosos restos.

Considerados todos esos lugares sitios de valor patrimonial, el libro nos aporta una cuidadosa, ordenada y muy completa información acerca del paso del cadáver por cada uno de ellos, así como sobre las acciones emprendidas para su conservación y perpetuación para la memoria histórica nacional.

Con modestia, quizás excesiva, los autores plantean sus limitaciones expresivas en el manejo de la pluma. Pero su estilo directo y su lenguaje ameno cumplen cabalmente la fundamental intención informativa de su trabajo, y ello es más que suficiente para el lector interesado en el tema.

Más significativa pudiera ser la otra limitación señalada por los autores, en cuan-

to a la imposibilidad en que se hallaron para incursionar en algunas fuentes conocidas, pero distantes de su radio de acción. Obviamente fue la región oriental, en particular la actual provincia de Santiago de Cuba, el área geográfica explorada por los investigadores. Aunque la revisión de las notas permite apreciar la ausencia de referencias al Archivo Nacional de Cuba y a los archivos españoles —fuentes seguramente aportadoras—, la obra, sin embargo, revela una impresionante cantidad de datos, desconocidos en buena medida, junto a explicaciones detalladas que le permiten cumplir plenamente su cometido.

Los autores, asimismo, han tenido el acierto de no escatimar el justo reconocimiento a todas aquellas personas que desde aquel fatídico 19 de mayo de 1895 se dedicaron a recoger evidencias, a señalar los lugares y a erigir los debidos monumentos para hacer patente la última ruta martiana en la memoria de la posteridad. Así, son recordados desde Rosalío Pacheco, aquel humilde campesino residente en Dos Ríos que servía allí como prefecto de la República en Armas —quien, inmediatamente después del encuentro armado recogió un poco de la tierra empapada con la sangre aún fresca de Martí—, hasta el incansable José Rafael Estrada, quien, desde Palma Soriano, logró, con tenacidad patriótica infinita, vencer todos los obstáculos para levantar el monumento de Dos Ríos.

Libros y periódicos, documentos de los archivos orientales y testimonios diversos han sido inteligentemente manejados por los autores para preparar este libro, que, lógicamente, dedica su mayor espacio a las tumbas martianas en Santiago de Cuba, pero que no olvida ningún sitio del recorrido funerario.

Un grupo de doce documentos constituyen el valioso “Anexo” de la obra, la cual se completa con un buen laminario de lugares, sucesos y personalidades, más la amplísima bibliografía consultada.

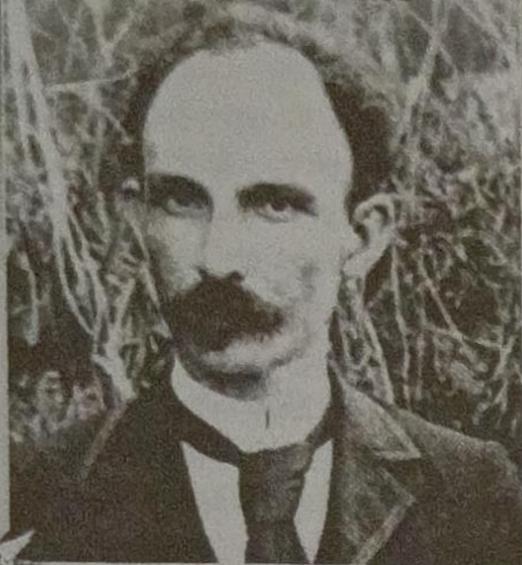
Con *Piedras imperecederas*, Omar López Rodríguez y Aida Morales Tejeda enriquecen, pues, la memoria histórica martiana fijada físicamente en los lugares que estudian. La bibliografía pasiva martiana está

Omar López Rodríguez

obligada, por consiguiente, a tomar nota de este significativo y útil libro, quizás aún no todo lo conocido que debiera.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

**El amor
como energía
revolucionaria
en José Martí**
FINA GARCÍA MARRUZ



**El amor
como energía
revolucionaria**

Publicado por el Centro de Estudios Martianos en el 2003, ha aparecido un libro escrito en la compleja década de los años setenta. Su autora es la mejor ensayista cubana viva: la también poeta Fina García Marruz, quien acaba de cumplir sus ochenta años, en plena lucidez.

Este libro —*El amor como energía revolucionaria en José Martí*—, fue escrito en momentos difíciles, cuando una oleada de extremismo parecía imponerse en el hábitat cultural del país. Con buena fe, pero con ignorancia, se intentó entonces dibujar un perfil de Martí

ajeno a toda espiritualidad y a todo pensamiento idealista.

Religiosidad, ni hablar. Casi se le había convertido al Maestro en un marxista, aunque, ciertamente, sí conoció y se expresó en torno a Carlos Marx, al morir el Prometeo de Tréveris. Ambos publicaron sus trabajos periodísticos en el periódico norteamericano *The Sun*, de Charles Dana.

Se forzaba la mano y la escritura. Por eso, y como legítima defensa de su ideario cubano, de su fervoroso amor a Cuba y al Apóstol —epíteto que por aquellos años se repudió—, la García Marruz escribió esta hermosa y apasionada obra, polémica en sus esencias, pero igualmente sincera como los versos martianos.

El amor, desde la semilla de la fe cristiana de Fina García Marruz —como de su compañero en la vida y en la obra, el maestro Cintio Vitier— transita por esas páginas; un amor que se nutre de la patria, de su independencia, soberanía, libertad y revolución sin renegar de Dios.

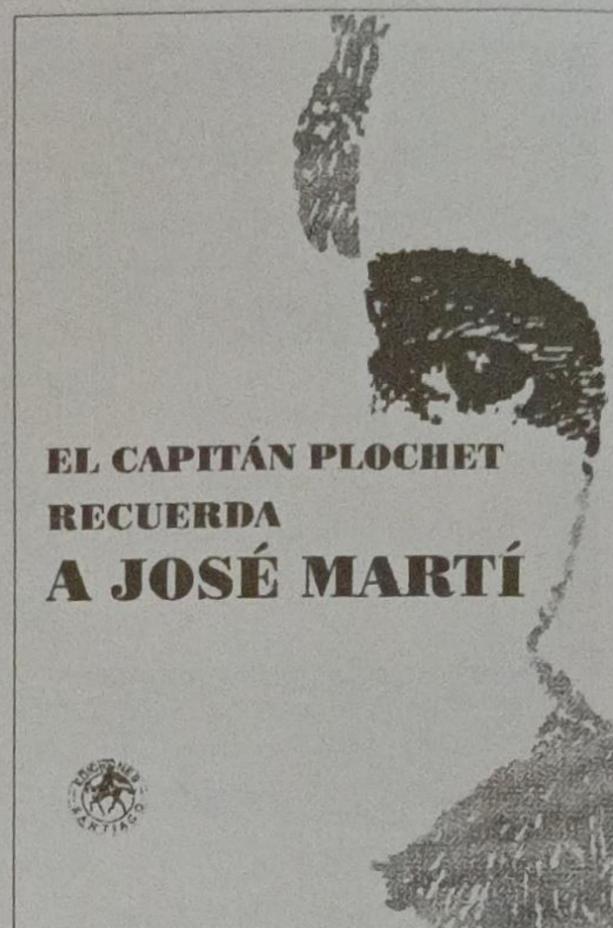
Con esa fuerza en la simiente, y una de las más deslumbrantes prosas, Fina desmonta toda la parafernalia de un extremismo que no contaba de asidero ideológico; porque la ensayista católica, se apoya para sus valoraciones, incluso, en las reflexiones más legítimas del pensamiento marxista cubano, como las de Julio Antonio Mella, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez.

Libro que ensancha el horizonte, que no elude el intercambio de ideas y de perspectivas, que abre el sendero del diálogo a un debate esencialmente cultural es, también, la obra de una mujer creyente y digna, amorosa desde su energía personal y su escritura de la patria que nos legó aquel Apóstol de nuestras libertades, quien cayó en Dos Ríos para revivir en la generación del Centenario, y en voces como la del joven poeta y maestro Raúl Gómez García.

Sólo la madurez de un proceso cultural y de una sociedad permite que textos

semejantes a los de Fina García Marruz alcancen la luz, necesaria en sus principios axiológicos, para dar pluralidad a los estudios martianos asentados sobre la eticidad de quien organizó la guerra necesaria y fundó el Partido Revolucionario Cubano, de nuestro mayor escritor y poeta, del hombre que hizo del amor, con todos y para todos, la energía de la libertad y la justicia social.

MERCEDES SANTOS MORAY



**La ofrenda
del capitán Plochet**

Alberto Plochet fue uno de esos buenos hijos de la infatigable ciudad de Santiago de Cuba, que se relacionó intensamente con José Martí en el contexto del bregar redentor desarrollado por la emigración patriótica, y que, después, como bien señala el colega Carcassés, se dedicó "[...] con mucha pasión, a darnos a conocer el verdadero Martí desde los primeros días de la vida re-

publicana, cuando nos hacía tanta falta incorporarlo, vivo y creador a las nuevas jornadas de lucha”.

La mayor parte de los escritos publicados por Plochet son desconocidos para el amplio público. Sólo algunos fueron compilados en el volumen *Ajuste histórico*, por parte de José González Valdés, y, también, salieron a la luz gracias a otras selecciones múltiples realizadas por Gonzalo de Quesada.

Por fortuna, un descendiente de Alberto Plochet, el entrañable amigo David Plochet, realizó un enjundioso trabajo de búsqueda en la prensa republicana hasta acopiar un nutrido grupo de textos periodísticos de su abuelo mambí.

A partir de ese libro, recientemente se ha publicado *El capitán Plochet recuerda a José Martí*, una selección de sus artículos referidos al Maestro. La decisión del sello editorial Santiago ha sido la más acertada. La aparición de este volumen es un excelente homenaje de los santiagueros a Martí, en el año del sesquicentenario de su nacimiento.

Mucho valor posee esta compilación en la que convergen el relato, el testimo-

nio y la valoración personal. La lectura propiciará un entendimiento mayor de la grandeza del héroe de Dos Ríos. De la pluma de Plochet brota inmensa admiración hacia el Apóstol, pero eso no lo lleva a desdibujar su personalidad con excesivos epítetos y ponderaciones. Quizás sin proponérselo, el autor logró esbozar rasgos esenciales de la personalidad martiana; entre otros: la constancia revolucionaria, la defensa de los principios, la aspiración de un futuro digno para sus compatriotas y su amor y dedicación hacia los niños.

Es muy simbólico que el José Martí que estrechó sus vínculos con los obreros emigrados, en quienes encontró un firme sostén para la causa patriótica, sea recordado en estas páginas por uno de aquellos obreros combatientes; y que sea un trabajador de hoy, el que haya recuperado y compilado esos escritos.

Por lo demás, debe resaltarse el esmerado trabajo de edición de Lina González Madlum y la acertada inclusión en el volumen de un breve esbozo biográfico del capitán Alberto Plochet.

En el artículo “Mi ofrenda” con el que termina la selección —y que fue-

ra publicado en el *Diario de Cuba* el 19 de mayo de 1933—, el capitán Plochet describe una anécdota capaz de representar la propia intención última del libro que hoy tenemos en nuestras manos: “En Cuba, en la manigua, llegó un día en el que Máximo Gómez ordenó de que cada mambí recogiera una piedra del río Cauto para levantar en el fatídico Callejón de Dos Ríos un obelisco rústico a Martí, allí mismo donde cayera. Yo, que siempre fui el peor de los jinetes del Ejército Libertador, me caí del caballo que montaba, debido al gran peso de la piedra que recogí, y así y todo me parecía chiquita e insignificante; de haber sido posible hubiera elevado aquel mausoleo mambí con una montaña, con el pico Turquino”.

Puede descansar tranquilo el Capitán Plochet, que con sus artículos sobre el Maestro, ahora compilados por su nieto David Plochet, ha levantado un monumento mayor en recordación y tributo del más universal de los cubanos.

ISRAEL ESCALONA CHÁDEZ

PERFILES

Armando Hart Dávalos

PERFILES DE LA HISTORIA*

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

La presente edición de *Perfiles* toma como punto de partida el libro anterior, editado con igual título en 1984, entonces con trabajos sobre 13 figuras de la historia de Cuba, que, con fines docentes culturales y políticos, fue preparando el autor en diferentes momentos. A comienzos del 2002 fuimos reuniendo, Eloísa Carreras y yo, en calidad de compiladores, otros materiales que, con iguales fines, continuó produciendo el compañero Hart. Sumaron ahora un total de 36 personalidades, quienes pensaron, actuaron y vivieron a lo largo de los siglos XIX y XX. La labor bibliográfica realizada por Eloísa sobre la obra del autor durante la década del noventa resultó, desde luego, clave para el éxito del trabajo.

* Palabras de presentación, leídas en ocasión de su lanzamiento el 14 de junio del 2003.

Los que están familiarizados con el pensamiento de Hart saben que él gusta de citar la frase del Apóstol referida a los hilos invisibles que unen a los hombres en la historia, y este libro viene a confirmar con creces ese aserto. Cada una de estos textos se integra a una sucesión generacional, que arranca desde los tiempos forjadores de la nación cubana hasta nuestros días. Todos ellos, en su conjunto, nos brindan un fresco coherente de dos siglos de historia de Cuba. Los compiladores, en coordinación estrecha con el autor —sin faltar inevitables forcejeos— contamos siempre con su confianza y su comprensión para lograr que este compendio, al tiempo que mantuviese su profundidad y carácter analítico, cumpliera de igual modo con la importante función pedagógica a la que estaría destinado. De ahí la existencia de notas biográficas encargadas de acompañar los abordajes de muchas de estas figuras.

Hay un aspecto que me parece esencial señalar: la voluntad del autor, como cuestión de principio, de tratar todos los temas referidos a cualquiera de estos hombres, aun cuando pudieran parecer escabrosos, teniendo como única brújula, como él mismo ha señalado, el respeto y el amor hacia esos hitos sagrados de nuestra historia.

No se trata de contraponer Céspedes a Agramonte, o viceversa, sino de destacar la grandeza de ambos, que incluye, desde luego, sus pasiones: sus condicionantes como seres humanos. Y esto es válido para analizar, por ejemplo, a Vicente García o las contradicciones que pudieron surgir en un momento determinado entre Martí, Gómez y Maceo. Para Hart lo primordial son sus coincidencias en aspectos esenciales como lo referente a sus ideas en pos del logro de la independencia tanto de España como de los Estados Unidos o a la igualdad de todos los cubanos sin distinción de raza.

Así, se parte del presupuesto de que el conocimiento de la Historia, especialmente en el caso de los jóvenes, no ha de ser materia para iniciados sino fundamento del presente, incluyendo los aciertos y errores del pasado.

En el tratamiento de muchas de estas figuras encontramos una fuerte huella

vivencial, lo que acrecienta el valor del libro por provenir de un actor de primera línea en muchos de los acontecimientos históricos referidos. Así ocurre en aquellos memorables momentos dedicados a Frank País, Celia Sánchez, Níco López, Faustino Pérez o su propio hermano Enrique Hart, entre otros. En este sentido, el doctor Eduardo Torres-Cuevas se ha encargado de señalar que el mérito especial de *Perfiles* reside en presentar el testimonio excepcional de una época a través del pensamiento de quien “es espejo y reflejo del modo de pensar y sentir de la generación que realizó y sostuvo la Revolución”.

Desde luego, están aún ausentes otras figuras de mucha importancia. Quizá la más notable falta sea la de Julio Antonio Mella, pero, como el propio autor señala, el compromiso de continuar esta obra está en pie y, seguramente, otros también podrán sumar en el futuro su colaboración a semejante útil y apasionante tarea.

Dejo constancia de mi regocijo por haber participado de este interesantísimo trabajo —sin que me sea posible olvidar, desde luego, cierta insatisfacción por las erratas que se deslizaron por aquí y por allá—, junto al inmenso honor de poder contribuir modestamente a que estos *Perfiles* hayan finalmente visto la luz.



“UTILIDAD DE LA VIRTUD” ENTREGADA AL SEÑOR FRANCISCO LACAYO

El pasado 22 de julio tuvo lugar la ceremonia de entrega del máximo reconocimiento que concede la Sociedad Cultural “José Martí”, “La utilidad de la virtud” al señor Francisco Lacayo Parajón, director de la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe y representante de la UNESCO en Cuba, por su sostenida y

Armando Hart

probada ejecutoria a favor de la educación y cultura en nuestra América y su consecuente actitud de respeto, amistad y solidaridad hacia nuestro pueblo. Al dar lectura al texto, que sirvió de base para la adopción del acuerdo por parte de la Junta Nacional de la sociedad, el compañero Renio Díaz se refirió a la rica trayectoria a favor de la educación y la cultura del señor Lacayo, destacando sus comienzos como profesor de secundaria y director de escuela, amén de otras responsabilidades posteriores como profesor y directivo universitario, miembro fundador de la Asociación Nicaragüense de Científicos Sociales, coordinador adjunto de la campaña de alfabetización en su país, viceministro de Educación de Adultos y de Cultura, respectivamente, embajador en Colombia y Honduras y miembro activo del equipo negociadores para los procesos de paz de Contadora y Esquipulas. Asimismo, subrayó su labor como miembro fundador del Instituto Nicaragüense de Investigación Popular, iniciador, diseñador y coordinador del primer programa Cultura de Paz de la UNESCO en varios países, director de oficinas regionales de la organización y destacado autor de varias obras sobre cultura de paz y educación de adultos y cultura, así como de artículos sobre temas pedagógicos, psicosociales, sociológicos, culturales y científicos.

Al hacer entrega del diploma acreditativo, el compañero Armando Hart, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" pronunció palabras en las que resaltó que "él representa un crisol de ideas y acciones que constituyen los rasgos definitorios de la cultura latinoamericana. Su constante batallar a favor de las mejores ideas de su patria y de nuestra América, avala plenamente la decisión adoptada de otorgarle la más alta distinción de nuestra institución".

Hart destacó, asimismo, que Francisco Lacayo ha sido en toda su vida fiel y consecuente con los principios que tanto necesita hoy la humanidad "para salvar al mundo de una catástrofe de proporciones incalculables, y es que nuestro homenajado no ha sido sólo, como se ve en los datos expuestos aquí, un estudioso de la cultura y de las disciplinas humanistas; ha sido también un

hombre 'comido del ansia de hacer el bien' —para utilizar una expresión del Apóstol— y ha representado y representa la cultura volcada hacia la acción, comprometida con el ideal de justicia, con alcance universal que el Maestro encarnó en grado supremo". Más adelante, Hart se refirió al hecho de que "sus numerosas e importantes responsabilidades lejos de ser un obstáculo o una dificultad para iluminar su pensamiento, ha significado un acicate para alcanzar escalas superiores en el terreno intelectual; lejos de debilitar su aporte académico y cultural, lo han fortalecido. Prueba inequívoca de que la utilidad de la virtud que él mantiene viva en su mente y en su actuar alcanza planos superiores sobre el fundamento de la inmensa cultura recibida. Nuestro ilustre amigo constituye un ejemplo que los programas martianos desean destacar en Cuba y en América como confirmación de que ni el academicismo ajeno a la realidad ni la política mediocre pueden conducir a las más altas virtudes ciudadanas".

"Lacayo ha sido y es —señaló Hart— modelo de funcionario público, de intelectual latinoamericano que debemos exaltar. Brillante expositor y, también, poeta —algunos de sus versos me han conmovido—, ha unido su sensibilidad en el arte con su vocación de investigador científico. Es la cultura que necesitamos para América y para el mundo. Pienso que esto le ha permitido adquirir una justa e íntima felicidad sólo alcanzable cuando se tiene coherencia en la vida".

Al agradecer el reconocimiento otorgado, Lacayo expresó que las palabras del doctor Hart le provocaron una emoción profunda: "Me vino, entonces, a la mente, como una brisa fresca, el prólogo a *Ismaelillo*. 'Hijo: Espantado de todo me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti'."

"Pensé, entonces, que este reconocimiento generoso de la Sociedad Cultural "José Martí", irrumpiendo inesperadamente en mi vida, me exigía, en primer lugar, re-conocerme, volver la mirada hacia el camino andado hasta hoy y preguntarme por qué, sin ser yo un dechado de virtud, tan

pródiga y útil había sido conmigo y seguía siendo la virtud de las personas en mi vida. 'El primer trabajo del hombre es reconquistarse', afirma el Apóstol y añade: 'Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye'.

"Nací en Nicaragua pero soy nicaragüense, latinoamericano y caribeño por una opción vital y ética, renovada cada día de mi vida. Todas las mañanas opto por esta honrosa y exigente pertenencia y reemprendo la tarea cotidiana de construir, en mí, el perfil de ciudadano de "Nuestra América", y hago mía su consigna histórica: 'No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres'.

"Martí se me hizo presente desde mi, ya lejana, escuela primaria. Llegó acompañado de Darío, quien me lo presentó como su maestro: 'El Maestro deseaba verme cuanto antes [nos dice Darío] El maestro era José Martí [...] Yo admiraba altamente el vigor general de aquel escritor único a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos [...] Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta [...]'

"Asociados al olor de mis cuadernos escolares surgen los textos de los *Versos sencillos* y luego, como una marca indeleble, que me acompaña cada día, su concepción de 'Nuestra América', verdadero pasaporte de la dignidad y puente hacia la ciudadanía universal.

"He buscado al maestro en todas las etapas de mi peregrina existencia y él siempre me ha acompañado, entregándose con paterna mesura, sorbo a sorbo, su pensamiento, sus sentimientos y más aún, su 'fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud', su convicción de que un mundo mejor es posible.

"En los últimos años, mi amistad con Martí viene alcanzando sabor de madurez y con él comparto nuevas caminatas por los valles y llanuras de su pensamiento, y el Maestro se atreve ya a confiarme algu-

Armando Hart

nos cuencos íntimos de su humanismo, y todo esto, a ratos salteados, mientras saboreo una taza de concentrado café o me aferro esperanzado a una débil línea de pesca, en cualquier pedazo de playa cubana en donde me empecino por creer que los peces aún existen.”

Después de exponer los objetivos esenciales de la UNESCO el señor Lacayo concluyó sus palabras haciendo hincapié en cuán útil es para él la virtud de la amistad generosa y siempre inmerecida que se le expresa a través del reconocimiento entregado: “Una vez más, en mi vida, Martí, es decir, la virtud, se afirma inmensamente útil —afirmó—. Con palabras de Martí les digo ‘No es mi mérito sino el suyo lo que me hizo ganar su amistad’. Permítanme, una vez más, tomar aliento en las palabras del maestro y despedirme con ellas: ‘[...] ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mi mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes [...] sino que todas las gracias de mi alma les daré [...] a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado [...] por este pueblo de virtud [...] por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón’.”

R.P.B.



VOCES DE LA REPÚBLICA

VÍCTOR PÉREZ-GALDÓS ORTIZ

Como parte de la labor que realiza la Filial de la Sociedad Cultural “José Martí” en la provincia de Sancti Spiritus, fue editado el libro *Voces de la República: una visión con-*



temporánea, que contiene ocho trabajos de destacados investigadores cubanos en torno a distintos aspectos relacionados con el período comprendido entre 1902 y 1958 en la historia de la nación cubana. Este libro fue elaborado por la editorial Luminaria, de Sancti Spiritus, y su presentación tuvo lugar en el Museo Fragua Martiana en Ciudad de La Habana, el 10 de septiembre. Su publicación constituye el fruto del importante coloquio “Voces de la República”, que desde mayo de 1999 se celebra en forma anual en esa provincia y que ha ido adquiriendo una proyección nacional. En él participaron investigadores y profesores, que han hecho estudios de esa etapa de la historia cubana.

Teniendo en cuenta la importancia de los temas presentados en esos trascendentes encuentros, la junta provincial de la Sociedad Cultural “José Martí” decidió publicar todos los años una selección de los trabajos de mayor relevancia. Este propósito se materializó con la presentación de la primera de esas compilaciones, en este caso con ocho de los treinta trabajos presentados al cuarto coloquio, efectuado en mayo del 2002.

Los autores de los textos reunidos son Félix Julio Alfonso López, Renio Díaz Triana, Evangelina Ortega Rodríguez, José Cantón Navarro, Carlos Manuel Marchante Castellanos, Gaspar Marrero Pérez-Urría, Cecilio

García Macurán y María Teresa Peña González.

Al explicar la variedad de los temas contenidos en el libro, Juan Eduardo Bernal Echemendía, presidente de la filial de la Sociedad Cultural “José Martí” en la provincia espirituana, señaló que éstos ilustran la diversidad de enfoques que caracterizan la cita anual espirituana: “Reflexiones panorámicas, estudios de personalidades, de procesos religiosos, económicos, políticos, sociales y artísticos, se encuentran en sus páginas como expresión del complejo entramado que identificó a la etapa republicana, en el contexto dinámico de nuestra valiosa historia”, añadió.

En el acto de presentación del volumen, también intervinieron Héctor Hernández Pardo, vicepresidente primero de la Sociedad Cultural “José Martí”; Héctor Cabrera Bernal, director del Centro Provincial del Libro en Sancti Spiritus; y Carlos Manuel Marchante, director del Museo Fragua Martiana y presidente de la filial de la Sociedad Cultural en Ciudad de La Habana.

Esta actividad contó, asimismo, con un momento musical, en el que se presentaron el destacado pianista Nelson Camacho y estudiantes de la escuela de música Manuel Saumell.

En declaraciones para nuestra revista, Héctor Hernández Pardo valoró el trabajo realizado por la Sociedad Cultural “José Martí” en Sancti Spiritus, de manera muy especial en lo referido a la organización y desarrollo de este coloquio: “Se trata de un evento de pensamiento, teórico, de carácter científico y que pretende precisamente analizar, debatir, reflexionar, en torno a esta etapa de la historia de Cuba que es muy importante y que antecede a la Revolución contemporánea. Y este libro es el resultado de esos esfuerzos.” Más adelante añadió: “Pienso que para la Sociedad Cultural es un hecho muy significativo la realización de esos encuentros, que también se realizan en otras provincias, como es el caso de la de Cienfuegos. Esto es un ejemplo de lo que se puede hacer, de lo que puede generar un movimiento social alrededor de la Sociedad Cultural ‘José Martí’. Es un hecho importante que es justo reconocer y estimular.”



POR LA EDUCACIÓN Y CONTRA LA DESERTIFICACIÓN

Entre los días 24 de agosto y 5 de septiembre tuvo lugar, en La Habana, el sexto período de sesiones de la Conferencia de las Partes de la Convención de Lucha contra la Desertificación, de las Naciones Unidas, en el que tomaron parte, además de las numerosas delegaciones gubernamentales de alto nivel, más de un centenar de organizaciones no gubernamentales de todos los continentes. Una delegación de la Sociedad Cultural "José Martí", integrada por Rafael Polanco y Erasmo Lazcano López, participó de esos debates y pudo exponer nuestra contribución a la formación de una conciencia ecológica en Cuba. En el documento de trabajo presentado y que fue distribuido a todas las delegaciones participantes en el evento se consignó lo siguiente:

Educación y desarrollo de la conciencia ambiental

La Sociedad Cultural "José Martí", que tiene entre sus objetivos esenciales la defensa del medio ambiente y la promoción de una conciencia ecológica, especialmente entre los niños, los adolescentes y los jóvenes, está empeñada en dar su modesto aporte a la formación y desarrollo de la nueva cultura que necesitamos. Para ello, llevamos a cabo acciones en el ámbito comunitario y en el terreno de la educación y del pensamiento científico.

Tomando como elemento movilizador el pensamiento de nuestro Héroe Nacional José Martí, promovemos, a través de las filiales en todas las provincias del país, la creación de bosques y jardines martianos, poniendo énfasis en la participación de niños, adolescentes y jóvenes e incorporando, en lo posible, a amplios sectores de la población. En la actualidad tratamos de fomentar estos bosques y jardines tanto al nivel provincial, municipal y local. Este proyecto, de alcance nacional, se apoya, también, en la creación de una conciencia ecológica a través de las instituciones educativas y culturales en general. Asimismo, la Sociedad Cultural "José Martí" auspicia eventos de carácter teórico, dirigidos a profundizar los conocimientos y la comprensión en torno a este tema vital para la supervivencia humana. Este año, los días 20 y 21 de noviembre se celebrará el IV Coloquio "José Martí y la Cultura de la Naturaleza", de carácter nacional, y en él, como en los tres anteriores, contamos con el coauspicio de la Fundación "Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre". Participarán alrededor de cincuenta investigadores, profesores, promotores culturales, artistas y profesionales de diversas disciplinas. En los últimos tres años, se han llevado a cabo seminarios y conferencias sobre el tema, apoyándonos en la vasta referencia encontrada en la obra de José Martí. Mediante la radio y la televisión se realiza una sistemática labor de divulgación en favor de la defensa del medio ambiente. El próximo año tendrá lugar, del 25 al 27 de octubre, el

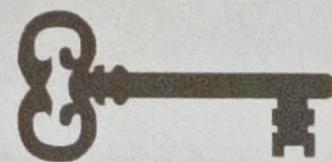
primer Coloquio Internacional "José Martí por una Cultura de la Naturaleza", que aspira a reunir en La Habana a personas de todo el planeta.

En el discurso inaugural de la Conferencia de las Partes de la Convención de Lucha contra la Desertificación, pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro, al referirse a la importancia que cobra este tema para la supervivencia misma del género humano señaló:

Hace apenas treinta años, la humanidad no tenía la menor conciencia de la gran tragedia. Entonces se creía que el único peligro de extinción estaba en la cifra colosal de armas nucleares listas para ser disparadas en cuestión de minutos. Sin que amenazas de esa índole hayan cesado en absoluto, un peligro adicional, aterrador, dantesco, la acecha. No vacilo en utilizar esta frase fuerte, al parecer dramática. El verdadero drama está en la ignorancia sobre tales riesgos en que hemos vivido durante tanto tiempo.

Y más adelante apuntó:

Desde mi punto de vista, no hay tarea más urgente que crear una conciencia universal, llevar el problema a la masa de miles de millones de hombres y mujeres de todas las edades, incluidos los niños, que pueblan el planeta. Las condiciones objetivas y los sufrimientos que padece la inmensa mayoría de ellos, crean las condiciones subjetivas para la tarea de concientización.



EXPOSICIONES

Bajo los auspicios de la Sociedad Cultural "José Martí", tuvieron lugar dos exposiciones en la ciudad de La Habana del pintor santiaguero Roberto Rodríguez Valdés, con sus obras inspiradas en La Edad de Oro como parte de las actividades conmemorativas del 150 aniversario del natalicio del Apóstol. Odalis Belén nos ha hecho llegar sus palabras introductorias del catálogo de la muestra.

La obra de arte no es indiferente para nadie; ha adquirido en nuestros tiempos al-

hora



cances indómitos. Se ha valido de los materiales más inusitados para su elaboración, manejado como soporte los medios más novedosos. Ha sido, por su propia naturaleza, artículo de consumo altamente valorado en el mercado, hasta mecanismo de propaganda ideo-política más efectivo. Para Roberto Rodríguez Valdés es hoy, sencillamente, la consumación de un viejo anhelo.

A esta versión personalísima de *La Edad de Oro* que ofrece el artista, la caracteriza el más delicado ingenio infantil y la sensibilidad y sutileza en la interpretación. Roberto convierte a su aprehensión las imágenes y situaciones de los personajes, respetando cuidadosamente la esencia de los origina-

les de las historias de ese «tesoro gráfico impreso» devenido mensaje cosmopolita. Con ello, solo pretende sugerir —que no imponer—, y aludir a la riqueza expresiva y, por ende, plástica de la narración, siempre moderada, imprimiendo su visión particular.

Su poder de síntesis en cuanto a la selección de aquellos elementos que le son útiles en la composición, la precisión y solidez en el dibujo, así como la obviedad de los contextos, remontan al espectador a los principios básicos de la ilustración; facultades que bien pueden ser atribuidas al oficio al que se ha dedicado con perseverancia. Sin embargo, a pesar de lo dúctil aparente de semejante disposición, es innegable la co-

herente elección de los elementos constructivos esenciales, el regodeo en una apacible atmósfera poética, el hábil empleo de la sobriedad cromática.

En estos dibujos sobre cartulina se advierten verdaderas metáforas de ilusión creativa, sin desdeñar lo elemental de las formas acabadas. Cada uno de los elementos compositivos secundan moderadamente el afable discurso plástico. Al observar los personajes, llama la atención el curioso estado de sus ojos cerrados en diversas situaciones, si no abiertos, en dependencia del mensaje que pretende signar el pintor. La posición de los ojos generalmente expresa alguna disposición física y su equivalente espiritual. El primero de los momentos responde a un concepto de representación espiritualizada, de introspección, ensimismamiento, autocontrol y pureza; en tanto el segundo, remite a la vitalidad, avenencia y astucia.

No cabe duda que Roberto Rodríguez propone una nueva visión, digamos contemporaneizada, de las historias martianas, demostrando la vigencia de los preceptos y valores predicados por quien tanto teorizó y actuó en aras del equilibrio del mundo.

ODALIS BELÉN
Especialista Taller Cultural

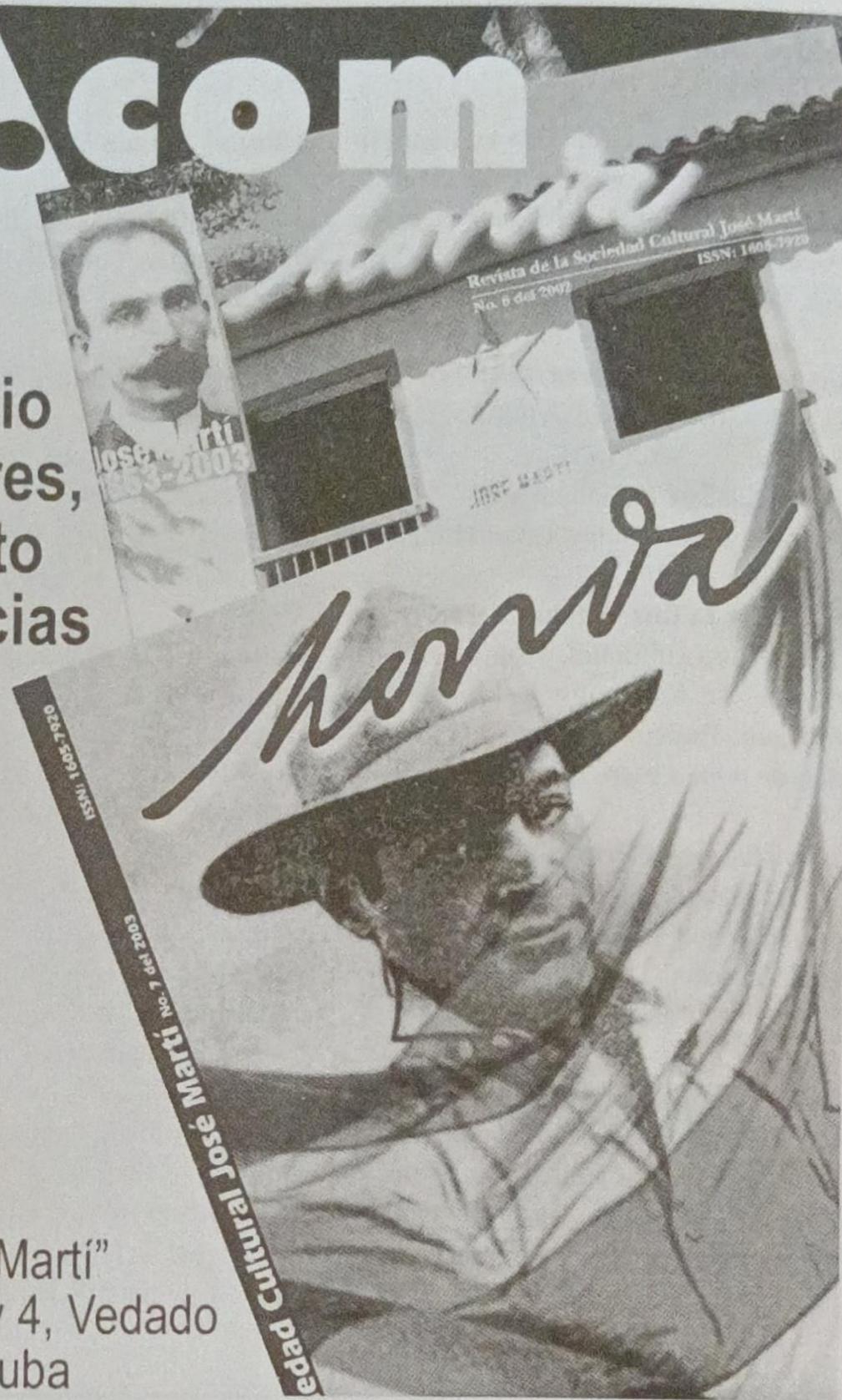
Roberto Rodríguez Valdés (1969). Cursó estudios en la Universidad Otto von Guericke (Alemania) en la especialidad de montaje y ensamblaje hasta 1990. El mismo año comenzó estudios de arquitectura y urbanismo en la Universidad de Oriente, Facultad de Construcciones, finalizando en 1995 con Diploma de Oro. Ha laborado como profesor de Teoría e Historia de la Arquitectura. Ha participado en concursos y eventos de su especialidad en los que ha obtenido numerosos premios y reconocimientos. En estos momentos investiga sobre temas referentes a la ciudad y su arquitectura. Es profesor auxiliar adjunto del Departamento de Arquitectura y Urbanismo de la Facultad de Construcciones de la Universidad de Oriente y diseñador gráfico en la publicitaria Imágenes de la Corporación CIMEX.

lector.com

Honda desea abrir una nueva sección que le permita crear un espacio interactivo con sus lectores, y acogería con beneplácito sus opiniones y sugerencias acerca del contenido de la revista.

Dirija sus correos electrónicos a:
Revista *Honda*
jmarti@cubarte.cult.cu

También sus cartas a:
Rafael Polanco
Director revista *Honda*
Sociedad Cultural "José Martí"
Calzada 801 ½, entre 2 y 4, Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba



Cupón de suscripción

Sociedad Cultural José Martí
Calzada 807, esq. a 4,
El Vedado, Ciudad de La Habana,
Cuba, C.P. 10400.
Tel.: 55 2298 / 830 4493
Fax: 33 4672
E-mail: jmarti@cubarte.cult.cu

Honda

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

NUESTROS AUTORES

Miguel Álvarez. Licenciado en Comunicación Social. Asesor del presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Politólogo, especialista en los Estados Unidos. Comentarista de la radio y televisión.

Jesús Arboleya Cervera. Doctor en Ciencias Históricas y profesor titular adjunto de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana y del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

Pedro de la Hoz. Periodista. Especialista en temas culturales. Forma parte del equipo de redacción del periódico *Granma*. Comentarista en diversos medios de prensa escrita, radio y televisión.

Israel Escalona Chádez. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad de Oriente y vicepresidente de la filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Santiago de Cuba.

Roberto J. Fong Sorribes. Doctor en Ciencias Médicas. Miembro de la Sociedad Cultural "José Martí". Entre sus temas de investigación histórica, el movimiento estudiantil santiaguero y la presencia de los médicos en la Guerra de Independencia.

Manuel Gómez Morales. Director del Centro de Superación para el Arte y la Cultura. Licenciado en Filología y maestro en Promoción Cultural. Miembro de la Sociedad Cultural "José Martí".

Rolando González Patricio. Investigador y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Premio Nacional de Investigación del Ministerio de Cultura, 1995. Es director del Centro de Estudios Martianos.

Armando Hart Dávalos. Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y miembro del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Mario Mencía. Licenciado en Ciencias Políticas, doctor en Ciencias Históricas, profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana, investigador titular de la Oficina de Historia del Consejo de Estado.

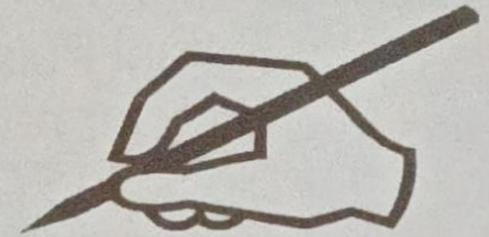
Rafael Polanco Brahojos. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Político. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí" y director de la revista *Honda*.

Sidro Ramos. Narrador. Capitán del Ejército Rebelde. Fue embajador de la República de Cuba en Checoslovaquia, rector de la Universidad de Las Villas y director de la Biblioteca Nacional "José Martí".

Pedro Pablo Rodríguez. Ensayista, investigador, profesor y periodista. Doctor en Ciencias Históricas. Dirige el equipo que realiza la edición crítica de las obras completas de José Martí, en el Centro de Estudios Martianos.

Osmar Sánchez Aguilera. Ensayista. Estudioso de la obra de José Martí. Profesor del Instituto Tecnológico de Monterrey, Campus, Ciudad de México. Maestro en Literatura Hispánica.

Mercedes Santos Moray. Poeta, narradora, ensayista. Doctora en Ciencias Históricas e investigadora titular. Estudiosa de la obra de José Martí. Ejerce el periodismo como especialista en temas culturales.



Honda

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

Entrego o remito por vía personal o por la transferencia bancaria _____ (dentro de Cuba) o por el giro postal adjunto, la cantidad de 13.00 pesos (o el equivalente en divisas **para el exterior**) para suscribirme a la revista por el período de 1 año a partir del número _____.

Nombre: _____

Dirección: _____

Fecha: _____ Firma del solicitante: _____

Si no se especifica a partir de qué número desea suscribirse, se le suscribirá desde el que se está distribuyendo al recibirse esta solicitud



ANDRÉS GONZÁLEZ GONZÁLEZ
Martí antimperialista
Bronce, 310 cm.

(Entrevista en pág. 47)

MARTÍ EN LA PLÁSTICA CUBANA



De donde crece la palma, 2001
Acrílico sobre lienzo; 60 x 73 cm

VICENTE RODRÍGUEZ BONACHEA (La Habana, 1957). Pintor, diseñador, ilustrador, profesor de Diseño y Dibujo. Graduado de la Escuela de Artes Plásticas de San Alejandro. Ha realizado exposiciones individuales y participado en colectivas, en Cuba y el extranjero. Entre los premios que ha recibido, el de la *Revista Plural* de México y dos del Concurso NOMA de Japón.